

Mayo 1895.



AÑO VII

NÚM. LXXVII

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

MAYO 1895

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.132.—*San Bernardo, 92.—Teléf. 3.074*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

UN DRAMA

I

REPRESENTÁBASE aquella noche, en la Comedia Francesa, nada menos que la *Fedra* de Racine. Los periódicos habían hablado de su desempeño como se habla de una solemnidad artística: y, en efecto, la más escrupulosa propiedad y exactitud en decoraciones y trajes y el estudio más concienzudo de los papeles probaban con cuánta veneración se interpretaba en la famosa *Casa de Molière* la obra maestra de la tragedia clásica.—Los actores parecían figuras desprendidas de algún elegante vaso griego. Mounet Sully, que caracterizaba el papel de *Hipólito*, podía, en cualquiera de sus actitudes sentidas y nobles, servir de modelo á un artista. Su barba y su pelorizados con simetría, su blanco palio de lana, de esculturales pliegues, las cintas y ataduras de la sandalia, que abarcaban bien el contorno de las piernas musculosas, eran detalles dignos del pincel del decorador de alfarría de las edades heroicas helenas.

Sin embargo, la concurrencia, que oía en silencio religioso y con respetuosa atención los parlamentos de Hipólito, de Terámenes, de Aricia y de Enona, sólo parecía despertar y reanimarse al impulso de una emoción más viva siempre que salía á escena *Fedra*, papel que desempeñaba la Desclée. Mientras los demás actores, conservando las tradiciones de reverencia fría y convencional que suele infundir la clásica pureza del arte, accionaban con acompasada rigidez y declamaban solemnemente, la actriz había comprendido que

Fedra tiene que ser la mujer eterna, la pasión que puede modificar sus formas al través de los siglos, pero cuya esencia no cambia jamás. La terrible enfermedad de la hija de Minos, el mal de amor, el *mal sagrado* de la antigüedad, el que atiranta los nervios y abrasa con altísima fiebre la sangre, se revelaba en la gran trágica (nunca tan grande como entonces) por medio de una acción romántica y libre, y hasta en ocasiones impregnada de sentido realista, á la moderna. Las lácias actitudes de su quebrantado cuerpo; la expresión conmovedora de su cara; el oscuro livor que rodeaba sus ojos; la contracción de su seca boca; la crispatura de sus manos, que arrugaban el largo *peplum*; y sobre todo la voz humedecida por las lágrimas ó ronca como arrullo de paloma por la intensidad del deseo, hacían que el auditorio, desdeñando el juego de los demás actores, sólo tuviese ojos y oídos para la interesante *Fedra*.

Un observador, de esos que gozan refinadamente en comprender y cultivan la manía de escrutar almas, persuadidos de que en la humanidad hay tanto que descifrar, por lo menos, como en los libros, encontraría magnífico asunto para sus estudios en un palco oscuro ó *baignoire*, ocupado por dos damas y tres caballeros, que seguían el desarrollo del drama con impresiones tan diferentes, como distintos eran entre sí los cinco espectadores.

Era evidente que el espectáculo del horrible conflicto moral de *Fedra* producía en ellos sentimientos opuestísimos, que hubiesen podido servir de piedra de toque para discernir inmediatamente la complejión moral de cada uno. La oscuridad relativa de esa clase de plateas peculiares de los teatros franceses, sobre las cuales proyecta densa sombra la línea saliente de los palcos entresuelos, contribuía á que las cinco personas á quienes vamos á conocer dejasen salir al rostro sin reparo las impresiones del terrible drama, que algunas de ellas conocía por primera vez aquella noche, no habiéndolo leído jamás.

Instaladas las dos señoras en los asientos delanteros, la una frente á la otra, formaban marcado contraste sus tipos. La que ocupaba el lugar de preferencia, de cara á la escena, era la mayor en edad; no tanto, sin embargo, que pasase de ese período de plenitud y apogeo de la vida femenina, comprendido entre los veintiocho y los treinta y dos. La blancura luminosa y algo ambarrina de su piel la realzaba el cabello, teñido del color castaño, como de concha carey, que á la luz tiene ligeros cambiantes cobrizos. Este artificio de tocador, inspirado en pasajero capricho de la moda, por casualidad, en la figura especial de aquella dama, era artístico

acierto, pues completaba la semejanza de su cabeza con las de las mujeres de Veroneso, en quienes el evidente vigor físico sólo sirve para revelar la vehemencia y energía de la voluntad. La robustez y vitalidad profunda de la dama sentada en la *baignoire*, no se expresaban con formas mórbidas y turgentes, como en los modelos de Rubens, tan materialotes y carnosos, sino en la buena proporción del cuerpo, en la victoriosa juventud que conservaban las formas, en el brillo deslumbrador de la dentadura, en la nerviosa elegancia del cuello y de las manos, en el sólido tejido de la epidermis, en la riqueza del cabello que se espesaba en la dura nuca de marfil,—según permitía ver el peinado, de alto rodete mezclado con bucles vaporosos.—Aquella mujer, que con su delgado talle, su busto recogido, su fino cuello algo inclinado, en la actitud de quien escucha atento, y la delicada línea de sus brazos ceñidos por el largo guante de Suecia y apoyados en el antepecho de la *baignoire*, podía parecer desde lejos una belleza llena de espiritualidad, era realmente, vista de cerca, uno de esos seres en quienes la ardiente y fuerte acción de los sentidos se explica no sólo por antecedentes de raza y de familia, sino por circunstancias de la vida, que completan la obra de la naturaleza.

Durante tres generaciones, los ascendientes en línea materna de Teodora se habían casado jóvenes, tenido pocos hijos, y criados en una aldea de la costa italiana, al borde del mar, donde poseían hacienda. Eran una familia oriunda de Nápoles, llamada de los Gabrielli. La madre de Teodora, de rara belleza, casó con un caballero lorenés, Gastón de Montcal, enriquecido por la herencia de un tío que pasó á la Guyana y se trajo de allí mucho oro ganado entre aventuras y lances que nunca se supieron con exactitud, pero que se leían en su rostro amarillo, surcado y devastado por las privaciones y los sufrimientos. Los Montcal habían sido ligueros, duelistas, enamorados, y si el padre de Teodora obtuvo la mano de la hermosa Jacoba Gabrielli, lo debió á que, manteniendo las tradiciones de su familia, se empeñó en andar á estocadas con otro pretendiente ya aceptado de antiguo, y esto y la involuntaria preferencia de la italiana por el atrevido hidalgo, decidió en favor suyo la contienda. Teodora fué el único fruto de este enlace. Poco después de su nacimiento, la madre contrajo una de esas enfermedades que hacen mayores estragos en las organizaciones recias y vigorosas,—la viruela,—y á ella sucumbió en pocos días. El enamorado esposo,—inconsolable entonces, aunque después hartó se consoló, como veremos,—se retiró al campo, dejando á Teodora al cuidado

de sus abuelos maternos. Teodora se crió en Italia y se recrió en París.

A su infancia y adolescencia pasadas á orillas del Mediterráneo, á sus atrevidos juegos en la playa, por donde la dejaron travesear semidesnuda, con los pies encharcados en agua salobre y las manos llenas de algas, arenas y conchillas, debió Teodora la rica sangre, la intacta energía de un temperamento meridional puro, de instinto, de ímpetu, de esos que acaban por prevalecer y dominar sobre las demás influencias de la vida. La huella de una existencia tan decisiva para lo físico y lo moral de una criatura, reaparece imperiosa y casi fatal al través de todas las situaciones en que puede encontrarse el ser humano. Por más que la frivolidad parisiense, sus excitaciones enervantes y sus placeres casi siempre vacíos y facticios, que borran el carácter y embotan el sentimiento, pasasen después sobre Teodora Montcal, no habían de conseguir nunca desgastar y reducir al molde común de la parisiense versátil y amañecada á aquel trozo de mármol pagano, pulido por los besos del sol y las ásperas caricias de la brisa que riza el oleage. A los quince años, Teodora fué llamada al lado de su padre, que acababa de enviudar por segunda vez y tenía de las segundas nupcias un niño, á quien esperaba que cuidaría Teodora. La primer entrada de ésta en la casa paterna fué coger á solas al muchacho, su hermanillo, y profiriendo una blasfemia aprendida de los pescadores del golfo, y en la cual había *sangres* y *cuerpos* de algo divino y sacratísimo, abofetearle duramente y morderle después la oreja, con una crueldad y unos dientes agudos de joven tigresa. Y como el padre, interviniendo para salvar al rapaz, reprendiese indignado á Teodora, ésta, echando rayos por los negros ojos, declaró que á aquel chiquillo le aborrecía, que le había detestado á aquel hijo de cabra desde el instante de verle, que era horrible, que era odioso, y que no respondía de sí caso de que volviesen á ponérselo delante. El mismo día Montcal depositó á su hija en un convento del Sagrado Corazón, no sin escribir á los abuelos una carta muy severa, lamentándose de que hubiesen educado á su hija como á una salvaje, ó peor aún.

Cosa extraña: la salvaje dió bien poca guerra á las monjitas. Como si se hubiese convencido de que por el camino de abofetear y morder orejas no se iba á parte alguna, ó como si desease aprender la ciencia de las buenas formas y de la moderación, indispensable para que una señorita se presente en el mundo, la salvaje se hizo en breves días una colegialita encantadora, aplicada, obediente,

graciosa, zalamera, que embelesó á las monjas y se captó las simpatías de las educandas. Aprendió con facilidad sorprendente cuanto la enseñaron, y su memoria y su inteligencia fueron encanto de las profesoras y envidia de las compañeras de colegio. Sin embargo, el padre, no sin causa prevenido contra la hija, no se fiaba; y tanto no se fiaba, que para tener en su casa mujer, alguien que velase por el niño, pasó á terceras nupcias. Entonces los abuelos de Teodora hicieron el sacrificio de establecerse en París; reclamaron á su nieta, la sacaron del convento, y, picados de honor, completaron su educación de un modo brillante, con escogidos profesores á domicilio. A los veinte años, cuando salió de su capullo, Teodora de Montcal era, en lo exterior, la más pulcra damisela, la más delicada *ingénue* que cabe soñar, según el patrón clásico de la tierra donde todavía informan el sentido de la educación de las jóvenes las ideas correctas y relamidas de la ilustre fundadora de San Cyr.

Pero en vano cubriréis con tierra de labor ó con infecunda arena el ardiente cráter del Vesubio. Sí: algún tiempo creeréis haber triunfado de la tenaz naturaleza. Veréis en las laderas antes surcadas por la lava destructora germinar una vegetación pacífica; la viña verdeará, el olivo extenderá sus brazos cargados de fruto, el suelo no se estremecerá de terror, en el horizonte no flotará el penacho de humo que anuncia la catástrofe, el cielo será puro y azul, el mar parecerá una balsa de líquido záfiro, encerrado en concha nacarina.... Un día, mientras dormís, imperceptible bostezo conmueve ligeramente las entrañas de la tierra: diríase que aquel leve movimiento ni aun puede derrocar un paredoncillo arruinado. Sin embargo, la oscilación aumenta, y una chispa de luz rojiza colorea la cresta del monte. Entonces, los que conocen el país, los que saben como se inicia el tremendo cataclismo, recogen á escape su hacienda y sus ganados y huyen sin mirar atrás, con el pánico en el corazón y la palidez de la muerte en el rostro. Es que ya la lava en fusión, serpiente horrible de llama, les persigue y les acosa, y desciende en hervidoras oleadas, abrasando cuanto encuentra, dejando el suelo arrasado y convirtiendo en inmensa hoguera pueblos enteros, que luego sepultará la lluvia de cenizas. El Vesubio se ha despertado: peor para los que creyeron que dormiría siempre.

II

Tres años después de su aparición en el mundo, Teodora de Montcal hizo una brillante boda con un español de distinción, rico é ilustrado, lo que se dice el ave fénix, Jacinto Castellá y Manrique, hijo de un opulento negociante de Bilbao que tuvo el buen sentido de liquidar, fincar y dejar á sus hijos Jacinto y Fermina un caudal á prueba de reveses. La hermana de Castellá era la señorita que ocupaba el asiento de frente á Teodora: el caballero sentado detrás de ésta, su marido; y el que con Fermina conversaba á media voz en castellano, y con acento que revelaba nacionalidad española, era su prometido, Lorenzo Gurrea.

He dicho que por el efecto que producía en aquellas cuatro personas la representación de *Fedra*, pudiérase conocer lo íntimo de su modo de ser, esa esencia oculta que, permaneciendo tal vez oculta muchos años para los que ven las cosas desde afuera, se revelará infaliblemente al primer conflicto, á la primer circunstancia grave y decisiva, de esas que desnudan el alma.

Jacinto Castellá, el esposo de Teodora, seguía la representación con pura curiosidad y grato *dilettantismo* de literato y artista. Ambas cosas era de afición, no por oficio, y por necesidad mucho menos; y cultivaba sus gustos delicados y selectos con íntima convicción de que no le habían de llevar á la inmortalidad, y sin esas aspiraciones ardientes á la gloria que gastan tanto fluido nervioso y después de las cuales cae á veces el artista genial y creador en profundo desaliento y negro pesimismo. El millonario Jacinto Castellá, al par que iba reuniendo selectísima biblioteca de obras inestimables; al par que recorría las tiendas de los anticuarios y escribía á todos los puntos del globo para enriquecer su galería de cuadros ó su interesante colección de hierros forjados góticos y bronce de la época griega y romana,—se entretenía en rimar, en cincelar, mejor dicho, versos materialmente perfectos, pero incoloros, tibios, sin esa chispa divina de inspiración que caldea la forma y la hace inflamar el espíritu del que lee. La forma, en los versos de Castellá, era inerte, aunque correcta y pura, y cuando se decidía á im-

primir un tomito, de forma rara, en tirada de muy pocos ejemplares numerados, sobre papel de hilo, de cuba, con viñetas y finales de Vierge, nunca faltaba algún crítico académico y docto que le enviase bocanadas de incienso rancio, en artículos empedrados de arcaísmos, y que por otra parte nadie leía. Una especie de discreta reputación, una reputación mate, sin reflejos, rodeaba el nombre de Jacinto Castellá, prestándole vaga aureola de distinción, más bien de persona culta que de literato. El no aspiraba á otra cosa. La belleza del arte la sentía como recreo, como algo que se hace á su hora y que presta á esa hora el encanto peculiar de un goce tranquilo.

Jacinto era una naturaleza linfática, perezosa, y lo revelaba bien su fisonomía. Frisaba, cuando le conocemos, en los treinta y ocho, y nadie podía llamarle feo, pues sus facciones eran finas y aniñadas, mediana su estatura, y su cuerpo, aunque algo encorvado como si conservase la posición del que lee ó se inclina para examinar un cachivache curioso, no carecía de soltura y elegancia bajo la bien cortada ropa. Pero los ojos de un azul apagado y frío; la barba castaño pálido; el pelo suave, ralo ya, y las sienes despojadas de él; la boca inteligente, de delgados labios y de indolente expresión; las manos larguiruchas y marchitas, como de viejo, todo delataba en Jacinto Castellá al individuo de sangre pobre y escasa energía física, producto de unas cuantas generaciones nerviosamente agotadas por el trabajo sedentario y la devoradora ansiedad del tráfico y la ganancia. En efecto, la fortuna de la casa Castellá y Amblera, cimentada oscuramente por el bisabuelo de Jacinto, no se consolidó hasta que su padre se hubo lanzado á grandes negocios de carbón y de mineral, en los cuales más de una vez vió cara á cara y amenazadora la quiebra, y despertó de noche con el estremecimiento que precede al suicidio. Jacinto, liquidada su parte, no tuvo ánimo para arrostrar tales sustos, y vivía apaciblemente, entretenido con sus aficiones, deslumbrado un momento por la belleza de Teodora, de quien se había prendado como se prendaría de un objeto de arte, de una estatuilla griega ó de una soberana testa de Venus encontrada en alguna excavación. Aquellas puras líneas, aquella soberana forma modelada por un artífice que cuando quiere se deja atrás á los escultores paganos, ejercieron sobre Jacinto una atracción que por algún tiempo pareció amor, y amor ardiente y profundo. Sin embargo, incluido ya en colección el precioso objeto, calmóse, como suele suceder, la fiebre del coleccionista, pero no el empeño de conservar aquella inestimable joya en lugar preferente y visible, sobre fondo que la hiciese resaltar, de manera que envi-

diasen á su afortunado poseedor. Con el mismo esmero conque editaba y encuadernaba sus tomitos de poesías, Jacinto Castellá presentaba en público á su hermosa mujer, ataviada y prendida con estudio y arte. Hasta tal extremo llegaba la inocente vanidad de Jacinto, y tal era la fe de Teodora en la natural inteligencia estética de su esposo, que tenía empeño en llevarle consigo á esas excursiones á casa de modistos, zapateros y joyeros, á las cuales preferían siempre ir solas las damas. Doucet, el célebre sastre de señoras, profesaba gran consideración á Jacinto, y le consultaba gravemente sobre ciertas restauraciones arcáicas, destinadas á refrescar y acentuar la moda contemporánea.

En Fermina, la hermana de Jacinto, —mucho más joven que él, como que representaba veinticuatro años á lo sumo— notábase que la tragedia, lejos de producir el deleite y la refinada complacencia que en su hermano, causaba una extrañeza unida á cierta curiosidad más bien repulsiva, del género de la que hace que al cruzar por la calle y ver un corro formado alrededor de un objeto de espanto, un hombre muerto de muerte violenta, en vez de pasar de largo, nos incorporemos al corrillo é intentemos ver, para cubrirnos luego con las manos los ojos y estar todo el día *reviendo* la horrible imagen. Es evidente que á Fermina le parecía monstruosa aquella mujer agonizando de incestuoso amor, declarándolo en un impulso invencible, solicitando al propio hijo de su esposo, increpando á los dioses por que encendieron en su seno y en el de toda su raza una funesta hoguera; y ni la sonoridad y armonía de los versos, ni la admirable profundidad del estudio psicológico, ni la verdadera grandiosidad de la catástrofe moral de *Fedra*, existían para aquel alma joven y virgen, que conservaba frescas las nociones de estricta moral y de normalidad sana aprendidas en el hogar de la familia y corroboradas en la atmósfera de un pueblo de provincia influido por la probidad comercial y guiado por el confesonario. Fermina, tardío fruto de una unión que duró cerca de cuarenta años, criatura engendrada en indiferente abrazo conyugal por un padre devorado de inquietudes que nada tenían que ver con el amor, había salido en todo y por todo, figura y carácter, á su madre, que, libre de los cuidados que al negociante abrumaban, y en la edad robusta de los treinta y siete años cuando concibió á Fermina, impuso su temperamento bien equilibrado y su excelente complexión á aquel último vástago.

No había tipo más opuesto al de Jacinto que el de Fermina. Esta lucía una frescura vulgar, semiplébeya, y era de correctas facciones, algo carnosas; de buenos ojos rasgados y francos, duros cuando

se enojaba; blanca, pelinegra, guapa sin expresión y sin el encanto indefinible de una sonrisa inteligente; de trato más cordial y alegre que dulce, aferrada á sus ideas, y, como niña provinciana, algo recelosa y suspicaz. París no entraba en ella, solía decir á sus horas de impaciencia y tedio, poco después de haber llegado á la populosa capital. Sólo estaba en París desde hacía año y medio, el tiempo transcurrido desde la muerte de su madre, que había sido causa natural de que Jacinto se hiciese cargo de la muchacha.

En efecto, el trasplante tuvo que ser violento y antipático para Fermina, no sólo destetada del mimo materno, sino privada de toda su sociedad familiar de Bilbao, sus amiguitas, ese círculo que tanto agrada á los espíritus algo limitados, ese placer de conocer todas las caras y no pasar por una calle sin que hasta las puertas nos saluden. Mal sabría Fermina definir por qué no sólo la repugnaba París y el modo de vivir parisiense, sino hasta la vivienda de su hermano, elegante hotelito próximo al antiguo palacio Basilewski, rodeado de árboles, más tranquilo y solitario que una casa de aldea. Era lo que experimentaba Fermina, un alejamiento inexplicable, sordo malestar de esos que nacen en lo más íntimo de nuestro ser, en los ocultos repliegues donde vigila el instinto para suplir con ventaja las deficiencias de la razón. Sin poder justificar la sensación que á pesar suyo la dominaba; sin basarla en hecho alguno, ello es que Fermina no se acostumbraba al hogar de su hermano. Dos ó tres veces, al pasar por delante de las vitrinas donde se ostentaban preciosos bronces antiguos, esmaltes, ágatas y juguetes de marfil, había exclamado Fermina apartando los ojos y ruborizándose: "¡Qué quería!", Y Jacinto, con la convicción de que su hermana carecía en absoluto de gusto y de criterio, tuvo que guardar dos ó tres preciosidades pompeyanas en un armario de puertas de madera. Las mismas protestas, ó por lo menos una silenciosa desaprobación, manifestada como la manifiestan las muchachas jóvenes, que no saben disimular ni por cortesía, provocaban en Fermina ciertos detalles del tocador de su cuñada, —la forma de los espejos, las dos náyades de mármol que sostenían la bañera, y el techo; voluptuoso fragmento de Tiépolo, hallazgo inestimable de Jacinto.—En general, Fermina era hostil á los trajes de Teodora, á sus joyas, á sus aficiones, á su modo de hablar, si bien la hostilidad contra la persona no hallaba todavía ocasión de revelarse, porque Teodora trataba á su cuñadita con fraternal llaneza y hasta con mimo y halago. Las pequeñeces pueriles de Fermina habían tenido carácter más belicoso y agresivo en los primeros tiempos de estancia en París, y las

había exacerbado el empeño de la muchacha en llevar por su madre un luto cerrado, al estilo de provincia, con muchas prácticas religiosas y un retiro completo, casi con prohibición de reír y de hablar alto. Pero Jacinto estaba demasiado hecho á la vida parisiense, para que, transcurridas las primeras semanas, no la reanudase, si bien prescindiendo de grandes fiestas y comidas y buscando en los teatros la sombra de las *baignoires*. Y al principio Fermina declaróse en rebelión é inició una protesta furiosa, una testarudez en quedarse en casa, que no podían vencer ni las bromas de la cuñada ni la afectuosa súplica del hermano. La decoración cambió de repente, tan de repente, que Fermina misma se admiraría si se lo hiciesen notar... La clave del enigma la poseía el hombre que se sentaba á su lado, Lorenzo Gurrea, su novio, mejor dicho su futuro, encontrado en aquel París tan aborrecible... ¡Ah! Desde que Lorenzo Gurrea apareció, Fermina se sintió reconciliada con París, y con la vida, y hasta con las vitrinas de su hermano...

Ya que sabemos la distinta impresión que en Jacinto y en Fermina producía la representación de *Fedra*, bueno será que digamos la que causaba en el arrogante mancebo, á quien su apellido delataba por aragonés de origen, y emparentado con los linajes más nobles y antiguos de la tierra de Aragón; tal vez con la misma casa real. Pero antes de estudiar en su expresiva fisonomía los efectos del drama, apresurémonos á decir que la raza humana, que aparece empobrecida y gastada en los ejemplares que cría en países de excesiva y recargada civilización y donde no se contrasta la excitación cerebral con los ejercicios físicos, presenta ya muy pocos tipos comparables á Lorenzo Gurrea. El padre de Lorenzo, el viejo general carlista Gurrea Pinós, acostumbraba decir babándose de vanidad paternal y de lealtad monárquica: "Mi chico sería el mejor mozo de la tierra... si no fuese por el rey."

Menos apersonado que Don Cárlos, y de estatura menos prócer, en Lorenzo admiraba la proporción del cuerpo y su noble gallardía. Aunque toda ropa le cayese bien, despegábase del torso de Lorenzo el feo y prosaico traje actual, y su esternón curvo y desarrollado, su quebrada cintura, sus piernas fuertes y nerviosas, su elegante y arqueado pie, pedían á gritos uno de esos uniformes pintorescos que se ajustan á la línea y avaloran la perfección de una estatua humana. El exiguo frac, destinado precisamente á lo contrario, á encubrir miserias anatómicas, diríase que iba á romperse, saltando en pedazos, al fuerte latir de aquel vigoroso pecho.

Pero lo que superaba á la magnificencia del cuerpo, — al fin be-

lleza puramente animal,—era la simpática irradiación de la españolísima cabeza. Moreno, con palidez cálida y entonada; de facciones no tan marmóreas y recias que no las alterase el paso de la emoción, ni tan blandas que no se acentuasen con intachable diseño; con cabos de ese negro intenso que al sol adquiere reflejos rojos, Lorenzo era uno de los más acabados modelos de raza que el etnógrafo puede encontrar. Los elementos de su fisonomía eran los que á cada paso se ven en el pueblo de las provincias del Sur de España; pero estos elementos, que fácilmente dan por resultado rostros bastos, duros y vulgares, en Lorenzo se combinaban de admirable modo, creando uno de esos hombres que, en el apogeo de la juventud, á los veinticinco años, son como el ideal de la belleza masculina. La cara de Lorenzo, sus aterciopelados ojos árabes, sus labios descoloridos, entre los cuales rebrillaba una dentadura perfecta, su frente lisa, coronada por la densa cabellera que á duras penas conseguía dominar la tijera del peluquero,—expresaban el heroísmo, el entusiasmo, la generosidad, las cualidades viriles más nobles y atractivas. En el rostro del hijo de Gurrea Pinós, sobre la hermosura predominaba la poesía del alma. Y cuando aquella faz de tonos románticos, serios, tan semejante á las esculturas que se ven en algunos retablos del siglo xvii, se animaba con la sonrisa, adquiría, sobre todo al dirigir Lorenzo la palabra á las mujeres, una sumisión halagüeña que era una caricia, pudiéndose decir de Lorenzo Gurrea que su mirada se arrodillaba.

Aquella noche, en la representación de *Fedra*, Lorenzo oía, no con la tranquila y golosa curiosidad literaria de Jacinto, ni con la indignación y la tácita protesta de Fermina, sino con ese misterioso estremecimiento interior que producen las obras de arte impregnadas de pasión en las organizaciones juveniles y poco gastadas por la vida, y en las cuales hay almacenado un gran depósito de sensibilidad que no se ha puesto en juego. Las palabras de *Fedra*, dichas con desgarradora ó melancólica expresión por la actriz; los suspiros de fuego que su pecho exhalaba; aquella alternativa de arrullos de paloma y rugidos de leona con que declara su mortal delirio á Hipólito, producían evidentemente en Lorenzo uno de esos efectos reflejos, alta muestra del poder de la literatura dramática; efecto en que nos sustituimos al actor, y sintiendo por él y con él, olvidamos nuestra existencia real, y por una hora vivimos en la antigua Grecia, en las regiones adonde quiere el poeta trasladarnos. Lorenzo Gurrea, movido á dolorosa piedad, encontraba á Hipólito muy duro, muy cruel, muy impío con la pobre mujer que tenía la desgra-

cia de idolatrarle y de perder por él la dignidad, el reposo, la salud y la vida; y creía que bien hubiese podido Hipólito, sin ceder á la culpable incitación de Fedra, tratarla con más dulzura, consolarla, decirla palabras algo tiernas y benignas, secar sus lágrimas, ¿qué sé yo? hasta aparentar, no amor criminal á la desdichada hija de Minos y Pasifae, pero sí un interés espiritual muy delicado, muy afectuoso, que calmase á la enferma, á la loca, á la víctima de la cólera celeste... Y estos pensamientos, y la patética acción de la actriz encargada del papel de Fedra, y el inevitable reblandecimiento de alma que causan los sollozos y las quejas de la mujer en el hombre, — y más cuanto más hombre sea, — aumentaban en aquel momento la palidez del rostro de Lorenzo y echaban sobre todo él una sombra de apasionada melancolía, que no se escapó, ciertamente, á la atenta y lúcida mirada de Teodora...

Hubo un instante en que la dama, como contagiada por la visible alteración de Lorenzo, respiró hondo y llevó la mano á su corazón, donde se agolpaba con excesiva violencia la sangre. Casi instantáneamente reaccionó y supo ahogar una impresión de gozo insensato que tumultuosa y rápida quería asomarse á sus ojos. Hasta aquel momento, Teodora dudaba de si el espíritu de Lorenzo tenía abierta la brecha de la sensibilidad. Ya estaba segura de que sí, y sabía por dónde penetrar en el alcázar de aquel alma varonil, pura todavía, y llena de tesoros y de jardines encantados.

III

Apenas había logrado Teodora serenarse, cuando la puerta de la *baignoire* se abrió, dando paso al veterano Gurrea Pinós, padre de Lorenzo y futuro suegro de Fermina. Al ¡*chist!* suave, pero bien acentuado, de Jacinto, que no quería que le estropeasen la mejor escena del drama, el viejo se resignó á permanecer inmóvil, recostado en el fondo del palco, hasta que el acto se terminase.

Alto, derecho y arrogante á pesar de sus años, el antiguo guerrillero se parecía en las facciones á su hijo, pero era muy distinto no solo en el color, sino en la expresión de la cara. De tez sanguínea, recio bigote cano y amarillento por el cigarro, y blanca, fuerte y copiosa cabellera, de ojos vivos y mirada directa é interrogadora, el veterano expresaba en su rostro dos condiciones de carácter que

en las épocas de su vida militar le habían sido, más que útiles, indispensables: una energía rayana en dureza, y á la vez una gran astucia desconfiada. Preciso era que tales cualidades ejercitase á cada momento el hombre que en ocasiones necesitaba, para salvar su propia piel y la de sus soldados, ordenar sin vacilaciones un fusilamiento, y ni dormir una noche á pierna suelta, ni entregarse descuidado al amigo que le pareciese más leal. Algunos años de esta clase de existencia modifican profundamente un rostro, y desarrollan en un espíritu ciertas propensiones latentes, hasta convertirlas en dominantes. La mirada de Gurrea Pinós había conseguido muchas veces hacer bajar los ojos, demudarse y palidecer á los espías y á los traidores, sacándoles al rostro la señal de su delito: y otras veces había logrado inspirar confianza y ardimiento á los que vacilaban y temían. No acostumbraba el guerrillero, en campaña, hablar mucho, pero sus ojos suplían á su lengua. Si Lorenzo hubiese alcanzado la edad de tomar un fusil cuando su padre sostenía la guerra en el Alto Aragón, tal vez la semejanza de ambos se acentuaría, por la identidad de impresiones.—Pero en aquellos tiempos azarosos Lorenzo era un niño que se criaba en Ricla al lado de su madre, mujer humilde y tímida, de fervorosas creencias, que sólo pensaba en que su hijo aprendiese á rezar y á obedecer al temido padre, á quien apenas veían. Semejante educación, estrecha y mimosa, algo monjil, había depositado en el alma de Lorenzo gérmenes de femenil sensibilidad, y le había hecho retraído y meditabundo en sus primeros años. A su padre le respetaba como se respeta á Dios, mezclándose en tal sentimiento la admiración del niño por el valor indiscutible y heroico del adulto, y la veneración hacia el representante de todas las formas de la autoridad en el hogar doméstico. Muerta la madre, acabado el levantamiento, el emigrado y no convenido Gurrea recogió á su hijo y compartió con él los primeros tiempos de estrechez y de lucha en Francia. No fueron largos ni excesivamente penosos Merced á un fenómeno de adaptación menos extraño de lo que se cree, y por esa maña que tienen los hombres de acción para aplicarse al comercio, que también es actividad y combate—aptitud que demostraron históricamente ciertos Estados tan sobresalientes en el tráfico como en la guerra, Venecia por ejemplo—Gurrea Pinós supo desempeñar á maravilla el cargo de representante de la casa bilbaína Castellá y Amblera y algunas otras comisiones del mismo género, que bastaron para asegurarle modesta holgura. Su espíritu esencialmente militar le infundió la puntualidad y el orden; su astucia de guerrillero le enseñó á orientarse en los negocios. El ex-general

fué un admirable agente é hizo prodigios de economía—dejándose atrás su sobriedad celtibérica á la sórdida tacañería francesa—para educar á Lorenzo como él entendía que debía educarle, en uno de esos *Seminarios* donde la nobleza legitimista de Francia encierra á sus hijos hasta los veintidós ó los veintitrés años; hasta que terminan la carrera. Dos ó tres veces por semana, el veterano de la guerra civil se acicalaba y vestía el frac, se atusaba la hispida cabellera, se colgaba sus condecoraciones, y sustituía la detestable pitanza del figón, mal llamado *restaurant*, á que estaba abonado, con la opípara lista de la condesa de Mortemart Nancy, anciana señora tan sorda como católica y benéfica, que tenía mesa puesta para los *blancos* españoles. En aquel palacio de la silenciosa calle de Galande no era Gurrea Pinós el modesto agente de negocios; á boca llena y con respetuoso acento le daban los más calificados representantes de la aristocracia del *faubourg*, no sólo su título de general, sino el de marqués de la Resolución y vizconde de Amposta, mercedes algo quiméricas que le concediera D. Carlos por una acción oscura, pero realmente heroica y admirable, ganada cerca de la villa y fortaleza de que eran *castellanes* los Lunas. En las contadas salidas de Lorenzo, exigía la anciana señora que se lo llevasen á almorzar y á comer, y con un desenfado que procedía directamente de la tradición del siglo XVIII, hartábase de pronosticar á aquel *charman* *garçon*, á aquel *beau fils*, toda clase de triunfos incruentos y un brillante matrimonio. La misma idea expresaban mudamente los ojos de las linajudas damas y damiselas que de noche se reunían en el palacio, á hacer labor para los pobres, pues no podían sacar hilas,—ni ya las sacarían aunque hubiese guerra, dados los adelantos científicos—para los insurrectos. La sorprendente gallardía de Lorenzo hizo latir en secreto el corazón de alguna descendiente de los cruzados.

No entraba en los planes del veterano, entonces, el que su hijo ascendiese por medio del matrimonio. En su fe inquebrantable—pues Gurrea, si traficaba, traficaba como los hebreos, esperando la venida del Mesías—creía que era inminente otra guerra civil, la decisiva, la última, la que había de restablecer el derecho y consolidar la religión; y en ella veía, cabalgando á su lado por las abruptas montañas y las feraces planicies aragonesas, al apuesto mozo, con los dorados cordones de ayudante, que refulgían al sol de la victoria! Pero ¿qué tendrán los sueños, que aun cuando los acariciemos con vida y alma y les consagremos la flor del pensar, son las realidades las que al fin guían nuestros actos? Gurrea es-

taba seguro, lo que se dice seguro, de que vendría la guerra, la guerra más terrible de todas, el alzamiento general, la conflagración...! pero, por si acaso... por si se hacía esperar mucho... por si Dios quería probar una vez más la paciencia y el sufrimiento de *los buenos* y prolongar el castigo de España... no sería malo que Lorenzo encontrase en su camino á la heredera opulentísima, sobrado feliz en aceptarle por esposo, y cuyas riquezas podrían hoy ó mañana, ¿quién sabe?, contribuir al triunfo de la *causa santa*...

Mal conocería la psicología especial de hombres como Gurrea Pinós quien creyese que al imponérsele la idea, pensó en las niñas del *faubourg*, por más severa que fuese su educación, por más decantadas y cristianas que fuesen sus costumbres. El españolismo de Gurrea revestía caracteres pasionales, y su odiosidad y prevención contra la mujer francesa rayaba en fanática manía, — aunque su instinto de cautela le enseñaba á ocultar esta tirria, que le hubiese obligado á desertar de la única casa donde se le recibía con honor y halago. — El veterano, infatuado é iluso, pensaba en viajes á España, donde Lorenzo encontraría desde el primer instante la millonaria esposa que merecían sus prendas. Y cuando maduraba estos proyectos, ocurrió la muerte del padre y la madre de Jacinto Castellá, la liquidación de la casa y la vuelta de Jacinto con su hermana á París. La nueva razón social Amblera y compañía conservó su confianza á Gurrea, — y bien lo merecía por su probidad y su activa labor; — y Jacinto, no empleándole ya como agente, se esmeró en honrarle como amigo, abriéndole su casa y trayéndole á su intimidad de la manera más cortés y afectuosa. La noche que se vieron y hablaron Fermina y el general Gurrea, diríase que eran ellos los destinados á quererse y casarse. Por primera vez, la actitud taciturna de la huérfana se trocó en un júbilo expansivo, y su malhumorado silencio en una viva locuacidad. Pegaron la hebra ella y el cabecilla, con derroche de españolismo, quitándose la palabra para decir cuántas ventajas y cuántas bellezas atesora España, á diferencia de Francia en la cual todo es feo, malo y reprochable. Desde el sol y los vinos de Jerez hasta las pasas, los toros y las iglesias, todo lo característicamente español salió á relucir en aquel diálogo, alternando con los anatemas á la tierra francesa y la condenación más explícita de su hábitos y del carácter de sus moradores. En la crítica de Fermina y Gurrea, las consecuencias no eran tal vez rigurosamente lógicas, pero obedecían á los dictados del sentimiento. Del clima nublado y lluvioso de París deducían el egoísmo y frialdad de los parisienses, y de la excelencia de los

melones valencianos, el genio franco y simpático de la gente del Mediodía. Gurrea Pinós tenía en este particular su criterio formado é invariable: sólo los españoles eran valientes, sinceros, hidalgos; sólo pasando el Pirineo se encontraban ejemplos de lealtad y de exquisita abnegación. En nuestras iglesias sí que se rezaba, porque no había alfombras, ni sillas, ni caloríferos; las de París eran *teatros*—y Gurrea apoyaba con indignación en la palabra *teatros*; la pronunciaba abofeteando. Fermina se reía y aprobaba. De tan entera conformidad de pareceres resultó que el General declarase que no existía en el mundo criatura más angelical y discreta que Fermina Castellá. “Es un sol, una santa, una verdadera española,, dijo al volver á casa á Lorenzo, que aún no conocía á la señorita. Al acostarse, Gurrea Pinós empezaba á rumiar la idea; al levantarse, la halló madura; porque en aquella naturaleza firme y activa, la reparación del sueño provocaba, al despertar, la repentina decisión. Y como allí no se necesitaba diplomacia, y de la obediencia del hijo, ¡no faltaría más!, el padre estaba seguro, la estrategia se redujo á enterarle de que la mujer destinada para él se llamaba Fermina, y de que encontrar tal mujer no era sino un patente beneficio del cielo, recompensa reservada sin duda á los que estaban dispuestos á defender la monarquía y la religión.

Los tres años transcurridos desde su salida del Seminario, no habían pasado en balde para Lorenzo. Aunque sometido á severa disciplina, y habituado á recogerse temprano, á besar la mano á su padre y pedirle la bendición, la atmósfera de París, — esa sutil penetración, por todos los poros, del ambiente que respiramos, — iba poco á poco señalando en él la doble huella del espíritu moderno: la disipación del ideal colectivo, y la excitabilidad pasional, disposiciones en que se mezclan y confunden las dos concupiscencias del espíritu y de la carne. Reprimida su juventud por la severidad de un padre que fiscalizaba sus menores acciones y le vigilaba como vigilaría á un oficial si le sospechase traidor, el deseo de amar y la fiebre de los sentidos, inevitable á los veinticuatro años, adquirieron en Lorenzo ese carácter de neurosis y de ensueño que suelen presentar en la mujer, obligada á luchar consigo misma y á ocultar la lucha. Incapaz de encenagarse en el vicio, porque le preservaba la pureza de su educación y el ojo avizor del guerrillero también, Lorenzo se encontró indefenso contra la ternura, más peligrosa quizá. Era el guapo mozo un montón de leña seca, pronto á inflamarse con la menor chispa. Las escapatorias que había podido realizar á espaldas de su padre, si le habían ini-

ciado en las realidades de la mala vida, siendo como válvulas de desahogo para su hirviente juventud, no habían satisfecho su alma; antes bien le infundieron la nostalgia de dichas que no fuesen sólo brutales paroxismos, y á la vez una especie de repugnancia al vicio, la sensación de una mancha persistente en las manos y en el rostro; sensación que agravaba en aquel español de raza pura lo que en él sobrevivía incólume sus creencias de adolescente y de las reprobaciones enérgicas del confesonario. Así es que la alegría de poder acercarse á una mujer, á una mujer joven y agradable como Fermina, y de poder abrirla los brazos sin vergüenza y sin remordimiento, hizo que Lorenzo se creyese en los primeros instantes hasta enamorado. Contribuyó á ello lo que puso de su parte Fermina, aturrida de felicidad, exaltada desde que vió á Lorenzo. En cualquier circunstancia, la presencia de Lorenzo no podía dejar indiferente á una muchacha casadera, que ha cumplido veintitrés y no tiene vocación de monja; pero debía sentir Fermina con mayor intensidad los efectos de tal encuentro, cuando traída á París contra su gusto, rodeada de una atmósfera para ella desagradable, la sorprendió la aparición de un español tan amable y digno. No pensó ni un minuto en la diferencia de fortuna, y hay que hacerle á Jacinto Castellá la justicia de que tampoco vió en eso obstáculos á la unión de su hermana con Lorenzo Gurrea. Desde que Fermina encontró á Lorenzo, revivió de tal suerte, que, disipados sus escrúpulos, ya no se acordó del luto, y consintió ir á todas partes donde pudiese encontrar á su novio y secretear con él. La petición en matrimonio se formalizó presto, pero se convino en que no se realizase la boda hasta que Fermina aliviase el luto, al año y medio de la muerte de su madre. Después los novios se irían á vivir á Bilbao. Lorenzo, con el capital de Fermina, podría asociarse á la casa Amblera, y consagrarse á la familia y al trabajo —“mientras no te llame el rey,” —advertía su padre severamente, alzando el dedo índice.

IV

De este idilio había sido testigo constante, pero no impasible, Teodora de Montcal. Cuando conoció por primera vez á Lorenzo, éste llevaba ya intención de presentarse como aspirante á la mano de Fermina. Es preciso, para comprender la importancia del en-

cuentro de Teodora con Lorenzo Gurrea, darse cuenta de la verdadera situación moral de la esposa de Jacinto Castellá.

Nada menos análogo á una mujer galante que Teodora. El fondo pagano de su alma y la fuerza pasional latente en ella, eran de una intensidad trágica, y excluían completamente la ligereza y el fácil coqueteo, arma que tan bien manejan las francesas de empobrecida sangre, y solaz y derivativo de su tedio y de sus nervios caprichosos. Ese juego á flor de imaginación le inspiraba á Teodora el mismo desdén que inspiran á los nadadores capaces de arrostrar el ímpetu del océano las travesuras de los niños en la playa ó las proezas de los que se bañan con vejigas y cogidos del bañero para que no los tumba la ola. En aquella mujer de tan ardorosa vida y tan brioso espíritu no cabían simulacros.

Si se supiese algunas veces en qué estriban la virtud y la buena fama, quizá se las encomiaría menos, ó se comprendería que antes de ensalzar ningún acto humano hay que estudiar sus orígenes y sus secretos resortes. Teodora, jamás prendada de Jacinto Castellá, meramente persuadida de que era un marido á propósito para colocarla en el puesto social que la correspondía, había sido fiel á sus promesas, y ninguno de los muchos admiradores de su belleza y su ingenio y de las mil seducciones que la incluían en el número de las mujeres de moda en París, podía alabarse de haber conseguido sino lo que se consigue de toda señora de buen trato: una sonrisa, algunas palabras afables. La libertad que Jacinto otorgaba á su mujer permitió á ésta formarse un pequeño núcleo de amigos selectos é inteligentes, que acudían á su saloncito á tomar el te los miércoles por la tarde, y que todos, cada uno á su manera, podían estar platónicamente entusiasmados con la señora de Castellá, pero entre los cuales hubiese sido muy censurado el fatuo que asediase á Teodora con pretensiones ridículas y aparentes, teniendo el mal gusto de comprometerla,—cosa por otra parte difícil con mujer tan prudente y de tan probada discreción.—Dos ó tres intentonas de galancetes de la colonia española ó de *clubmen* de la "alta goma," parisiense, encontraron en la dama inmediato y serio correctivo, lo cual robusteció en la tertulia de los miércoles la convicción de que Teodora era una mujer intachable y Jacinto un hombre feliz.

Componíase aquel senado de gente de distinción y aficionada al arte, sobre todo á las antiguallas curiosas; y esta clase de gustos daban pie para correrías y excursiones interesantes por los rincones de la gran capital, desde las visitas á los talleres de escultores y pintores y los apetecidos *barnizajes* de las Exposiciones primaverales,

hasta las interminables sesiones en las tiendas y trastiendas de anticuarios y chamarileros. Los amigos de Teodora—el general Herbay, el portugués conde de Vedras-Novas, el diplomático chileno Don Cármenes Valenzuela y Castillo,—eran gente ya entrecana, galante aún, pero propensa á decir bien de la mujer entendida, adulada y hermosa, que no les infligía el espectáculo, siempre mortificante para la vanidad masculina (mucho más excitable que la femenina) de preferencias á ningún hombre joven y peligroso. Cada uno de aquellos gallos con espolones tenía su manía peculiar: Herbay las tallas en madera y las porcelanas, Vedras-Novas los grabados antes de la letra y las medallas, Valenzuela los esmaltes y los códices miniados; y era para ellos un recreo delicioso poder enseñar sus hallazgos y hacer admirar por vigésima vez sus colecciones á la encantadora dama, y oír de su boca la oportuna frase de aprobación y la amable chanza, que es un halago amistoso. Del núcleo de los miércoles salía esa primer aura de conversación, que, propagándose por círculos concéntricos, va formando la reputación de una mujer, aun en las grandes capitales. Como en las cuestiones de sentimiento todo dato tiene su importancia, no fué indiferente para el desarrollo del drama que he de referir esta aureola de respeto que á Teodora rodeaba, porque la gran juventud de Lorenzo,—que hacía que aún preponderase en él, sobre el elemento de la adquisición experimental, el del sentido de su educación estrecha,—bastaría para que viese de muy distinto modo á Teodora si ésta escribise en su historia alguna de esas aventuras ruidosas que son estigma imborrable para la mujer. Teodora poseía la fuerza que presta la nitidez del pasado, la fama intacta y limpia, y á la vez el poderoso atractivo de un rostro que revela que este triunfo no es hijo de la frialdad, sino corona de una lucha perseverante con un alma de fuego.

Nadie puede profetizar si cosas que hacemos con intención de producir cierto resultado producirán otro diametralmente opuesto. Había entrado Lorenzo Gurrea en el hogar de Jacinto sabiendo que iba á pretender la mano y ganar el corazón de Fermina; y entre las instrucciones previas de su padre, figuraba en primer término una descripción del carácter de las tres personas que componían la familia Castellá. Después del panegírico de Fermina, dijo el general primos de Jacinto, calificándole de cumplido caballero, de generoso y formal, aunque "algo frío," en religion y en política. Pero al llegar á Teodora, Gurrea Pinós, con una expresión repentina de suspicacia y dureza, pronunció esta frase: "Mucho cuidado... Ahí

pies de plomo... Lo que es á mí la doña Teodora no me engaña., Y como Lorenzo, sorprendido, pidiese á su padre explicaciones más completas, el veterano se perdió en un laberinto de frases ambiguas, al parecer arrepentido de las palabras anteriores. Sin embargo, la semilla quedaba echada, y á Lorenzo se le apareció Teodora, desde antes de conocerla y tratarla, enigmática y dudosa, solicitando la curiosidad é irritándola. Por la advertencia de su padre Lorenzo se fijó en Teodora más, y sospechó una injusticia, de esas que sublevan á las almas juveniles y nobles. No habiendo oído nunca tildar á Teodora; deslumbrado á primera vista por su belleza y su gracia, Lorenzo, recordando la insinuación del veterano, empezó, sin querer, á dudar de la infalibilidad y hasta de la equidad y la sinceridad paternales. Por varios días sintió vago enojo contra su padre, que calificaba así á una mujer tan respetable.

Y, en efecto, á Gurrea Pinós le sería imposible aducir algo en qué fundar sus acerbadas expresiones. Ningún dato, ningún hecho las confirmaría. La prevención del veterano contra Teodora era de esas que se revelan instantáneamente, con el vigor impulsivo de los instintos animales. Esta clase de impresiones, que van amortiguándose y llegan á desaparecer en los hombres de cerebro muy cultivado, son en cambio decisivas en los que, como Gurrea, atravesaron un largo periodo de la vida sin poder fiar nada al cálculo y al discurso, y tuvieron que proceder guiándose por una especie de intuición casi física. La existencia del guerrillero trae consigo azares que imponen la desconfianza súbita y la confianza ciega, sin vacilaciones que serían fatales; y Gurrea Pinós se había decidido sobradas veces en el espacio de un segundo á acciones de suma trascendencia, para no poseer ese infalible olfato con que la fiera de los bosques ventea á su enemigo natural. Aunque las energías creadas en Teodora por la libertad de sus primeros años al borde del mar y en el seno de la naturaleza la predisponían á esta misma clase de perspicacia, su actual refinamiento, duplicado por la cultura artística adquirida al lado de su marido, la impidió estar en guardia, en los primeros tiempos, contra aquel hombre que resueltamente la odiaba.—Y aquí prosigue la serie de las pequeñeces que de pronto desprestigian una autoridad y anulan su influjo en un alma candorosa y hasta entonces sumisa.—Es el caso que el guerrillero, á la vez que la decisión súbita y feliz, había tenido que practicar en sus difíciles tiempos de emboscadas y peligros un exagerado disimulo, una cautela extremada hasta la comedia y el engaño. Temeroso de que su antipatía hacia Teodora se descubriese y ocasionase algún entor-

pecimiento en los proyectos matrimoniales que con tal fruición acariciaba, Gurrea Pinós adoptó frente á la mujer de Jacinto Castellá una actitud de caballeresca galantería y de cordialidad brusca y obsequiosa, que pareció á Lorenzo, después de lo que había oído, rasgo de hipocresía detestable. Cuando toda una educación se funda en la veneración que inspira una persona y en la aquiescencia constante á sus opiniones, y no en principios que acepta por raciocinio el educando, no puede desconceptuarse el maestro sin que se conmuevan todos los principios que su autoridad impuso. Así le sucedió á Lorenzo con su padre. El instinto de rectitud y la inexperiencia del mozo se unieron para juzgar muy severamente al General, y para que, en cambio, la esposa de Castellá adquiriese la aureola de la mujer injustamente acusada por quien no tiene ni el valor de atacarla frente á frente.

Sin embargo, aquella Teodora en cuya conducta nadie, ni su más jurado enemigo, podía poner la tacha más leve, había pasado ya cinco ó seis años—casi tantos como contaba de fecha su matrimonio—acostándose y levantándose cada día con la firme convicción de que esperaba al hombre de su destino, que la revelaría lo desconocido y lo infinito del sentimiento. La superficial psicología aceptada por la literatura nos presenta á la mujer, antes de la falta, entregada á vacilaciones y penetrada de horror al presentir y temer la caída. En la realidad sucede muchas veces lo contrario: la caída *interna* puede ser consciente, y se dan bastantes casos de que no la siga la caída *externa*. Si en toda mujer hay pudores y delicadezas que persisten á despecho de los mayores extravíos, estos pudores no siempre impiden que en el cerebro se dibujen claramente, no las imágenes groseras y materiales del amor, pero sí todo su desarrollo fatal, de creciente interés, como los dramas buenos. En una palabra, Teodora no sufría las angustias de la lucha consigo misma al representarse lo que sucedería así que apareciese el que *tenta que aparecer*. Pertenece Teodora al número siempre escaso, y cada día más en nuestras sociedades,—donde los caracteres se mitigan y borran sin cesar,—de los seres que se aceptan enteros á sí mismos, que no discuten sus propensiones, y que traen á la vida la exigencia de cobrar una suma de felicidad á la cual se creen con derecho. La índole de Teodora era de mujer del Renacimiento, voluntariosa, perseverante y varonil, con más fibra que nervios, y con nervios bien templados para la dicha. Si no cedió jamás á la intensa sed de amor que sentía, era porque, llena del escrúpulo de una naturaleza esencialmente estética—del Renacimiento en eso también—había encontrado

hasta entonces groseras y mal labradas las copas que encerraban el divino bebedizo. No porque algunos de los que la acosaron no fuesen hombres de prendas y de aristocrático atildamiento, sino porque Teodora no se contentaba con tan poco, y aspiraba á recibir, amén de la impresión estética de los sentidos, la del alma, inspirando un sentimiento supremo, que en violencia y en soberana rebeldía se asemejase á lo que ella misma era capaz de sentir y ofrecer. Los *clubmen* y los gomosos no tenían para Teodora musculatura moral suficiente. Una historia clandestina y vergonzante, una píldora de libertinaje secreto, más ó menos dorada... eso sería todo lo que prometiese una aventura con Max de Keradec ó con Armando de Richeplanes. Su instinto de artista hasta en la pasión decía á Teodora que sólo un hombre que llevase en las venas sangre de una raza como la española, en la cual todavía no se ha divorciado el elemento sentimental del sensual, una raza en que todavía hay fe, abnegación y locura, podía encarnar el soñado tipo. Y para éste reservaba Teodora el don de las hadas.

Fuerza es convenir en que estos cálculos hechos de antemano, que estos laboriosos edificios y planes y combinaciones, suelen echarlos por tierra los movimientos espontáneos del corazón, en una de esas inesperadas horas en que un alma acepta el yugo. Esto le hubiese pasado quizás á Teodora cuando conoció á Lorenzo, aunque Lorenzo no realizase, por casualidad extraña, el tipo moral casi viviente en la imaginación de Teodora. Otra mujer menos tenaz, menos segura de su poder, menos resuelta á crear su porvenir que Teodora, caería en el desaliento cuando, al tropezar con Lorenzo, le conoció como pretendiente declarado desde el primer día á la mano de Fermina Castellá. En Teodora, por el contrario, la impresión deliciosa y profunda de la vista de Lorenzo se acrecentó con el viril y acre presentimiento de la lucha que habría que sostener y de las vallas que habría que despedazar. Que Lorenzo, extraño á la familia Castellá, amase á la mujer de Jacinto, podía ser un capricho, un arrebató de la juventud; pero que Lorenzo, concertada su boda, casi marido de Fermina, abandonase á la novia por la esposa del hermano... eso sí que ya merecía arrostrar las terribles contingencias de la infracción del orden moral y de la bofetada al mundo entero!

Consecuente con su plan, dominando el ímpetu de su voluntad perversa, Teodora, con la diplomacia del que aspira á un fin ansiadísimo y con el tacto de la mujer que pone su inteligencia al servicio de su deseo, en vez de exhibir ante Lorenzo una coquetería que

le hubiese alarmado y repugnado, adoptó actitud tan delicada, tan correcta, tan decente, que era imposible que de la dama que así aparecía se pensase más que bien. La gradación de su conducta no fué menos hábil. Al principio se mostró alegre, franca, chancera, fraternal casi con Lorenzo. Después, como si los sentimientos al pronto indefinibles se le hubiesen revelado lentamente, empezó á mostrarse reservada, melancólica, absorta á veces, grave, y hasta desigual de humor. Como la llama que se activaba y la consumía, y los inevitables celos que sentía al ver á Fermina y Lorenzo mano á mano, palidecían sus hermosas mejillas y cercaban de suave oscuridad sus brillantes ojos, no fué difícil que Lorenzo notase estos síntomas y preguntase la causa con interés. Contrastaban demasiado con la visible y aturdida alegría de Fermina, para que no obligasen al joven á establecer involuntariamente esa comparación que es el primer síntoma de la predilección pasional. Casi siempre que se empieza á amar, se empieza también á detestar en otros cualidades opuestas á las del objeto querido. Los colores vivos y la jovialidad fastidiosa de Fermina llegaron á causar tedio á Lorenzo, sin que adivinase que el verdadero origen de su tedio era que contrastaban con la languidez, con la pensativa actitud de Teodora.

La labor de ésta, en los once meses que ya duraba el noviazgo, había sido de arte, pero de un arte maravilloso. Se propuso que no transcurriese un día sin que Lorenzo recibiese de ella algún chispazo, algún ligero roce moral, que se grabase en su memoria, en su alma ó en sus sentidos. Ya era una actitud estudiada y expresiva, ya una frase, ya una confidencia amistosa á media voz, ya el dejar ver, con tal sencillez que parecía descuido, bellezas de esas que el tocado generalmente encubre, como los redondos brazos ó la rica mata de pelo suelta. Con Lorenzo fué tanto más eficaz este sistema, cuanto que, al contrario de Teodora, la idea de que entre Teodora y él pudiese existir algo más que amistad ni se le pasaba por las mientes. Sin desconfianza se dejaba envolver y penetrar insensiblemente por aquella mujer de suyo fascinadora, y más cuando se lo proponía. Libre de todo recelo porque llevaba el rótulo de novio de Fermina, y porque Teodora iba á ser su hermana casi, no recelaba mirarla con pueril complacencia, detallar sus perfecciones, recontar sus encantos y hasta sentir las penas ocultas que delataba su abatido rostro.

Teodora notó que ya estaba bien preparado Lorenzo para poder arriesgar una experiencia definitiva. Si lo dudase, se habría convencido al observarle durante la representación de *Fedra*. No tenía

Lorenzo las entrañas de roble del duro hijo de la amazona, de aquel Hipólito que sólo ve en la mísera Fedra un objeto de horror. Y al notar cómo la pasión transformaba el semblante y humedecía los ojos de Lorenzo, sintió Teodora la alegría insensata del jugador que acierta con el número...

En el mismo instante en que Teodora veía abierta la brecha para entrar en el corazón de Lorenzo, aparecía en el palco el veterano. Su presencia fué para Teodora la vuelta á la realidad. De una ojeada conoció las inmensas dificultades que ofrecía su empresa. Lo de menos sería el maniático de arte que se llamaba Jacinto, y la criatura poco complicada y vulgar que era novia de Lorenzo. Pero aquel viejo terrible, con su ojeada de ave de rapiña que escruta el horizonte, con su cráneo duro y sus velludas manos; aquel veterano que no conocía ni el miedo ni las transacciones con el deber, y que leía en el alma al través del velo engañoso de la carne... era el verdadero enemigo con quien había de luchar Teodora. ¡Y qué: lucharía! Los adversarios cruzaron una mirada relampagueante, y el general no frunció el entrecejo, porque disimulaba ya: al contrario, sonrió y tendió la diestra, en silencio por no molestar á Jacinto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Continuará.)

EN TORNO AL CASTICISMO

De mística y humanismo.

I

A sí como la doctrina que forja ó abraza un hombre suele ser la teoría justificativa de su conducta, así la filosofía de un pueblo suele serlo de su modo de ser, reflejo del ideal que de sí mismo tiene.

Segismundo, lanzado al trono desde su cueva de solitario, pronuncia que la vida es sueño, más se ase de ella diciendo:

soñemos, alma, soñemos
otra vez; pero ha de ser con atención y consejo,
de que hemos de despertar deste gusto al mejor tiempo
.....
..... que estoy soñando y que quiero
obrar bien, pues no se pierde el hacer bien aún en sueños,
.....
Acudamos á lo eterno, que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas, ni las grandezas reposan.

Tras esto eterno se fué el vuelo del alma castellana.

La ciencia una, á cuya cumplida *organización* tienden de suyo como á fin último, aunque inasequible, las ciencias todas, tal es lo que trata de *construir* en la filosofía el hombre, el blanco á que endereza sus esfuerzos desde los datos de expe-

riencia. Va á la par la realidad, por su parte, depositándose en silencio en el hondón del espíritu, y allí á oscuras organizándose. Ya de este hondón donde está su reflejo vivo y espontáneo, ya de la realidad misma conocida á luz de conciencia se quiere sacar filosofía.

El espíritu castellano al sazonar en madurez buscó en un Ideal supremo el acuerdo de los dos mundos y el supremo móvil de acción; revolvió contra sí mismos sus castizos caracteres al procurar dentro de sus pasiones y con ellas negarlas, asentar su individualidad sobre la renuncia de ella misma. Tomó por filosofía castiza la mística, que no es ciencia sino ansia de la absoluta y perfecta hecha sustancia, hábito y virtud intrasmisible, de sabiduría divina; una como prope-déutica de la visión beatífica; anhelo de llegar al Ideal del universo y de la humanidad é identificar al espíritu con él, para vivir, sacando fuerzas de acción, vida universal y eterna; deseo de hacer de las leyes del mundo hábitos del ánimo, sed de sentir la ciencia y de hacerla con amor sustancia y acción refleja del alma. Corre, tras la perfecta adecuación de lo interno con lo externo, á la fusión perfecta del saber, el sentir y el querer; mantiene el ideal de la ciencia concluida, que es acción, y que, como Raquel, moriría de no tener hijos.

Casta la castellana de conquistadores, mal avenidos al trabajo, no se compadecía bien á interrogar y desentrañar la realidad sensible, á trabajar en la ciencia empírica, sino que se movían á conquistar con trabajos, sí, no con trabajo, una verdad suma preñada de las demás, no por discurso que se arrastra pasando de cosa en cosa, ni por meditación que anda y cuando más corre, entendiendo una por otra, sino por gracia de contemplación que vuela y desde un rayo de visión se difunde á innúmeros seres, por contemplación de fruto sin trabajo, *contemplatio sine labore cum fructu*, que decía Ricardo de San Víctor. Pobres en el cultivo de las ciencias de la naturaleza, ejercitaron lo agudo de su ingenio en barajar y adelgazar textos escritos, más en comentar *leges* que en hallar leyes. No

construyeron filosofía propia inductiva ni abrieron los ojos al mundo para ser por él llevados á su motivo sinfónico; quisieron cerrarlos al exterior para abrirlos á la contemplación de las «verdades desnudas», en noche oscura de fe, vacíos de aprehensiones, buscando en el hondón del alma, en su centro é íntimo ser, en el castillo interior, la «sustancia de los secretos», la Ley viva del universo.

No parte la mística castellana de la Idea abstracta de lo Uno, ni tampoco directamente del mundo de las representaciones para elevarse á conocer *invisibilia Dei per ea quae facta sunt*.

«Ninguna cosa criada ni pensada puede servir al entendimiento de propio medio para unirse con Dios... Todo lo que el entendimiento puede alcanzar antes le sirve de impedimento que de medio si á ello se quisiese asir.» (San Juan de la Cruz.)

Arranca del conocimiento introspectivo de sí mismo, cerrando los ojos á lo sensible, y aún á lo inteligible, á «todo lo que puede caer con claridad en el entendimiento», para llegar á la esencia nuda y centro del alma, que es Dios, y en ella unirse en «toques sustanciales» con la Sabiduría y el Amor divinos. Los místicos castellanos glosan y ponderan de mil modos el «conócete á ti mismo» y aún más el «conózcame, Señor, á mí y conocerte he á ti» de San Agustín. Las obras de Santa Teresa son autobiografías psicológicas de un realismo de dibujo vigoroso y preciso, sin psicologuquería alguna.

Robustísima en ellos la afirmación de la individualidad (cosa muy distinta de la personalidad) y del libre albedrío, grandísima la cautela con que bordean el panteísmo. Y es tan vivo en esta casta este individualismo místico, que cuando en nuestros días se coló acá el viento de la renovación filosófica postkantiana nos trajo el panteísmo krausista, escuela que procura salvar la individualidad en el panteísmo, y escuela mística hasta en lo de ser una perdurable propedéutica á una vista real que jamás llega. Y es tan fuerte el individualismo este, que

si San Juan de la Cruz quiere vaciarse de todo, busca esta nada para lograrlo todo, para que Dios y todo con El sea *suyo*.

Como no fueron al misticismo por hastío de la razón ni desengaño de ciencia, sino más bien por el doloroso efecto entre lo desmesurado de sus aspiraciones y lo pequeño de la realidad, no fué la castellana una mística de razón racionante, sino que arrancaba de la conciencia oprimida por la necesidad de *lex* y de trabajo. Es sesuda y sobria y sin manchas de ignorancia grosera. Santa Teresa, penetrada del valor de las letras, no se complace en relatarnos apariciones sensibles, ni que baje el Esposo á charlar á cada paso con ella, revelándole vaticinios impertinentes y avisos de gaceta; sus relaciones místicas, sea cual fuere la idea que de ellas nos formemos, fueron serias, sin segunda intención ni tramoya alguna. La casta de la reformadora será fanática, no supersticiosa. No cayó en el desprecio de la razón ni de la ciencia por abuso de ellas.

Buscaban libertad interior bajo la presión del ambiente social y el de sí mismos, del divorcio entre su mundo inteligible y el sensible en que los castillos se convierten en ventas; libertad interior, desnudarse de deseos para que la voluntad quedara en potencia respecto á todo.

«Y considerando el mucho encerramiento y pocas cosas de entretenimiento que tenéis, mis hermanas..., me parece os será consuelo deleitaros en este castillo interior, pues *sin licencia de las superiores* podéis entraros y pasearos por él á cualquier hora.»

Esto decía á sus hermanas la mujer llena de espíritu de libertad y santa independencia.

Oprimidos por la ley exterior buscaron el intimarla en sí purificándola, anhelaron consonar con su suerte y resignarse por el camino de contemplación liberadora. Había ya dicho Ricardo de San Víctor, que de haber los filósofos conocido esta ciencia mística, jamás habrían doblegado su cerviz ante los hombres, *nunquam creaturae collum inclinassent*.

Corrían tras ciencia de libertad obtenida sin trabajo, *sine*

labore cum fructu. Habría parecido, de seguro, atroz blasfemia aquello de Lessing, de que no es la verdad que posee ó cree poseer un hombre lo que constituye el valor de éste, sino los esfuerzos leales por alcanzarla, y que si Dios, teniendo en su diestra la verdad y en la izquierda no más que el siempre vivo instinto de perseguirla, aun añadido á éste condena á permanente error, le dijera: ¡escoge!, se abalanzaría humilde á su izquierda, diciéndole: Padre, dame este instinto, la verdad pura es para ti sólo.

Buscaban por camino de oración, anhelos y trabajos, ciencia hecha y final, contemplativa, no de meditación ni de discurso; buscaban por renuncia del mundo *posesión* de Dios, no anegamiento en él, buscaban

«entender [el alma] grandes secretos, que parece los ve en el mismo Dios, ni aun digo que ve, no ve nada: porque no es visión imaginaria, sino muy intelectual, adonde se le descubre como en Dios se ven todas las cosas, y las tiene todas en sí mismo» (Santa Teresa);

«acto de noticia confusa, amorosa, pacífica y sosegada en que está el alma bebiendo sabiduría, amor y sabor... Quedándose en la pura desnudez y pobreza de espíritu, luego el alma ya sencilla y pura se transformaría en la sencilla y pura Sabiduría divina..., porque faltando lo natural al alma ya enamorada luego se infunde lo divino sobrenaturalmente; que Dios no deja vacío sin llenar» (San Juan de la Cruz).

Ciencia pura, absoluta, final y contemplativa, visión de la divina Esencia por amor. ¿Es que puede conocerse algo sin amarlo? Conocer es querer y recrear. La mística buscaba el fondo en que las potencias se funden y asientan, en que se conoce, quiere y siente con toda el alma, no ya ver las cosas en Dios, sino sentir ser todas en El, decía San Juan de la Cruz. ¡Por amor! Lo idealizaron, el amor al Amor. Las comparaciones de desposorio y matrimonio espiritual les ocurren á cada paso. Casi todos los místicos han sido pareja castísima. En todos tiempos ha servido el amor de núcleo vivo de ideal-

zaciones; en Beatriz ha encarnado en Ideal, porque la ciencia vive de sus raíces, y la inteligencia arranca de la vida de la especie. Dios no dice á Adán y Eva, « estudiad y conoced las razones de las cosas », y la ciencia misma es viva en cuanto acrecienta y multiplica la vida de la especie. La mística idealizó, no lo eterno femenino, ni lo eterno masculino, sino lo eterno humano; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, nada hombruna aquélla, nada mujeril éste, son excelentes tipos del *homo* que incluye en sí el *vir* y la *mulier*.

Por ciencia de amor buscaban *posesión* de Dios, sin llegar á la identidad entre pensar á Dios y ser Dios del maestro Eckart. Aun cuando hablen de perderse en El, es para encontrarse al cabo de El *poseedores*. Para venir á poseerlo, á saberlo y á serlo todo, no quieras poseer, saber, ni ser algo en nada, enseña San Juan de la Cruz.

Esta sed de supremo goce de posesión, sabiduría y ser por conquista amorosa, les llevó en aquella edad al anhelo del martirio, á la voluptuosidad tremenda del sufrimiento, á la embriaguez del combate espiritual, al frenesí de pedir deliquio de pena sabrosa, á que el alma hecha ascua se derritiera en amor, desgarrándose la urdimbre de espíritu y cuerpo y corriendo por las venas espirituales mares de fuego, y por fin llegaron algunos, rompiendo con la ortodoxia, á pedir la nada.

El punto que en nuestro misticismo separa la ortodoxia de la heterodoxia, es verdadero *punto* y no muy fijo, es, sobre todo, la protesta de sumisa obediencia á la Iglesia. Negar que ese punto sirviera de transición es querer apagar la luz solar amontonando escombros paleontológicos, echando á los ojos tierra de erudición, con noticias complacientes.

II

Si oprimidos por la ley aspiraban á penetrar en la viva del universo, era para hacer de ella ley viva de su conciencia y que obrara en justicia y amor, dentro del alma, moviendo sus actos, olvidada ésta de sí y atenta sólo á las cosas de Dios para que Dios atendiese á las suyas. El provecho de la visión intelectual en que vemos todo en Dios y con todo nos vemos en El, es sacar de idea de nosotros mismos humildad y resorte de acción. La contemplación de la sabiduría de Dios vuelve el entender y el obrar humanos en divinos, nos enseñan.

La ley moral es, en efecto, la misma de la naturaleza, y quien lograra acabada comprensión del organismo universal viendo su propio engrane y oficio en él, su verdadera valía y la infinita irradiación de cada uno de sus actos en la trama infinita del mundo, querría siempre lo que debiera querer. Si la ciencia y la conciencia aparecen divorciadas es porque su ayuntamiento se celebra allá, en el hondón oscuro del alma, cuya voz ahogan y ensordecen los ecos mismos que de él nos devuelve el mundo. Una verdad sólo es de veras activa en nosotros cuando, olvidada, la hemos hecho hábito; entonces la poseemos de verdad.

La ciencia y la acción, María y Marta, habían de servir juntas al Señor, la una dándole de comer, contemplándole y perfumándole la otra. Marta trabajó, es cierto, pero «hartos trabajos» fueron, dice Santa Teresa, los de María al irse por esas calles y entrar donde nunca había entrado y sufrir murmuraciones y ver aborrecido á su Maestro. Ciencia de amor

sin trabajo, repito, de trabajos; no el heroísmo difuso, oscuro y humilde del trabajo, sino los trabajos de la conquista.

Conquistar para el alma la ley sometién dose á la disciplina ordenancista de la externa y escrita, á la que nunca perdieron de vista ni proclamaron inútil; hacer de la *lex* gracia cumpliéndola; fe con obras, obedecer y cumplir. Magdalena fué perdonada, no precisamente porque amara, sino porque por haber amado creyó, *creyendo sin entender*, dice Juan de Avila. Cuando dicen, con San Juan de la Cruz, «no hay otra diferencia, sino ser visto Dios ó creído», se apartan de aquellos generosos esfuerzos de la edad heroica de la escolástica por racionalizar la fe, de aquel empeño por entender lo creído, del *satagamus quae credimus intelligere, nitamur comprehendere ratione quod tenemus ex fide* de Ricardo de San Víctor, formulador de la mística.

En San Juan de la Cruz, que, marcando el punto culminante de la mística castellana, es el más cauteloso en su osadía, parece se fundieron el espíritu quijotesco y el sancho-pancino en un idealismo tan realista, como que es la idealización de la realidad religiosa ambiente en que vivía. Su mística es la de la «fe vacía», la del carbonero sublimada, la pura sumisión á quien enseña el dogma, más bien que al dogma mismo.

Su «Subida al monte Carmelo» es en gran parte comentario de aquellas palabras de San Pablo á los Gálatas: si nosotros mismos ó un ángel del cielo os evangelizare en contra de lo que os hemos evangelizado, sea condenado. Preocupado, sin duda alguna, con la doctrina protestante de la revelación é inspiración interiores y personales y de la personal y directa comunicación con Dios, todo se le vuelve prevenciones contra las revelaciones, visiones y locuciones sobrenaturales, en que como el demonio puede meter mucho la mano y falsificarlas, es lo prudente negarse á todas *para* mejor recibir el provecho de las divinas.

«Dios quiere que á las cosas que sobrenaturalmente nos comunica no les demos entero crédito, ni hagan en nosotros

confirmada fuerza y segura *hasta que pasen por este arcaduz humano de la boca del hombre...* Ninguna necesidad tiene (el hombre) para ser perfecto de querer cosas sobrenaturales por vía sobrenatural y extraordinaria, que es sobre su capacidad... de todas ellas le conviene al alma guardarse prudentemente para caminar pura y sin error en la noche de fe á la divina unión... para entrar en el abismo de la fe donde todo lo demás se absorbe... en que el entendimiento ha de estar oscuro y oscuro ha de ir por amor en fe y no por mucha razón... Cualquiera alma de por ahí con cuatro maravedís de consideración... más bachillerías suele sacar é impureza del alma que humildad y mortificación de espíritu.»

Estos individualistas eran profundamente antipersonalistas. La mística de San Juan de la Cruz es de sumisión y cautela. Poeta riquísimo en imágenes, enseña, sí, nos despojemos de ellas para mejor de ellas aprovecharnos; pero

«advierde, ¡oh amado lector!, que no por eso convenimos ni queremos convenir en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de los ojos de los fieles el santo y necesario uso é ínclita adoración de las imágenes de Dios y de los santos».

Libertad por sumisión y no por rebelión, intimando la ley colectiva externa, no volviéndose á sí para proclamar la propia. El temor al Santo Oficio, ante el cual «lo cierto se hacía sospechoso y dudoso», según el Maestro León, es explicación de corteza que no explica bien este carácter, por no ser éste efecto de aquel temor, sino ambos de la inquisición inmanente que lleva la casta en su alma, esta casta que obedece aun cuando no cumpla, que dará insurrectos, pero no rebeldes.

Con esta fe, *fides*, fidelidad, obras que son amores, y las obras actos de sumisión, no de inspiración interior, actos que al degenerar acabaron por ser clasificados cual ejemplares mineralógicos en los «métodos de amar á Dios».

Partían de la realidad misma en que vivían envueltos tra-

tando de idealizarla. Para llegar á cualquier punto que sea hemos de partir de aquel en que estamos, tomando aliento del aire ambiente (esto lo enseña Pero Grullo), pues quien quiera comenzar de salto y cerrando la boca se ahoga y se rompe la crisma, ó como Don Quijote en Clavileño, creyendo volar por las esferas, no se mueve, vendados los ojos, del suelo en que descansa el armatoste. ¿Por qué pretender rebelarse contra la ley sin haber llegado á sus raíces vivas? ¿Qué *debe ser* es el que no arranca de la *razón de ser* de lo que es? Sin penetrar en esta razón, ¿qué fuerza habrá contra los rémoras que, esclavos de la apariencia, resisten al impulso que nos lleva á lo que ha de ser y tiene que ser, mal que les pese?

Y volviendo á la mística castellana, la ascesis que de ella brotaba era austera y militante, con tono más estoico que epicúreo, varonil. Santa Teresa no quería que sus hermanas fuesen mujeres en nada, ni lo pareciesen, «sino varones fuertes» y tan varoniles, que «espanten á los hombres».

Su caridad, en cuanto enderezada á los hombres, era, sobre todo, horror al pecado. Los milagros de dar salud al enfermo, vista al ciego, ó semejantes,

«cuanto al provecho temporal... ningún gozo del alma merecen, porque, excluido el segundo provecho (el espiritual), poco ó nada importan al hombre, pues de suyo no son medio para unir al alma con Dios.»

Aseguraban compadecer más á un luterano que á un gafo. Es la moral individualista de quien, poco *simpático*, incapaz de ponerse en el lugar de otro y pensar y sentir como este otro piensa y siente, le compadece porque no lo hace como él, ignorando en realidad cómo lo hace. Es la moral militante del Dios de las batallas, la de Domingo pidiendo á la Virgen *valor contra* sus enemigos.

Resaltan los caractereres de la eflorescencia religiosa de España cuando se la compara con otra, la de Italia, por ejemplo. Siguió ésta á la renovación comunal italiana de los siglos X al XII, brotando popularísima de la masa, mezclándose

con ensueños apocalípticos de renovación social, de un reino del Espíritu Santo y del Evangelio eterno. Su flor fué el Pobre-cito de Asís, de casta de comerciantes andariegos y alma de trovador, el alegre umbrío, no el macilento y triste en que se trasformó en España. No se mete en su alma, sino que se derrama fuera, amando con ternura á la Naturaleza, hermana de la Humanidad. Canta á las criaturas, y su Dios quiere misericordia más que sacrificio. Al solitario, *monachum*, monje, sustituye el hermano, *fratellum*, el fraile; salvando á los demás, se salva uno en redención mutua. No se encierra en su castillo interior, sino se difunde en la risueña y juvenil campiña, al aire y al sol de Dios. No se cuida apenas de convertir herejes. Su religión es del corazón y de piedad humana. El símbolo religioso italiano son los estigmas de Francisco, señales de crucifixión por redimir á sus prójimos; el castellano la transverberación del corazón de Teresa, la saeta del Esposo con que se solazaba á solas. Aquí era todo comentar el *Cantar de los Cantares* intelectualizado, allí pasaban del Evangelio al Apocalipsis; el uno es de sumisión y fe sobre todo, el otro, sobre todo de pobreza y libertad; regular y eclesiástico el uno, secular y laico el otro. Del italiano brotó el arte popular de las Florecitas y de los juglares de Dios, como Jacopone de Todi; el nuestro dió los conceptuosos autos sacramentales ó las sutiles y ardorosas canciones de San Juan de la Cruz. Giotto, Fra Angelico, Ghirlandajo, Cimabué, pintaron con las castas tintas del alba, con los arreboles de la aurora, el azul immaculado del cielo umbrío y el oro del sol figuras dulcísimas é infantiles en campo diáfano; Zurbarán y Ribera dibujaron atormentados anacoretas, Velázquez su Cristo sombrío, Murillo interiores domésticos de sosegado bienestar y lozanas Concepciones. Cierto es que el misticismo italiano floreció en el siglo XIII y en el XVI el nuestro.

Así como en los tejidos hipertróficos se ve de bulto y como por microscopio el funcionamiento fisiológico diferencial mejor que en los normales, así en las hipertrofias morales. Las

del misticismo castellano fueron el *quietismo* egoísta del abismarse en la nada ó el *alumbrismo* brutal dado á la holganza y el hartazgo del instinto, que acababa en el horrible consorcio del anegamiento del intelecto en el vacío conceptualizado con la unión carnal de los sexos y en la grosería sensibilista de «mientras más formas más gracia», en el último extremo de lo que llama San Juan de la Cruz lujuria y gula espirituales. El italiano, por su parte, degeneraba en sectas de pobres llenos de ensueños comunistas de restauración social.

III

De estos despeñaderos mórbicos salvó á uno y á otro el *humanismo*, la modesta ciencia de trabajo, la voz de los siglos humanos y de la sabiduría lenta de la tierra. El misticismo italiano, la religión del corazón, se humaniza en el Dante, nutrido de sabiduría antigua, que intenta casar la antigüedad clásica con el porvenir cristiano.

En España penetró tanto como donde más el soplo del humanismo, el alma del Renacimiento, que siempre tuvo altar aquí. Desde dentro y desde fuera nos invadió el humanismo eterno y cosmopolita, y templó la mística castellana castiza, tan razonable hasta en sus audacias, tan respetuosa con los fueros de la razón. El ministro por excelencia de su consorcio fué el maestro León, maestro como Job en infortunios, alma llena de la ardiente sed de justicia del profetismo hebraico, templada en la serena templanza del ideal helénico. Platónico, horaciano y virgiliano, alma en que se fundían lo epicúreo y lo estoico en lo cristiano, enamorado de la paz, del sosiego y de la armonía en un siglo «de estruendo más que de sustancia».

Es en él profundísimo el sentimiento de la naturaleza tan raro en su casta (lo cual explica la pobreza de ésta en cien-

cias naturales). Consonaba con la campiña apacible y serena, la tenía en las entrañas del alma, en sus tuétanos mismos, en el meollo de su corazón. En el campo los deleites parecíanle mayores por nacer de cosas más sencillas, naturales y puras; «en los campos vive Cristo», en la soledad de ellos la fineza del sentir. Retirado á la Flecha, rincón mansísimo á orillas del Tormes, gustaba tenderse allí á la sombra, rompiendo, como los pájaros, á cantar á la vista del campo verde. En aquel quieto retiro, gozando del frescor en día sosegado y purísimo, tendido en la hierba, deleitábase con sus amigos en diálogos platónicos sobre los «Nombres de Cristo».

Este sentimiento de la naturaleza concertábase y se abrazaba en él con su humanismo platónico; era aquella á su mente reflejo de otro mundo ideal, la tierra toda «morada de grandeza, templo de claridad y de hermosura», espejo el campo del cielo, del «alma región luciente, prado de bienandanza». Como en lago sereno se pinta la celeste techumbre temblando las estrellas á las caricias de la brisa al agua casta, así para él espejaba la campiña, «escuela de amor puro y verdadero», la paz eterna.

«Porque los demuestra á todos (los elementos) amistados »entre sí, y puestos en orden y abrazados, como si dijésemos, »unos con otros, y concertados en armonía grandísima, y respondiéndose á veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros, y ayuntándose y mezclándose todos, y »con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo á luz y »produciendo los frutos que hermosean el aire y la tierra.»

Como en el campo, veía en el arte un dechado del concierto ideal de las ideas madres, de los elementos espirituales. La música de Salinas que serenaba el aire vistiéndole de hermosura y luz no usadas, hacía que el alma á su divino son tornara,

«... á cobrar el tino
Y memoria perdida,
De su origen primera esclarecida»,

y á las notas concordes del arte envía consonante respuesta la música ideal é imperecedera, fuente de la humana, y se mezcla entre ambas á porfía armonía dulcísima en un mar de dulzura en que navega á anegarse el alma.

Usado á hablar en los oídos de las estrellas, levantaba á éstas su mirada en las noches serenas anhelando «luz purísima en sosiego eterno», ciencia en paz, salud en justicia, imanes de sus deseos. La ciencia es salud, la justicia paz.

¡Ciencia! Ciencia humana anhelaba, el día en que volar de esta cárcel y en que «el mismo que junta con nuestro *ser* agora se juntará con nuestro *entendimiento* entonces», expresando así, cual mejor no se puede, cómo es el fin de aquélla traer á conciencia lo que ésta lleva velado en su seno. Con la vista en el cielo suspiraba «contemplar la verdad pura» y ciencia humana, saber cosas acerca de las cuales no sería examinado en el día del juicio, como ver las columnas de la tierra; el por qué tiembla ésta y se embravecen las hondas mares; de dónde manan las fuentes; quién rige las estrellas y las alumbra; dónde se mantiene el sol, fuente de vida y luz, y las causas de los hados. Sed de saber puro, no enderezado, como la unión carnal, á sacar á luz un tercero, sino saber que dé paz de deleite, unión para «afinarse en ser uno y el abrazarse para más abrazarse». El Cristo del Maestro León es el *Logos*, la Razón, la humanidad ideal, el Concierto,

«según la Divinidad la armonía y la proporción de todas las cosas, mas también según la humanidad, la música y la buena correspondencia de todas las partes del mundo».

Su Cristo es Jesús, Salud, y

«la salud es un bien que consiste en proporción y en armonía de cosas diferentes, y es una como música concertada que hacen entre sí los humores del cuerpo».

Su Cristo es una de las tres maneras de unirse al hombre Dios, que crió las cosas todas para con ellas comunicarse por Cristo, que «en todo está, en todo resplandece y reluce», «tiene el medio y el corazón de esta universidad de las cosas», aun

de las que carecen de razón y hasta de sentido, recriando y reparando con su alma humana el universo, renovando al alma con «justicia secreta», haciendo de los hombres dioses.

Del mundo de las cosas, por su trabazón, subimos á la Ley; en la Ciencia se coyunta esta con nuestra mente y vivifica nuestra acción para que, naturalizados, humanicemos la naturaleza. Así el Maestro León sube de las criaturas á Dios, muestra el ayuntamiento de éste con la Humanidad en Cristo, y de Cristo, el Verbo, nos enseña descende á deificar al género humano.

El Verbo, la Razón viva, es Salud y Paz. En aquella sociedad de aventureros de guerra que se doblegaban al temor de la ley externa, aborrecía el Maestro León la guerra y mal encubría su animadversión á la ley, *lex*. De natural medroso, veía en Cristo la guarida de los pobrecitos amedrentados, el amparo seguro en que se acogen los afligidos y acosados del mundo». Su Dios no es el de las batallas. Cristo, Brazo de Dios,

«no es fortaleza militar ni coraje de soldado... Los hechos hazañosos de un cordero tan humilde y tan manso... no son hechos de guerra... Las armas con que hiere la tierra son vivas y ardientes palabras... Vino á dar buena nueva á los mansos, no asalto á los muros... á predicar, que no á guerrear».

En hablando de esto dice que se metía en calor y al parar mientes en que las Escrituras emplean términos militares, encogíase en sí, pareciéndole uno de los abismos profundos de los secretos de Dios. En aquella sociedad de nuestra edad del oro que corriendo tras la presa movía guerras con color religioso, consideraba el Maestro León como el pecado enorme y originario de los judíos su adoración al becerro de oro, que despeñádoles de pecado en pecado les llevó á esperar un Mesías guerrero.

«Esclavos de la letra muerta, esperan batallas y triunfos y señoríos de tierra... no quieren creer la victoria secreta y espiritual» sino «las armas que fantasea su desatino... ¿Dónde están agora los que engañándose á sí mismos se prometen for-

taleza de armas, prometiendo declaradamente Dios fortaleza de virtud y de justicia?»

¡Qué de cosas se le ocurrieron en condenación de la guerra en el seno de aquel pueblo cuya callada idea denunciaba el indiscreto Sepúlveda al tratar *De convenientia disciplinae militaris cum christiana religione!*

Repugnaba el estado de guerra y el de *lex* que de él brota. Sometiase á ésta como á dura necesidad en nuestra imperfecta condición, mas sintiendo en vivo con Platón que

«no es la mejor gobernación la de leyes escritas» que «el tratar con sola ley escrita, es como tratar con un hombre cabezudo por una parte y *que no admite razón*, y por otra, poderoso para hacer lo que dice, que *es trabajoso y fuerte caso*».

¡Con qué ahincada complacencia despliega las imperfecciones de la ley externa y le opone la de gracia! Es el grito de los caballeros contra la bárbara ley del honor, pero racionalizado. Soñaba en el reino espiritual, el de la santa anarquía de la fraternidad hecha alma del alma, en el siglo futuro, cuando «se sepultará la tiranía en los abismos y el reino de la tierra nueva será» de los de Cristo. Entonces regirá ley interna, concierto de la razón y la voluntad en que aquélla casi quiere y ésta casi enseña, ley «que nos hace amar lo que nos manda», que se nos encierra dentro del seno y se nos derrama dulcemente por las fuerzas y apetitos del alma, haciendo que la voluntad quede hecha una justísima ley.

En aquel reino del siglo futuro, en que los buenos, poseedores del cielo y de la tierra, sentirán, entenderán y se moverán *por* Dios, será el gobierno pastoril,

«que no consiste en dar leyes, ni en poner mandamientos sino en apacentar y alimentar á los que gobierna»; que «no guarda una regla generalmente con todos, y en todos los tiempos; sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige... que no es gobierno que se reparte y ejercita por muchos ministros».

Su Rey ideal es manso y no belicoso; llano, hecho á pade-

cer, prudente y no absoluto. Sobre todo, ni guerrero ni absoluto.

«Cumplía que en la ejecución y obra de todo aquesto... no usase Dios de su absoluto poder, ni quebrantase la suave orden y trabazón de sus leyes; sino que yéndose el mundo como se va, y sin sacarle de madre, se viniese haciendo ello mismo... ¿Usó de su absoluto poder? No, sino de suma igualdad y justicia... En la prudencia lo más fino de ella y en lo que más se señala es el dar orden cómo se venga á fines extremados y altos y dificultosos por medios comunes y llanos, sin que en ellos se turbe en lo demás el buen orden.»

Su Rey ideal no es capitán general educado para la milicia, es la Razón viva y no escrita. En su reino los súbditos son «generosos y nobles todos y de un mismo linaje»; que «ser Rey propia y *honradamente* es no tener vasallos viles y afrentados».

¡Cuán lejos de esto la realidad en que vivía! Los gobernantes de entonces apenas imitaban ni conocían tal imagen, y

«como siempre vemos altivez y severidad, y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los hombres».

Cuando el buen Sancho perdonaba cuantos agravios le habían hecho y hubieran de hacer, Don Quijote, molido por los yangüeses, habría querido poder hablar un poco descansado y dar á entender á Panza el error en que estaba adoctrinándole en cómo el que gobierna ha de tener «valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento», doctrina caballeresca, levantadora de imperios y

«lo que ha levantado y levanta estos imperios de tierra es lo bestial que hay en los hombres.»

¡Qué soberano himno entona el Maestro León á la paz en los «Nombres de Cristo», alzando los ojos al cielo tachonado de estrellas! Es la paz reflejo del concierto del mundo y no la lucha ley de la vida. ¡Hueras utopías para aquellos á quienes lo bestial que hay en los hombres les ha enredado en la monserga del *struggle for life*, impidiéndoles ver la paz hasta en las en-

trañas del combate! ¡Cuán extrañas sonarían las doctrinas del Maestro León á oídos atontados por el estruendo de tambores y mosquetes! Penetró en lo más hondo de la paz cósmica, en la solidaridad universal, en el concierto universal, en la Razón hecha Humanidad, Amor y Salud. No entabló un solitario diálogo entre su alma y Dios. Vió lo más grande del Amor en que se comunica á muchos sin disminuir, que «da lugar á que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben».

Espíritu sano y equilibrado, atento á vivir conforme á la razón, porque «el ánimo bien concertado dentro de sí, consueña con Dios y dice bien con los demás hombres», identificó la salud y la paz, y la justicia y la ciencia. Encarnó la filosofía del cordero en una sociedad de lobos en que sufrió bajo «la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía, el color de religión, adonde era todo impiedad y blasfemia». Clasicista y hebraizante, unió al espíritu del humanismo griego el del profetismo hebraico, sintió en el siglo XVI lo que un pensador moderno llama la fe del siglo XX, el consorcio de la *pietas* de Lucrecio, el «poder contemplar el mundo con alma serena», con el anhelo del profeta, «que la rectitud brote como agua y la justicia como un río inagotable».

Oprimido por el ambiente, vivió el Maestro León solitario y perseguido, sin que su obra diera todo el fruto de que está preñada. A la presión externa se le añadió la interior, su cobardía misma; le faltó algo del coraje que vituperaba. Con el perfume, aspiró el veneno horaciano.

Guiado por el humano sentido de la paz y la salud, expresó, cual condensación de su doctrina, lo más hondo de la verdad platónica en palabras eternas:

«Consiste la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos y todos y cada uno dellos el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se

reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean: y para que extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo.»

Palabras que encierran la doctrina de todo renacimiento.

IV

La mística buscó la mayor plenitud personal por la muerte de las diferencias individuantes, pero por camino individual. El *franciscanismo*, la gran marea religiosa del siglo XIII, fué la mística popular, una internacional religiosa y laica, especie de estado de conciencia europeo, que borró fronteras (1).

Un pueblo perfecto ha de ser todos en él y él en todos, por inclusión y paz, por comunión de libre cambio. Sólo así se llega á ser un mundo perfecto, plenitud que no se alcanza poniendo portillos al ambiente, sino abandonándose á él, abriéndose lleno de fe al progreso, que es la gracia humana, dejando que su corriente deposite en nuestro regazo su sustancioso limo sin falsearlo con falaces tamizaciones, entregándonos á ella sin quererla dirigir. El ciénago mismo se trocará en mantillo. ¡Cosa terrible la razón racionante de todas las castas, definidora de buenas y malas ideas, que en nombre de una pobre conciencia *histórica* nacional pretende trazar el arancel de la importación científica y literaria y *construir* cultura con industria de protección nacional!

(1) Véase la introducción á la *Vie de S. François d'Assise*, de Pablo Sabatier. Llamo *franciscanismo* al movimiento religioso que alcanza su culmen en San Francisco, aunque precediéndole en parte.

No dentro, fuera nos hemos de encontrar. Cerrando los ojos y acantonándose en sí se llega al impenetrable *individuo* átomo, uno por exclusión, mientras se enriquece la *persona* cuando se abre á todos y á todo. De fuera se nos fomenta la integración que da vida, la diferenciación sola empobrece. El cuidado por conservar la casta en lo que tiene de *individuante* es el principio de perder la *personalidad* castiza, y huir de la vida plena de que alienta la Humanidad, toda en todos y toda en cada uno.

Todos los días se repite maquinalmente el tópico de «ama á tu prójimo como á ti mismo», y á diario se dice que un pueblo es una persona, pero el «ama á otro pueblo como al tuyo mismo» parece despropósito ridículo. La ley del egoísmo y de la carne, hipócritamente celada en el individuo, se formula en la comunidad colectiva para que nos sirva de apoyo. *Ad-versus hostem aeterna auctoritas*, sólo es prójimo el de la misma tribu. Todo lo demás son utopías, cosas de ninguna parte, fuera de espacio, única realidad de los que creen en lo macizo y de bulto y que la patria es el terruño.

Nos aturden los oídos con eso del reinado social de Jesucristo, y apenas lo entienden sus pregoneros. No se sueña apenas en el reinado del Espíritu Santo, en que el cristianismo, convertido en sustancia del alma de la Humanidad, sea espontáneo. Por no serlo hoy tiene órganos concientes y se razona sobre él tan en demasía. Parece locura que llegue á ser moral pública cuando no se ha hecho jugo del individuo.

Se han dado apologistas de la guerra que, sin saber de qué espíritu eran, se llamaban *cristianos*, como el monstruoso De Maistre. Son legión los que sólo conocen al Cristo-Júpiter de Miguel Angel, y legión de legiones los que no dejan caer de los labios lo del derecho de legítima defensa, *servate ordine*, etc.

V

Cuando España se recogió en sí entrando en el período llamado de decadencia, el de crisálida, la expansión de nuestro pueblo había creado una vigorosa vida periférica, exterior é interior, y fomentado la vida de relación (1).

Por el desarrollo de las funciones de relación progresan los vivientes, acrecentando y enriqueciendo su vida. De la periferia primitiva embrionaria, de los repliegues del exodermo brotan los órganos de la inteligencia, del interior el tubo digestivo, cuyo no enfrenado desarrollo convierte al viviente en parásito estúpido.

Cosquilleos de fuera despiertan lo que duerme en el seno de nuestra conciencia. El que se mete en su concha, ni se conoce ni se posee. La misma diferenciación interior, no la externa, es efecto del ambiente, el mismo regionalismo, minis-

(1) Es incalculable el efecto sobre nuestra cultura de haber activado la vida periférica de las costas el descubrimiento de América. Como la superficie crece á menor proporción que la masa, en el cerebro se repliega aquella para acrecentarse á medida que crece la complejidad y delicadeza de sus funciones, razón por la que son mayores las circunvoluciones en el cerebro humano que en los de los demás animales y mayores en el del blanco que en el de razas inferiores. Y bien puede decirse que el tener el europeo más *periférico* el cerebro que el negro de Africa, es reflejo de tener Europa más perimetro de costa, seis veces más respecto al área, que el Africa. ¡Maravilloso cerebro el Mediterráneo, viejo cerebro de Europa, con su riquísima variedad de circunvoluciones geográficas, senos, escisuras, archipiélagos, golfos, cabos, ensenadas! Grecia, Italia, Inglaterra deben á sus costas, sobre todo, su cultura, Francia á ser el *quiasma*, el nodo de la inervación europea occidental, Alemania á la *periferia* interna de sus mil estadios.

tro de enriquecimiento íntimo, cobra fuerzas del aire extranjero, es el activarse la circulación y vitalidad de los miembros al ensancharse el pecho para recibir el aire ambiente. Las literaturas regionales suelen despertar con vientos cosmopolitas (1).

El desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo del amor á la patria universal humana ; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno y el otro sobre todo intelectual, brota el verdadero amor patrio.

Hay que mantenerse en equilibrio con el ambiente asimilándose lo de fuera ; la mutualidad brota de suyo, porque necesariamente es recíproca toda adaptación. No hay idea más satánica que la de la auto-redención; los hombres y los pueblos se redimen unos por otros. Las civilizaciones son hijas de generación sexuada, no de brotes.

¡Pobre temor el de que perdiéramos nuestro carácter al abandonarnos á la corriente! Lleva el núcleo castizo de nuestra cultura un fuerte sentimiento de individualidad, un sentido sancho-pancino de las realidades concretas y de la distinción entre lo sensible y lo inteligible, de los hechos *intuidos*, no inducidos, y un quijotesco anhelo á ciencia final y absoluta, que si no acaba grandes cosas, muere por acometellas. Nuestro quijotismo, impaciente por lo final y absoluto, sería fecundísimo en la corriente del relativismo; nuestro sancho-

(1) Un movimiento científico internacional ha despertado el estudio de los dialectos, de las costumbres y de las tradiciones locales; movimientos de carácter internacional despertaron las lenguas populares frente al latín, el franciscanismo al italiano, el luteranismo al alemán. Al movimiento protestante cabe la mejor parte del impulso dado á la lingüística; á los hechos que en comprobación de esto se citan (véase « Port-Royal » en *La Vida de los Santos*, de Renán). podemos añadir el de que el libro más antiguo impreso en vascuence, excepción hecha de las Poesías de Dechepare, es la traducción del Nuevo Testamento del hugonote vasco-francés Juan de Leizarrague. En España, un protestante, Juan de Valdés, inició la lingüística castellana.

pancismo opondría acaso un dique al análisis que destruyendo los hechos sólo su polvo nos deja. Pero lo castizo eterno sólo obrará olvidando lo castizo histórico en cuanto excluye.

Hay que matar á Don Quijote para que resucite Alonso Quijano *el Bueno*, el discreto, el que hablaba á los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amarga y continua leyenda de los libros de caballerías y sintiéndose á punto de muerte quería hacerla de tal modo que diese á entender no había sido su vida tan mala. «Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos», dirá el engañado Sancho al pedirle albricias.

«Los de hasta aquí, replicó Don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho.»

«¡Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno!» El bachiller Sansón Carrasco, la razón racionante apoyada en el sentido histórico creará incorregible á Don Quijote y siempre para su solaz la graciosa locura de éste. Así ha sido hasta hoy y así tiene que seguir siendo, hoy como ayer y mañana como hoy. Pero ¿es que la ley del cambio no está sujeta á cambio? ¿No hay ley del cambio de la ley? Lo único inmutable es el principio de continuidad.

Un mezquino sentido toma por la casta íntima y eterna, por el *carácter* de un pueblo dado, el símbolo de su desarrollo *histórico*, como tomamos por nuestra personalidad íntima el yo que de ella nos refleja el mundo. Y así se pronuncia consustancial á tal ó cual pueblo la forma que adoptó su personalidad al pasar del reino de la libertad al de la historia, la forma que le dió el ambiente.

Para preservarse la casta *histórica* castellana creó el Santo Oficio, más que institución religiosa, aduana de unitarismo casticista. Fué la razón racionante nacional ejerciendo de Pedro Recio de Tirteafuera del pobre Sancho. Podó ramas en-

fermas, dicen; pero estropeando el árbol. Barrió el fango... y dejó sin mantillo el campo.

* * *

No es aquí todo antojos. Una ojeada al estado mental presente de nuestra sociedad española nos mostrará á la *vieja casta histórica* luchando contra el pueblo nuevo; veremos que no son palabras sólo lo dicho, que aún lo al parecer más impertinente, desatinado y extravagante de lo expuesto, es pertinente, atinado é intravagante á nuestro propósito. Aún resistimos á la gracia humana y tiene esta resistencia culto y sacerdotes. Resistimos abrirnos al ambiente y descender, desnudos de toda visión histórica, á nuestro profundo seno. Gracias á una *virtus medicatrix societatis*, se cumple la regeneración de todos modos, día por día, pero es deber de cada cual ayudar á la naturaleza y no meterse á poner carriles al progreso.

Raspemos un poco y muy luego daremos en nuestra actual sociedad española con la Inquisición inmanente y difusa, vestida con *formalismo* de latísima formalidad, con la gravedad, nada seria, de la *vieja morgue castillane*.

MIGUEL DE UNAMUNO.

RECUERDOS

Dije en otra ocasión, que hasta la edad de cuarenta años próximamente, ni había escrito un solo verso, ni había compuesto un solo drama. Y si bien es cierto lo primero, no lo es, en absoluto, lo segundo; porque, analizando mis recuerdos, puedo asegurar, que pequeños dramas los compuse toda mi vida, casi desde los primeros años de mi infancia. Quiero decir, que siempre tuve una tendencia irresistible á combinar sucesos imaginarios, con cierto plan más ó menos cándido, y hasta con cierta finalidad dramática.

Recuerdo que desde que tuve uso de razón, siempre que un suceso cualquiera excitaba con cierta viveza mi sistema nervioso, sobre aquel suceso forjaba yo una fábula, infantil y disparatada por de contado, pero que no por serlo despertaba menos mi interés, como que en ella era yo el principal personaje.

Valga un ejemplo:

Iba yo, por entonces, á la escuela de primeras letras, de suerte que tendría seis ó siete años, y todavía dominaba en la primera enseñanza aquel sistema tradicional de nuestros padres y abuelos, que se condensaba en este feroz, pero entonces acreditado apotegma: la letra con sangre entra. Había, pues, azotes, encierros, disciplinazos y palmetazos para todo chico

que los merecía y aunque no los mereciese, con tal que al maestro se le antojara que un vigoroso vapuleo había de aguzar las en tendederas del discípulo.

Aún veo á mi hombre, que era para mí entonces más temible que el autócrata de todas las Rusias, paseando por la escuela con sus disciplinas al hombro y jugando distraído con la palmeta.

Y también veo la palmeta, de madera oscura, algo grisienta por el uso y por el repetido contacto con tantas y tantas manos de problemática limpieza, y aún sudorosas por el terror á veces.

Por coquetería de refinada crueldad, hasta tenía dos ó tres molduras en el mango; y la pala gruesa y redonda, estaba llena de agujeritos.

Aquellos agujeritos siempre excitaron mi curiosidad. «¿Para qué serán, señor?, ¿para qué serán?» Pensaba yo en mi cabezita de niño, cuando al acercarme con los compañeros de mi clase para dar la lección, veía el bárbaro instrumento reposando con aparente y engañosa tranquilidad sobre la mesa. Sólo muchos años después, cuando estudié física y me enteré de que el aire es elástico, pude comprender el objeto de aquellos agujeros, que formaban cruces, rosetones y dibujos más ó menos caprichosos, que siempre á mí me parecieron signos siniestros de alguna endemoniada escritura.

Claro es que al dar el palmetazo, por más que el maestro se empeñase en que la palma de la mano había de estar bien plana y bien estirada, el miedo y el dolor solían contraerla instantáneamente, en cuyo caso hubiera podido quedar una pequeña cantidad de aire de entre la palmeta y la mano; aire que sirviendo de almohadilla quizá lograra aminorar la violencia del golpe. Y por eso el maestro había calculado, bien ó mal, quizá ateniéndose á no sé que misteriosas y tradicionales recetas, que no estaría demás llenar la pala de la palmeta de agujeros, para que por ellos el aire circulara fácilmente y fácilmente se escapase.

En cuanto á las disciplinas, su construcción era sumamente sencilla; pues consistía en una serie de pequeños cordeles, formando entre todos un buen manojo, sujeto de trecho en trecho con apretadas ligaduras, y con sus correspondientes nudos y flecos en el extremo.

*
* *

He descrito minuciosamente la palmeta y las disciplinas, porque me parece que todavía las estoy viendo; y eso que jamás, jamás, ni por casualidad ó distracción osaron acercarse á mi pequeña, pero respetable persona, mimada por entonces como nunca lo ha sido el niño más mimado.

¡Buenos eran mis padres para sufrir que á mí se me aplicase por el maestro, no ya la palmeta ó las disciplinas, pero ni siquiera el más insignificante castigo; ni aun encerrarme en el cuarto oscuro era permitido, y aún menos ponerme de rodillas!

Porque en cierta ocasión entró mi madre en la escuela á buscarme, y me vió con los brazos cruzados sobre el pecho como todos los demás chicos, porque así nos tenía el maestro mientras no estudiábamos ó escribíamos, vino á mí, entre indignada y enternecida, me separó los brazos, y se fué al maestro, diciéndole á media voz, pero que de enojo le temblaba, y que al alma me llegó con inefables caricias, «que era su voluntad que su hijo tuviese siempre los brazos libres, y que cuidase mucho en adelante de no obligarme á estar en tan servil y absurda posición.»

En cuanto á mi padre, que era bueno y dulce por todo extremo, pero que cuando se irritaba tenía violencias y empuje de aragonés, si el mal aconsejado maestro hubiera osado tocarme, no ya con la palmeta ó con las disciplinas, sino con un dedo solo, disciplinas y palmeta, y el maestro con ellas, hu-

bieran salido por el balcón, después de haber sentido el dómine roto en las costillas aquél célebre bastón de puño de oro y borlas de que hablé en mi artículo precedente.

No: el pobre maestro no se atrevía ni á mirarme siquiera con malos ojos: y al ver entrar en la escuela á mi madre, se ponía pálido, procuraba recoger de sobre los hombros la disciplina y escamotearla, y supongo yo que se echaba á temblar, temeroso de que sólo con una frase deshiciese la respetable señora todo el tinglado de aquel brutal y estúpido régimen de enseñanza.

*
* *

Más aún; aunque á mí jamás me castigaba el maestro, notaron mis padres que la escuela me infundía repugnancia; y al investigar el motivo hubieron de comprender, que me ponía nervioso el espectáculo de los castigos que á mis compañeros les aplicaban. Y tales cosas le dijeron al maestro, que desde aquel día en adelante siempre que creía necesario usar de cierta severidad, ó llamémosla barbarie, me hacía salir de la sala y me llevaba con sus hijas, para que no presenciase el castigo que á algún otro niño, menos mimado que yo, se proponía aplicar, para insinuarle en la piel, si no con sangre, con cardenales al menos, la letra de la lección no sabida ó de la plana mal escrita.

Pues á pesar de todo, aquellos castigos á mis compañeros, ya los viese en acción, ya me los contaran ellos llorando, excitaban mis iras infantiles hasta el punto de quitarme el sueño, y en ocasiones tales es cuando yo compuse mis primeros dramas.

¿No han cantado todos los poetas italianos á la libertad de su patria, y no han fustigado en ardientes estrofas al bárbaro opresor? Pues yo era, en mi pequeña esfera, el cantor silen-

cioso de aquella grey infantil sujeta á uno y otro golpe de palmeta y disciplinas.

Mis poemas vengadores tenían forma novelesca: muchas y muchas noches, en vez de dormir, combinaba yo mi pequeña novela, drama ó poema; sobrio en palabras, pero rico en acción. Realmente, en cuanto á palabras, creo que no tenían ninguna; pero en cambio, el movimiento era grande y la acción enérgica.

Me figuraba yo que el maestro, olvidándose del mandato de mis padres, me castigaba cruelmente, más que á ningún otro chico; que me acardenalaba las manos á palmetazos; que ensangrentaba las disciplinas en mi cuerpo; que descargaba con furia inagotable sobre mí toda una tempestad de golpes y azotes; y cuanto más me pegaba, ó me figuraba yo que me pegaba, más y más quería que me pegase, para que la venganza de mis padres fuese mayor.

Y así continuaba forjando mi pequeño drama, con su desenlace correspondiente, porque cuando consideraba que el martirio había llegado al último extremo, hacía entrar en escena á mis vengadores naturales, es decir, á mis padres, que aparecían de pronto, y que al verme en tan lastimoso estado acometían al maestro, devolviéndole con centuplicado furor todo el mal que me había hecho; y en aquella visión fantástica gozábame yo lo que no es creíble, hasta ver la escuela en ruinas, disciplinas y palmeta lanzadas por la ventana y al maestro en tierra más golpeado y más rendido que yo mismo.

Sin embargo, en estos dramas internos é infantiles siempre concluía por enternecerme y por perdonar á mi supuesto verdugo y traidor forzoso de mi fábula dramática. La verdad es, pensaba yo, que nunca me ha pegado ni me ha castigado siquiera, y que el daño que haya podido hacer á mis compañeros bien purgado está con la soberana solfa que ha recibido, «Basta ya, decía: dejadle.»

* * *

Esta tendencia á forjar *dramas internos* sobre los sucesos de mi vida real, antes se exacerbó que se aminoró con los años. Ya estudiaba yo latín, y aún seguía con las mismas aficiones á dramatizar todos los sucesos del aula; que aula era ya, y no escuela, mi nuevo centro escolar.

Las mismas prevenciones que mis padres habían hecho al maestro de primeras letras hicieron al profesor de latín: prohibición absoluta de castigarme: si algo malo hacía, bastaba con que mi padre lo supiese. En *aquella constitución paternal* votada en mi provecho en el hogar doméstico, no se le había dejado al profesor más que un solo recurso, el de queja, ya contra mis travesuras si las hacía, que nunca las hice, ya para mi desaplicación, que, á decir verdad y perdóneseme el elogio, nunca fuí desaplicado.

La prevención no era inútil, porque si bien el profesor de latín no tenía ni disciplinas ni palmeta, tenía en cambio dos formidables manazas con las que todos los alumnos de la clase menos yo entablaron relaciones frecuentes.

Cuando un discípulo era desaplicado ó travieso, el profesor le ponía á su lado al preguntarle la lección; se agarraba preventivamente á la oreja izquierda del chico, y en cuanto éste cometía una falta, verificaba el profesor con rapidez suma un doble movimiento; en primer lugar, le daba un soberbio estiron, y después, soltando la oreja, descargaba sobre el muchacho un pescozón monumental y resonante, estiron y golpe rápidos como el rayo; y de nuevo se agarraba al cartilaginoso y encendido apéndice, en espera de una nueva falta ó de un nuevo *punto*. De esta suerte con admirable ritmo se sucedían durante toda la lección los tirones de orejas y los pescozones al vuelo.

Con esto y con mandar á los chicos que estuvieran de rodillas una ó dos horas, cuando las faltas eran menores, marchaba el aula como una seda, y el latín iba entrando lentamente en aquellos cerebros infantiles tan lindamente traqueteados.

Jamás osó el maestro poner á prueba ni la elasticidad de

mis orejas ni la resonancia de mi cráneo, lo cual le hubiera costado seguramente un grave disgusto; pero en cierta ocasión y en un día en que andaba de humor pésimo, empezó á arrodillar á diestro y siniestro á toda la clase. Hízome una pregunta, contesté á ella, no se dió por satisfecho, y me mandó arrodillar también: era la primera y fué la última vez que sufrí semejante castigo, y dentro de mi alma levantóse una tempestad tremenda. Yo tenía conciencia de que había contestado bien á la pregunta: más de cincuenta años han pasado, y ni he olvidado la pregunta ni la contestación. Tratábase de las oraciones que llamábamos *de relativo* y aun hoy mismo si al revolver mis libros me encuentro una gramática latina, busco instintivamente el punto en litigio, para cerciorarme una vez más de que mi contestación era exacta, de que el profesor no la entendió ó no quiso entenderla, y de que el castigo fué soberanamente injusto.

Yo soy así, ¿qué remedió? Pero confieso mis culpas: ó me falta humildad, ó me sobra memoria: de todas maneras, declaro lealmente, que siempre perdono, pero que nunca olvido el mal que injustamente me han hecho.

Yo sabía las oraciones de relativo, contesté lo que debía contestar, mandáronme poner de rodillas contra ley y contra justicia, y la indignación que por dentro de mí bullía debió reflejarse en mi cara, porque el profesor me dijo, un momento después de haberme mandado arrodillar, que me sentase, y acercándose á mí agregó con tono cariñoso: «Vamos, no llores, que no es para tanto». Mas notó al querer yo contestarle, aunque en rigor no pronuncié palabra alguna, que tenía los dientes apretados con marcada expresión de ira, y cambiando de tono me reprendió severamente diciendo: «¡Hola, hola; conque no es pena sino rabia!» Pero no hizo más ni á más se atrevió.

Los profesores, es lo cierto que no se atrevían conmigo: tenía yo bien guardadas las espaldas. Decididamente, y bajo este punto de vista, no debía ser yo un alumno muy cómodo

para los maestros de entonces, aunque, por lo demás, como queda dicho, y como repito por espíritu de justicia conmigo mismo, ni yo les revolví la clase, ni faltaba nunca, ni dejaba de estudiar las lecciones como podía.

¡En qué estado de violenta agitación volví á mi casa! ¡Qué afrenta, qué humillación, qué injusticia, haberme tenido de rodillas dos minutos nada menos!

Inmediatamente me puse á forjar una serie de dramas á la altura de las circunstancias. Nada dije á mis padres, no me quejé del maestro, porque, en medio de todo, yo le quería y él me quería muchísimo, casi con cariño paternal; pero bueno le puse allá en las esferas abrasadas y rencorosas de mi imaginación.

Ya no era yo un niño, ó, por lo menos, me figuraba que no lo era; había leído novelas y poemas, sobre todo el *Numa Pompilio* y el *Gonzalo de Córdoba*, de Florián, y me consideraba en disposición de tomar por mí mismo venganza sangrienta de la afrenta recibida, como hubieran hecho en semejante caso todos los héroes de mis predilectas lecturas.

Ello es, que durante ocho días estuve retando y batiéndome en los abiertos campos de mi fantasía con el profesor de latín. Presentábame yo á caballo, unas veces con la armadura de *Numa Pompilio*, y embrazando aquel maravilloso escudo que le mandaron los dioses, otras veces con la piel de tigre y la clava de Leonte, y no pocas con la propia armadura del Gran Capitán, á la puerta de la escuela, y plantado en ella, me desataba en denuestos contra el profesor; le hacía salir á la calle y le vestía de romano ó de moro, emprendiéndola con él á cuchilladas, á mazazos ó á lanzadas, hasta dejarlo en tierra vencido y maltrecho, mientras repetía yo una y otra vez: «para que me mandes arrodillar, perro judío».

El final de esta serie de duelos era el de siempre, que al fin me compadecía del pobre hombre, que recordaba sus bondades, sus frases cariñosas, sus premios y alabanzas, y que hasta sentía remordimiento por mi excesiva crueldad.

*
* *

Pero digamos las cosas como son. Para sentir yo tales estímulos dramáticos y tales apetitos de venganza, fué siempre preciso que me creyera víctima de alguna tremenda injusticia: sólo que las injusticias más pequeñas ó más dudosas tomaban á mis ojos matices de evidencia y proporciones colosales. ¡Qué diablo! nadie es perfecto y es pedir gollerías pedir que un niño lo sea.

Nunca forjé dramas vengativos contra el que me hizo algún mal sin intención, y he aquí la prueba:

Asistía yo por entonces, desde las ocho á las diez de la noche, á una Academia de dibujo sumamente concurrida: quizá acudían á ella ciento cincuenta ó doscientos chicos. Al acercarse la hora de la salida, venía la criada á buscarme, y abriendo la puerta del salón, decía en voz alta: «Echegaray.» Recogía yo mis trevejos, guardaba mi tablero y me marchaba. Pero los chicos, que estaban ya impacientes y buscando en todo motivo de broma, dieron en repetir mi apellido tan luego como la criada lo pronunciaba en la puerta de la clase, y al decir ella «Echegaray», corría como un reguero de pólvora por todas las mesas «¡Echegaray, Echegaray; Chegaray, Chegaray!» Y como si mi nombre fuera perdiendo letras en el camino, gritaban otros, «Garay, Garay», y en lo último de la sala, resonaban, á manera de lamentos de dolor, «¡Ay, Ay, Ay!»

Con la repetición se fué perfeccionando esta especie de coro ó eco prolongado y concluyó por hacerse ó cantarse con una regularidad perfecta y con un estrépito de risas y tableros verdaderamente infernal.

Llegó un día en que el profesor, D. Santiago, que así se llamaba, se incomodó de veras, y emprendiéndola con la primera fila de mesas que encontró, recorrióla toda de punta á punta propinando á cada chico un pescozón formidable.

En aquella fila de mesas estaba yo, y como no nos veía la cara, cuando me llegó mi turno en aquel reparto general, sufrí mi pescozón correspondiente.

Al volver yo la cabeza me conoció, y conoció su error, y diciéndome con dulzura: «pobrecillo, no sabía que eras tú»; siguió adelante con su faena.

Pues bien; en este caso, á pesar de que el golpe había sido más que mediano y que la cabeza me estuvo doliendo un rato, ni sentí enojo contra el profesor de dibujo, ni forjé ningún drama de los que acostumbraba á forjar por mucho menos.

*
* *

La costumbre descrita, que podrá parecer excesivamente cándida, ya que no declaradamente tonta, y que á primera vista puede considerarse como peligrosa y hasta como signo casi cierto de un mal carácter ó de un carácter vengativo, ha sido para mí eminentemente moral y beneficiosa. Ha sido, en suma, un desahogo inocente, un derivativo oportuno, y hasta un desgaste de malas pasiones y de malos instintos; de todas maneras, someto el problema á los psicólogos y á los moralistas en esta serie de documentos humanos, cuyas rotas hojas voy arrojando sin orden en el revuelto caos de mis recuerdos. Costumbre moral y beneficiosa he dicho, y sostengo la afirmación. Al empezar uno de mis *dramas vengativos*, indudablemente era la ira la que me inspiraba. A medida que el drama liliputiense se desarrollaba, la ira, como piedra que baja por un río, sufría forzoso desgaste, y al llegar al fin siempre experimentaba en mí algo como cansancio, disgusto y remordimiento.

Era, por decirlo de este modo, llegar al remordimiento como *remordimiento real*, á través de un *crimen imaginario*.

Esta sensación la he experimentado muchísimas veces, y la he experimentado con no menos viveza al leer algunos años más tarde una novela de Federico Soulié, que, si no recuerdo mal, se titula *El Vizconde de Veziers*, ó que por lo menos es

continuación de esta última. Permítaseme reseñar rápidamente el argumento á modo de folletín.

La novela está consagrada al estudio psicológico de una venganza, y jamás venganza más justa se habrá imaginado por hombre alguno real ó fingido.

Vuelve el protagonista de Tierra Santa, en noche oscura, pero iluminan su camino al través del bosque recuerdos, alegrías y esperanzas: vuelve á buscar el castillo de sus padres y sólo encuentra ruinas humeantes, deshonrada á su hermana y cruelmente mutilado á su propio padre: es que pasó por encima de piedras y seres humanos, como tempestad de sangre y fuego, la cruzada contra los albigenses. Y aquel hijo ante su hermana moribunda, ante su padre que ni puede llamarle hijo porque los cruzados habíale cercenado la lengua, y ante los escombros de su castillo señorial, jura por su cruz de Palestina, en el negro caos de la noche, consagrar su existencia á vengarse de Simón de Monforte, sacrificándolo todo á cambio de lograr venganza tan cruel como crueles fueron los verdugos de su familia.

Cuando yo leí los primeros capítulos de esta novela, experimenté la misma sensación, que habría experimentado el protagonista á ser un personaje real. Venganza, sí: una venganza horrible, sobrehumana, inagotable; y seguí novela adentro con ansias infernales de algo monstruoso, que yo no sabía forjar, pero que bien sabría forjarlo el gran novelista francés.

Pues bien; á medida que la venganza iba avanzando, lo mismo que en las pequeñas venganzas infantiles de mis ridículos dramas, sentía yo disgusto y cansancio.

Todo lo sacrificaba el protagonista á sus apetitos vengativos: su gloria, su patria, su nombre, sus amores. ¿Había que arrojar algo al monstruo voraz para llegar al término siniestro? Pues lo sacrificaba el héroe de la novela, al principio con placer, luego con repugnancia, al fin con dolor y angustia.

Y á la par que leía el interesante relato, iba yo pensando

también que toda venganza, por justa que parezca, nunca vale lo que ha costado. Fruto envenenado que al principio parece que sacia la sed, que luego la aviva, que al fin es agrio, y que, por último, es repugnante y horrible, y más doloroso para el que se hartó de venganzas que para el que sufrió con ellas.

*
* *

Pasaron algunos años, seguí mis estudios en la Escuela de Caminos y el hábito de novelar ó de dramatizar todos los sucesos notables de mi vida, si es que se les puede dar este nombre de notables, nunca desapareció de entre las tendencias de mi espíritu ó de entre los vicios de mi organismo; y les llamo así por si hay quien como vicio quiera considerar esta pueril manía.

Bastaba que cualquier hecho se fijara con vigor en mi cerebro por sus representaciones psíquicas, y que en él tuviera yo algún interés personal, para que sobre aquel hecho levantase todo un castillejo de personajes y sucesos, todo un drama simplón en miniatura, que se desarrollaba por completo hasta llegar á sus últimas consecuencias dramáticas.

Pruébelo un caso entre cien que pudiera citar; y pudiera citar muchos, porque es la verdad que me pasaba la vida hora tras hora casi sin punto de reposo, estudiando las asignaturas de la Escuela (ante todo la obligación); estudiando las obras clásicas de la ciencia matemática (que siempre han sido y siguen siendo mi devoción predilecta); leyendo cuantas novelas podía; asistiendo al teatro siempre que mi modestísimo presupuesto de gastos no se agotaba, y muy principalmente fantaseando en las horas de relativo descanso, que no podían ser otras que las de la noche, esos dramas íntimos á que vengo refiriéndome, y que ahora caigo en que eran como los precur-

sores de otros dramas, que más tarde había de llevar á las tablas entre esperanzas y angustias.

Tenía ya diez y nueve años; estaba, pues, concluyendo mi carrera, y como por entonces empezasen las obras del Canal de Lozoya, á poca distancia de Madrid, en la sección que llamaban de Valverde, proyectaron muchos de mis compañeros hacer una excursión á caballo á dos ó tres leguas de la capital y hacia el tajo en construcción, en compañía de los dos ingenieros D. José Morer y D. Juan Rivera, para tomar de este modo una como lección práctica en el arte de la ingeniería.

La expedición, según he dicho, había de verificarse á caballo, pero ni yo había montado nunca ni tenía por lo tanto la menor idea de lo que fuese la equitación.

Pregunté á mis compañeros si era difícil ir sobre el lomo del noble cuadrúpedo, y todos me aseguraron que era la operación más fácil del mundo.

Bajo la fe de su palabra encargué un caballo de alquiler donde todos encargaron los suyos respectivos, á saber, en un establecimiento de no sé qué calle próxima al Teatro Real, y á las cinco de la mañana estaba yo con mis compañeros esperando que nos preparasen las cabalgaduras.

Habíame parecido, que para montar á caballo la primera condición era *llevar espuelas* y el día antes las compré, procurando que fuesen *de mucho castigo*, término que había aprendido yo de uno de mis amigos, y no en vano, porque recargando lo del mucho castigo, hice alarde de caballista ante el vendedor cuando adquirí las espuelas referidas.

A pie caminaba á las cuatro y media de la mañana desde mi casa al establecimiento de caballos de alquiler, y al marchar por las aceras y hacer sonar mis espuelas, efluvios de orgullo como otras tantas corrientes eléctricas, subíanme por todo el cuerpo desde las aceradas puntas al ensoberbecido cerebro.

Decididamente un hombre que hace sonar sus espuelas al amanecer y por las solitarias calles, es todo un hombre y poco le falta para ser un héroe.

Llegué, vi, pero no vencí, aunque de antemano creía segura mi victoria y de antemano me gozaba en la sorpresa de mis compañeros, ninguno de los cuales se había puesto espuelas: decididamente yo les llevaba esta ventaja.

Sacaron mi caballo al centro de la calle, y no me pareció el animal de mala estampa. Ciertas dudas me asaltaron sobre el modo de subir; pero observando lo que hacían los amigos é imitándoles con bastante acierto, logré encaramarme hasta el lomo del que en aquel instante me parecía simpático cuadrúpedo y bien pronto me pareció horrendo monstruo de sin igual fiereza.

Ello es que el mozo, que contenía el caballo mientras yo montaba, en cuanto me vió arriba, lo soltó sin el menor escrúpulo, y el animal, sin esperar á que yo le diese la orden de partida, sin tener la consideración de aguantarse algunos momentos para que yo pudiese coger el segundo estribo, arrancó con un trote de que yo no tenía la menor idea, dió vuelta á la calleja, se metió por otra y no sé como salió á la calle Mayor.

Todo esto fué rapidísimo. Como yo al arrancar el caballo no me había descompuesto, ninguno de mis compañeros se hizo cargo del apuro en que me veía, ni pensaron tampoco en detenerme y me dejaron marchar.

A todo esto, en lo alto del maldito caballo, pasaba yo las de Caín, ó, mejor dicho, pasaba las de Abel, porque la víctima era yo. Jamás logré coger el segundo estribo y bien pronto perdí el primero. Cuando el monstruo, llamémosle así, se vió en la calle Mayor, apretó el trote y yo empecé á saltar desordenadamente sobre la silla. Para no caerme, apretaba las piernas, y al apretarlas le clavaba naturalmente las espuelas á aquel demonio de maldad en figura de cuadrúpedo.

Con los espolazos que le daba sin querer, con los repetidos golpes de los estribos que chocaban á compás los flancos del corcel, con las anchuras de la calle que brindaban espacio recto y despejado, con los saltos que yo daba sobre la silla de mon-

tar y con la falta absoluta de gobierno, porque yo no sabía qué hacer de aquel puñado de riendas que me llenaban la mano, con todo esto, repito el animal se volvió loco y arrancó desesperadamente hacia la Puerta del Sol.

Yo, sin embargo, no me caía: era delgado, muy ágil y si mis fuerzas no eran grandes, eran las suficientes para manejar mi cuerpo. Botaba si sobre el sillín inglés como pelota de goma elástica. Visto desde lejos, debía parecerme á un mono de los que trabajan en los caballos de los circos. Pero así y todo, no soltaba mi presa: engarabataba las piernas sin cuidarme de las maldecidas espuelas; buscaba el equilibrio á todo trance; me agarraba al sillín, me agarraba á las crines del caballo y seguía mi carrera, que en nada se parecía seguramente á una carrera triunfal.

Venían por la calle en distintas direcciones albañiles, vendedores matutinos, obreros y gente del pueblo, y esta era una de mis mayores humillaciones; porque á medida que avanzaba á la carrera, iba dejando detrás de mí un rastro de silbidos, gritos y carcajadas, de entre cuyo caos se destacaban algunas frases de más castigo que las mismas espuelas con que iba labrando los hijares de mi verdugo.

«¿A dónde vas?» «¡Temprano la has tomado!» «Escribe en llegando», y á este tenor cien otros chistes y desvergüenzas populares.

Aquello sí que era un vértigo: ríome yo del vértigo admirable de nuestro gran poeta.

El corazón me saltaba: faltábame la respiración, porque al ir á tragar aire un golpe sobre el sillín me cortaba el aliento; las sienas me latían con latidos horribles y la vista se me iba enturbiando.

Procuré al fin tirar de las riendas al caballo para detenerle, pero fué empeño inútil, que el demonio de la bestia se me descompuso más.

De este modo llegamos á la Puerta del Sol, y como el punto de cita era la plaza del Progreso, procuré dar la vuelta hacia

la calle de Carretas, ¿pero cómo ¡Dios mío! realizar esta titánica empresa? Me abandoné á mi inspiración, que resultó desatinada, pero que, aun siéndolo, me condujo á un resultado práctico bastante satisfactorio. Me agarré con la mano izquierda á la crin, me eché casi sobre el cuello del caballo, y, afianzando la rienda derecha, hacia la derecha y hacia fuera empecé á dar tirones desesperadamente. El sistema será absurdo, pero el caballo dió la vuelta. Eso sí, al darla tropecé con un hombre que traía en la cabeza una tabla con bollos ó panes, ó no sé qué, y los panes, la tabla y el hombre salieron rodando, mientras yo seguía mi vertiginosa marcha por la calle arriba y el mozo, puesto en pie, me lanzaba á voz en cuello amenazas y maldiciones.

De esta manera, por misericordia de Dios, llegué dando vueltas no sé por dónde á la plaza del Progreso, que, como he dicho antes, era el punto en que nuestros profesores nos habían citado.

Yo, bien ó mal, había llegado, pero sin alientos, próximo casi á perder el sentido y con el cuerpo magullado y dolorido horriblemente.

Y aquí surgió un problema formidable. Como el punto de cita era aquel, allí era preciso que me detuviese: si de allí pasaba no había razón ni argumento para que me detuviesen en parte alguna; y ya me veía yo, como un nuevo *judío errante de caballería*, corriendo sin fin por esos mundos de Dios en carrera inacabable.

Todo esto más bien me lo representaba yo con el instinto, que lo razonaba con el entendimiento, porque la verdad es que el entendimiento y la vista estaban ya dentro de una espesísima niebla.

En aquel instante tomé una resolución desesperada: me así con las dos manos á la parte más alta de la crin y me quedé colgando, pero sin soltar el asidero, cerca ya de la cabeza del caballo.

Como éste no era, después de todo, un caballo de sangre y

de empuje, sino un pobre caballo de alquiler más ó menos animoso, como la carrera furiosa, los desgarrones de las espuelas, los tirones de las riendas y la brega, que yo había traído sobre su lomo y su cuello, le habían fatigado bastante, al sentir aquel peso en la cabeza fué moderando la velocidad, y cuando la velocidad no fué muy grande, soltando la crin me eché hacia fuera y vine á caer á alguna distancia, sin herirme ni lastimarme en la caída.

El bruto siguió corriendo, pero yo no me ocupé de él, que hartó hice con entrar en un portal, sentarme en unos escalones y darme prisa á tragar mucho aire, porque la respiración me faltaba por momentos.

Poco después llegaron mis compañeros, alarmadísimos, pues habiendo recordado que esta era mi primera expedición caballesca, no viéndome á todo lo largo de la calle Mayor, y habiéndoles dicho unos albañiles, á quienes preguntaron, que habían visto pasar sobre un caballo desbocado á un joven que llevaba trazas de romperse el alma, tuvieron por segura una catástrofe.

No por eso desistí de la expedición. Me hicieron quitar las espuelas, es decir, que me *descalzaron caballero*, me dieron otro caballo menos brioso, y á Valverde fui y de Valverde volví molido y reventado, y forjando venganzas contra toda la raza caballar, y muy particularmente contra aquel condenado cuadrúpedo que tan mal rato me había hecho pasar y tan en ridículo me había puesto.

*
* *

Y vuelvo á lo que iba diciendo antes; en cuanto me ví en mi casa corrido, maltrecho y humilladísimo como había estado, y sin cesar recordaba, ante todos los obreros, albañiles, canteros, jornaleros del ayuntamiento y panaderos de tablas vo-

lantes de Madrid, empecé á forjar á toda prisa dramas hípícos de interminables represalias.

Yo era un jinete maravilloso, llevaba espuelas colosales, látigo de desbravador y montaba por segunda vez y ante mis compañeros y profesores el mismo fiero bruto de la burlesca aventura.

Y ¡cómo le domaba! ¡Cómo le desgarraba los hijares! ¡Cómo le sacaba á la carrera y le paraba en firme, y cómo al fin le dejaba inundado de sudor, de espuma y de sangre!

Aquellos fueron una serie de triunfos colosales, realizados en los circos fantásticos de mi cerebro sobre el espíritu infernal que, á mi entender, animaba ó animó aquella mañana á la endemoniada bestia de alquiler.

Sólo que en este caso la venganza no fué enteramente fantástica. Poco tiempo después aprendí equitación en el palacio del duque de Medinaceli, y cuando D. Pedro y D. Juan, que así se llamaban los dos profesores, me dieron la alternativa, autorizándome para salir á caballo por calles y paseos, lo primero que hice fué alquilar el mismísimo caballo de mi pasada aventura.

Sin embargo, aunque le hice correr y sudar, nunca le traté mal: en lo más hondo de mi conciencia reconocía que yo era el principal culpable por torpe y por temerario, y que, hasta cierto punto, no se portó del todo mal la pobre bestia cuando no me estrelló en las calles de Madrid.

En suma, que á fuerza de alquilarle una y otra vez, y de pasear por los alrededores de la villa y corte, concluimos por ser buenos amigos y acabaron por entenderse á las mil maravillas el modesto irracional y el soberbio jovenzuelo.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA VITICULTURA EN CALIFORNIA ⁽¹⁾

Los países americanos empiezan á figurar como comarcas productivas de vino. Chile, la República Argentina y el Uruguay en el Sur; los Estados Unidos en el Norte, elaboran ya cantidades de importancia y ensayan el obtener todos los tipos europeos. El determinar qué influencia puede tener esta producción en el comercio de Europa, y en particular en el de España, es una cuestión de capital importancia.

Desde 1882, en que se celebró en Burdeos una Exposición Internacional vinícola, el país americano que mejores vinos ha presentado en cuantos concursos de esta clase han existido, ha sido sin disputa Chile; pero la comarca de Ultramar á cuya producción vinícola se da más importancia y cuya concurrencia empieza á temerse por algunos, es Norte-América, y en especial California.

Es, pues, oportuno y ciertamente interesante dar á conocer en España, por datos precisos y actuales, qué es en reali-

(1) El autor, comisionado al objeto por el gobierno español, ha visitado detenidamente las distintas regiones vinícolas de los Estados Unidos. Cuantos datos y noticias figuran en este artículo, han sido recogidos sobre el terreno y son producto de observaciones personales. No es necesario, pues, encarecer su importancia.—(N. DE LA R.)

dad la viticultura en California, qué extensión alcanza en la actualidad y puede tener en lo sucesivo la producción del vino en aquel país; qué caracteres y condiciones ofrecen los vinos que elaboran, y, en suma, qué influencias puede tener esta producción en el comercio de exportación de vinos de España, asunto de capital importancia para nuestra patria.

*
* *

Debe hacerse notar, en primer lugar, que California no constituye la única comarca productora de vinos en los Estados Unidos. Estos elaboran un millón escaso de hectólitros al año, y de éstos, la mitad próximamente corresponden á California; el resto es producido en otras regiones de la Unión. Por esta razón se distinguen en el país varias secciones ó regiones vinícolas, en la forma siguiente:

1.^a SECCIÓN.—*Del Este*, que comprende 51.000 acres en los Estados de Nueva-York y Pensilvania y se divide en los seis distritos siguientes: Keuka, Canandaigua, Ontorio y Wayne, Seneca, condado de Chatangua en Nueva-York y condado de Erie en Pensilvania y Río Hudson.

2.^a SECCIÓN.—*Del Centro*. Tiene 42.633 acres, en los Estados del Illinois, Indiana, Ohio, estando comprendido en este último el distrito de las islas Kelley y el de Eúclide.

3.^a SECCIÓN. *Del Oeste*. Situado en los Estados de Kansas y Missouri, con una extensión de 17.306 acres.

4.^a SECCIÓN. *Del Sud*: que comprende viñedos situados en Georgia, Carolina del Norte, Tennessee y Virginia, con 17.092 acres.

5.^a SECCIÓN.—*Del Pacífico*: que comprende principalmente California y varios distritos de Arizona y Nuevo México. La extensión plantada es de 213.230 acres.

La tabla siguiente explica claramente la importancia de la

vinicultura, en los Estados que hemos citado, en el año del último censo:

Extensión y producción de los viñedos en los Estados Unidos.

ESTADOS	Extensión de viñedos en producción.	Extensión de viñedos no productores aún.	Uvas para mesa.	Uvas para vino.	Vino hecho.	Precio del vino en bodega por galón (3,785 litros).
	Hectáreas.	Hectáreas.	Toneladas.	Toneladas.	Hectólitros.	Dollars.
Arizona	405	608	2.850	150	946	1,00
California	62.885	18.335	38.785	171.108	554.594	0,19
Georgia.....	785	872	1.938	646	4.075	1,15
Illinois	1.519	406	6.000	1.500	9.463	1,00
Indiana.....	1.559	405	5.390	1.347	8.497	1,00
Kansas.....	1.840	405	8.294	790	4.958	0,80
Missouri.....	4.050	714	22.500	7.500	47.313	0,56
Nueva México.....	480	3.645	1.779	1.779	11.223	0,86
Nueva York.....	17.556	3.098	60.687	15.172	95.694	0,50
Carolina del Norte...	4.620	486	4.667	2.333	14.717	1,00
Ohio	11.375	2.007	38.947	11.603	73.233	0,56
Tennessee.....	608	243	2.500	1.250	7.885	1,00
Virginia.....	1.661	648	5.434	2.766	17.449	1,00
Otros Estados y territorios.....	18.225	6.075	67.500	22.500	70.969	1,00
TOTALES.....	124.568	37.942	267.271	240.450	920.016	

Se ve por estos datos, que, como antes queda dicho, la producción total por año en los Estados Unidos apenas llega á un millón de hectólitros, y que de éstos corresponde á California próximamente la mitad; pues si bien en el cuadro que antecede figura por más de medio millón de hectólitros las últimas cosechas, ó sea la de 1894, no ha sido más que de 406.000 hectólitros.

Dada esta idea general de la producción vinícola en todos los Estados Unidos, procede el tratar en particular de la de California, que es el objeto de este artículo.

La comisión de vinicultores de California ha dividido aquel

Estado en siete grandes distritos vinícolas; á saber: Sonoma, Napa, San Francisco, Sacramento, El Dorado, San Joaquín y los Angeles.

DISTRITO DE SONOMA

Comprende este distrito la porción Noroeste de California, y encierra los condados de Marín, Sonoma, Lake, Mendocino, Humboldt, Trinity, Siskiyou y del Norte.

La formación es granítica en casi toda la región, y cretácea en los confines con el distrito de Napa. La temperatura es, en general, muy fresca en todo el Norte y el Oeste, y tanto por esto como por las condiciones del suelo, los viñedos se agrupan hacia la parte Sudoeste, ó sea en las fronteras con el distrito de Napa, en el condado de Sonoma. Así y todo, la pérdida que ocasionan las bajas temperaturas todos los años, en la producción vinícola, son importantes, pues varía del 25 al 33 por 100 de la producción anual total. Los mejores viñedos, siguiendo la regla general, son los situados en colinas, en pendientes suaves, y por lo común, con exposición al sol. El suelo es arenizo rojizo en unos sitios, gredoso en otros y en algunos formado de cenizas volcánicas blancas. Hay también viñedos en los vallados; y estas tierras llanas son más productivas que las de las colinas, pero á expensas de la calidad del producto.

La mayor parte de las cepas de este distrito corresponden á la variedad llamada *Zinfandel*, de que se tratará por extenso en adelante. Con ella hacen un vino tinto áspero, peculiar, y algunas imitaciones, bastante desgraciadas, de los tipos del Medoc. Siguen en importancia al *Zinfandel*, en esta región, las cepas *Golden*, *Chasellas*, *Burger*, *Riesling*, *Chanché*, *Noir*, *Malvasia negra*, *Cabernet* y algunas cepas italianas. Hay también pequeños lotes plantados de *Kleinberger*, *Elbling*, *Alba*

ó *White Alba*, cepa del Rhin que da un vino muy ligero y agradable, y en fin, algunas cepas borgoñonas. Como uvas de mesa; las que predominan en toda la región son el *Moscatel* y el *Tokay*.

La filoxera ha hecho y está haciendo bastantes estragos en esta región.

Presentóse por primera vez en los viñedos de L. G. Ellis, situados en Upper Russiam River Walley, y desde allí se ha extendido en una zona de unas veinte millas hacia el Norte. Por esta razón, muchos de los antiguos viñedos han desaparecido y sus propietarios han abandonado por completo el cultivo de la vid. Otros han plantado cepas americanas resistentes, principalmente *Ripurias*.

La producción vitícola en el distrito de Sonoma se resume en los siguientes datos:

Número de viñedos.....	832	
Extensión total de los mismos.....	9.423	hectáreas.
En producción.....	8.873	»
Extensión de los viñedos que producen uvas de mesa.....	279	»
Zona infestada por la filoxera....	324	»
Zona plantada de cepas resistentes..	943	»
Cosecha de 1892.....	48.409	tonel. de uva.
Capacidad de la pipería disponible en todo el distrito.....	290.548	hectólitros.

DISTRITO DE NAPA

El distrito vinícola de Napa es uno de los más importantes de California. Se extiende á los dos lados de la Bahía de Suisun, y comprende también gran parte de las tierras que circundan la Bahía de San Pablo. Corresponde la principal extensión de su suelo á la formación cretácea, y está constituido por una serie de pintorescos valles, salpicado de suaves cali-

zas, que por la constitución de su suelo, exposición y deliciosa temperatura, son indudablemente muy á propósito para el cultivo de la vid. Esta, con efecto, ha adquirido gran extensión, especialmente en los valles de Napa, Santa Helena y Pope, que son los más importantes del distrito.

Desgraciadamente, la filoxera apareció en esta región hace más de doce años, y desde entonces sus estragos han ido en aumento. Comenzó en el extremo inferior de Napa Valley, procediendo tal vez del distrito de Sonoma, extendiéndose primero lentamente, y después con gran rapidez, á lo largo del valle y hacia la zona de Yountville. Actualmente, de los 507 viñedos que se enumeran en el condado de Napa, 244, ó sea la mitad próximamente, se hallan infestados, y es seguro que en poco tiempo lo estará la región entera. En los viñedos no replantados de cepas resistentes es segura la muerte de todas las viñas en breve plazo.

Las principales variedades de cepas plantadas en esta región son: el *Zinfandel*, del que hay unas 2.500 hectáreas; *Riesling* (1.200 hectáreas); *Chasselas*, *Palomino* y *Burger* (1.100 hectáreas); *Mission* y *Malvasia* (8.000 hectáreas); *Pinots*, *Chauché Noir*, *Alicante* y *Mataró* (500 hectáreas); *Cabernet*, *Merlot*, *Verdot* y *Malbec* (240 hectáreas); *Sauterne* (150 hectáreas). La producción de uvas de mesa es muy limitada, pues no pasa de 50 hectáreas la extensión de los viñedos á ellas dedicados. La variedad más importante en este concepto es la *Malvasia*, habiendo también algunas *Moscateles* y *Tokay*.

En los viñedos que se están repoblando con cepas resistentes, las más empleadas son las *Riparia* y *Lenoir*; hay también algunas plantaciones de *Rupestris*, *Californica* y *Estivalis*. En todas estas cepas ingertan *Cabernet Sauvignon*, *Cabernet Franc*, *Petite Sirrah*, *Mondeuse*, *Miller's Burgundy*, *Saint Macarie*, *Beclan*, *Carignan*, *Mataró*, *Tannet*, etc., para los vinos tintos; y *Riesling*, *Sauvignon Blanc*, *Sauvignon Vert*, *Samillon*, *Folle Blanche* y *Flaminer Sylvaner*, para los blancos.

En la detenida inspección hecha á este distrito en compa-

ña del Sr. Carpi, uno de los más inteligentes elaboradores de vino y comerciante de este artículo en California, hemos podido apreciar que esta región es sin duda la más adelantada en viticultura en todo el Estado.

Aparte de la disposición de las bodegas, que son, por lo general, magníficos palacios de piedra y ladrillo, y del esmero é inteligencia con que se ha atendido y se lleva el cultivo de los viñedos, los viticultores de esta región practican para la confección de sus vinos bien estudiadas mezclas de distintas uvas, ó *coupages* de diferentes mostos, práctica no generalmente seguida en California, donde, por lo común, se elabora cada clase de vino, empleando uva de una sola especie, hasta el punto de que suelen designar cada vino por el nombre de la cepa utilizada para su fabricación.

En Napa mezclan el *Zinfandel* con el *Mataró* ó con la *Malvasia*. En el valle de Santa Helena prefieren emplear para este *coupage* la cepa *Carignan*, porque el vino así resultante les agrada más al paladar. De todos modos, el *Zinfandel* pierde por estas mezclas su natural aspereza y mejora notablemente, habiendo tenido ocasión nosotros mismos de probar algunos vinos así elaborados que recordaban los nuestros de la Mancha.

Otro viticultor de este distrito, Mr. Schramberg, prepara vinos del Rhin con la cepa *Burger*, mezclados con un poco de *Muscateller* alemán, y obtiene unos vinos muy agradables, ligeros, aromáticos y de bastante suavidad. El mismo viticultor obtiene un buen tipo Borgoña mezclando el *Chauché Noir* con el *Meunier*.

De la misma manera, por inteligentes mezclas de uvas, el Sr. D. Tiburcio Parrot, de Santa Helena, prepara tipos del Medoc, de color, cuerpo, bouquet y suavidad tan excelentes, que pueden competir con los vinos finos franceses del mismo tipo, bien que los precios de estos vinos californianos resultan muy elevados y su producción es muy limitada; pero es indudable que se pueden presentar como ejemplo de perfección en su crianza y en su estilo.

En esta región vinícola empieza á separarse la industria de la elaboración del vino de la del cultivo de la vid, habiendo casas importantes que tienen magníficas bodegas, sin tener viñedos, ó teniéndolos relativamente muy reducidos, y compran las uvas y los mostos que les convienen para la elaboración de sus tipos. Una de estas casas es la del ya mencionado señor Carpy, que tiene pipería por capacidad de 48.000 hectólitros. Otra casa de este género es la de G. Migliavacca, cuya pipería se calcula en 17.000 hectólitros de capacidad, y, en fin, la *Napa Valley Wine C.^o*

Comprende el distrito vinícola de Napa los condados de Contra-Costa, Solano y Napa.

En el condado de *Contra-Costa* hay unos 4.000 acres (1.620 hectáreas) plantadas de viñedo. Gran parte se destinan á la producción de uvas de mesa, de las que se vendieron el año 1890 hasta 700 toneladas. Los dos años siguientes la cosecha ha sido mayor, y la producción media del vino es actualmente de unos 400.000 galones (15.000 hectólitros). El brandy producido, que en 1891 fué de 11.179 galones (423 hectólitros), ha descendido en 1892 á 4.054 galones (154 hectólitros).

En el *condado de Solano* la extensión de los viñedos en producción es de unos 3.000 acres (1.215 hectáreas). La tercera parte de estos viñedos se destinan á la producción de uvas de mesa, cuya cosecha anual es de unas 700 toneladas; una sexta parte se dedican á la producción de pasas y el resto á la de vino y brandy. La cosecha anual de vino en este condado es de unos 500.000 galones (19.000 hectólitros). Existen cinco destilerías de brandy, que han producido el año último 28.744 galones (1.114 hectólitros).

En la porción Norte de este condado, ó sea en los alrededores de Dixón, los viñedos alcanzan una extensión de unos 500 acres (203 hectáreas), destinados en su mayor parte á la producción de pasas. Unas 200 toneladas de uva se venden anualmente á las bodegas de Cordelías, Napa y San Francisco, para hacer vino, pues en dicha sección del condado no se elabora éste.

En la zona de Vacaville, que comprende Plearant Valley, la mayor parte de la producción consiste en uvas de mesa. La filoxera ha hecho grandes estragos, destruyendo parcial ó totalmente muchos viñedos.

En la zona de Cordelia, que comprende además de este término los de Suisun, Fairfield, Benicia y Green Valley, las viñas están destinadas á la producción de vino. El clima no es favorable para la elaboración de la pasa.

Algunas cepas de los alrededores de Fairfield producen vinos dulces licorosos, pero la generalidad de los vinos de esta zona son secos y ligeros. También aquí la filoxera ha hecho bastantes destrozos.

El *condado de Napa*, es el más importante del distrito, desde el punto de vista de la producción vinícola, como puede observarse por los siguientes datos:

Número de viñedos.....	507	
Extensión total de los mismos.....	6.744	hectáreas.
En producción.....	5.767	»
Viñedos infestados por la filoxera..	244	»
Extensión de la zona infestada. . .	910	»
Zona plantada de cepas resistentes.	813	»
Cosecha en 1892.....	27.083	tonel. de uva.
Capacidad de la pipería disponible en todo el condado.....	491.634	hectólitros.
Destilerías para brandy.....	35	
Brandy producido en 1892.....	10.587	hectólitros.

DISTRITO DE SAN FRANCISCO

La vid cubre bastante extensión en todo el distrito. La zona ocupada por los viñedos en los diferentes condados es de 19.360 acres (7.843 hectáreas), en la forma siguiente:

	Acres.	Hectáreas.
Alameda.....	6.500	2.633
Monterey.....	500	203
San Benito.....	110	45
San Mateo.....	750	304
Santa Clara.....	10.000	4.050
Santa Cruz.....	1.500	608
TOTAL.....	19.360	7.843

Como se ve por este cuadro, en los condados de San Benito y Monterey la producción vinícola apenas ofrece importancia, pero en los de Santa Clara, Alameda y Santa Cruz, ha adquirido una extensión considerable. El vino elaborado el año último en el condado de San Benito no pasó de 333 hectólitros, y las uvas vendidas para pasa, de 35 toneladas. En el *condado de Monterey* se hicieron 606 hectólitros de vino y se vendieron 1.000 toneladas de uva de mesa.

En *San Mateo* están haciendo esfuerzos por desarrollar la producción vinícola, cultivando cepas escogidas con gran cuidado. La mayor parte de las 304 hectáreas plantadas están en producción, habiéndose elaborado en el último año 60.000 galones (2.271 hectólitros) de vino, y vendido 150 toneladas de uvas de mesa.

Las 608 hectáreas de viñedos plantados en el *condado de Santa Cruz* han producido en la última cosecha 284.000 galones (10.750 hectólitros) de vino, y además 640 toneladas de uvas de mesa. Los vinos de esta zona son ligeros, de escasa fuerza alcohólica, pero muy aromáticos. La producción por hectárea es por término medio menor que en los fértiles valles del interior, y el cultivo de la vid más difícil y costoso.

El *condado de Santa Clara* constituye una de las grandes zonas vinícolas del distrito. Actualmente no toda la zona plantada de viñedo está en producción, pero sin embargo, la última cosecha ha dado 2.260.000 galones (85.541 hectólitros) de

vino, y 1.500 toneladas de uvas de mesa. Toda clase de cepas hay plantadas en esta región, pero las que dominan son variedades de Borgoña y del Medoc, injertadas en vides resistentes. Los vinos más característicos de esta zona son, por lo tanto, los vinos de mesa del tipo Medoc y Borgoña, distinguiéndose algunos de los primeros (especialmente los que proceden de la parte montañosa del condado) por su finura y los Borgoña por su color, cuerpo y vinosidad.

En los confines del condado de Santa Clara con el de San Mateo, se hallan los viñedos y bodegas de Palo Alto, pertenecientes al senador Stanffrd, y donde se manipulan de un modo casi idéntico á como se practica en la grande instalación de *Vine Vineyard* (distrito de Sacramento), también perteneciente al mismo Stanffrd.

No lejos se encuentra la región de Mountain View, donde se hallan los viñedos y bodegas de Mr. Scott, en donde se obtienen renombrados tintos de los tipos del Medoc y Borgoña é imitaciones de Jerez. También se encuentran en la región de Mountain View los viñedos y bodegas de C. P. Howes, que prepara entre otros vinos uno blanco, tipo Sauterne, que pasa por ser uno de los mejores de California.

El *condado de Alameda*, aunque con menos extensión de viñedos que el de Santa Clara, es sin embargo, el más importante del distrito.

Es donde la viticultura está más adelantada, y por esto lo hemos visitado detenidamente.

La producción vitícola en el condado de Alameda se resume en los siguientes datos:

Número de viñedos.....	214	
Extensión total de los mismos.....	2.869	hectáreas
En producción.....	2.786	»
Extensión de los viñedos que producen uvas de mesa.....	119	»
Zona plantada de cepas resistentes.	279	»

LA ESPAÑA MODERNA.—*Mayo.*

Cosecha en 1892.....	12.060 tonel. de uva
Capacidad de la pipería disponible en todo el condado.....	156.970 hectólitos

DISTRITO DE SACRAMENTO

Abarca este distrito todo el gran valle de Sacramento, desde el monte Shasta en el N., hasta las bocas del río Sacramento en la bahía de San Pablo.

Las viñas ocupan en todo este distrito una extensión de 17.203 acres (6.967 hectáreas), en la forma siguiente:

Butte.....	800	acres	324	hectáreas
Colusa.....	506	»	205	»
Sacramento.....	6.500	»	2.632	»
Shasta.....	500	»	203	»
Sutter.....	430	»	174	»
Tehama.....	4.976	»	2.015	»
Jolo.....	3.491	»	1.414	»
TOTAL.....	17.203		6.967	

El vino producido anualmente en todo el distrito asciende á 1.658.250 galones, ó sea 62.765 hectólitos, distribuidos en la forma siguiente:

	<u>Galones.</u>	<u>Hectólitos.</u>
Butte.....	32.000	1.211
Colusa.....	40.000	1.514
Sacramento.....	872.850	33.038
Shasta.....	25.000	946
Sutter.....	35.400	1.340
Tehama.....	397.800	15.057
Jolo.....	355.200	9.659
TOTAL.....	1.658.250	62.765

Pero en este distrito tiene, además de la producción de vino, gran desarrollo el cultivo de cepas destinadas á dar uvas de mesa y pasas. El siguiente cuadro demuestra el detalle y conjunto de esta clase de producción en todo el distrito:

	Uvas de mesa. — Toneladas.	Pasas Cajas de á 20 libras.
Butte.....	1.000	11.800
Colusa.....	1.060	»
Sacramento.....	3.050	9.000
Shasta.....	200	5.800
Sutter.....	190	20.000
Tehama.....	850	»
Jolo.....	1.600	48.000
TOTAL.....	7.950	94.800

La mayor parte de estas uvas de mesa y de estas pasas se envían á los mercados del Este de los Estados Unidos. Las cepas que más se dedican á estas clases de producción son *Emperador*, *Tokay*, *Blanck*, *Marroco* y *Moscatel*, siendo de advertir que para la preparación de la pasa, han hecho determinados estudios en España, á fin de imitar en un todo, tanto las clases como los detalles de la confección y hasta el empaquetado.

Se produce también en este distrito gran cantidad de brandy.

DR. V. VERA Y LÓPEZ.

(Se concluirá.)

EL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL EN SU CASA VIEJA

La reapertura del Museo Arqueológico en el nuevo palacio de la Biblioteca y de los Museos nacionales, es para muchas personas, casi estamos por decir que para la mayoría de los españoles, el verdadero nacimiento de tan importante centro.

Bien miradas las cosas, alguna razón hay para creer que el Museo, como organismo científico, comienza ahora á vivir, pues la vida que ha llevado sobre todo en sus primeros años en el viejo *Casino de la Reina*, en los confines de la calle y del barrio de Embajadores, por muchos motivos puede considerarse como su período de gestación.

Los extranjeros, los forasteros, que por las guías tenían noticia de la existencia del Museo, han sido durante mucho tiempo casi los únicos visitantes que se veían en aquellas desiertas salas. Cierta dependiente de una fonda de Madrid conocía muy bien el camino del Museo: conducía allá á los extranjeros, les paseaba por las salas, sirviéndoles de *cicerone*; deciales luego que era menester gratificar á los porteros del establecimiento, tomaba solícito la propina, quedábase atrás, como para entregarla discretamente, y con no menor discreción... se la guardaba en el bolsillo. Excuso decir que todos los porteros del Museo conocían al intérprete.

Pero fuera de tan *filantrópico* sujeto y de algunos artistas y aficionados á las antigüedades, pocos eran los vecinos de Madrid que sabían á derechas de la existencia del Museo. Entre los dichos vecinos de la corte muchos sabían menos que el intérprete, pues al oír hablar de tal centro, preguntaban dónde estaba; otros, conocedores de la situación topográfica del tesoro nacional de nuestras antigüedades, querían ir á visitarle y conocerle; pero les faltaban día propicio ó alientos suficientes para semejante peregrinación; otros, en fin, menos cultos y avisados, confundiendo de un modo lamentable al hombre con sus viejas obras, creían que el Museo Antropológico y el Arqueológico eran una misma cosa, confusión á que ayudaba la circunstancia de hallarse ambos Museos en el barrio del Sur, en los confines del clásico Madrid.

Los pocos que se aventuraban á ir, hasta encontraban «en carácter» la situación del Museo. En la calle de *los Estudios* tropezaban ya con algunas prenderías en que se vendían objetos antiguos (porque entonces, hace quince años, todavía no se habían establecido en los puntos más frecuentados de Madrid esos grandes centros *especuladores* que hoy se anuncian con el rótulo de *Venta de antigüedades*, repetida por vía de *réclame* en francés y en inglés), prenderías que anunciaban la antesala del *Rastro* (que era á la sazón el gran *mare mágnum* de las cosas antiguas, donde se compraban por nada), y que á modo de nuevas columnas de Hércules anunciaban el *plus ultra* de la arqueología. Así orientado, aventurábase el curioso por el proceloso *estrecho* de la calle de *San Dámaso*, y llegaba al presentido *más allá*, que era la peligrosa cuesta de la calle de *Embajadores*, irónico apelativo en verdad para donde sólo se encontraban seres en dudoso estado de civilización, tribus avanzadas de las *Peñuelas* ó del *Portillo de Gili-món*, que se daban á conocer sobre todo por sus vociferadoras hembras, y sus chiquillos, harapientos en invierno y desnudos en verano, á las puertas de las casas; chulas de la fábrica de tabacos, etiópicos gitanos y algunos vándalos escapa-

dos del propio barrio de *las Injurias*. Había que atravesar aquel peligroso «Madrid prehistórico» para llegar al Museo Arqueológico. Daba miedo encontrarle allí; pero lo cierto es que el barrio «le iba bien».

A la verdad, el Museo Arqueológico, fundado (y esto lo saben pocos) por la reina doña Isabel II en 21 de Marzo de 1867, fué instalado en el *Casino de la Reina* (antigua huerta del clérigo Bayo), cedido al gobierno por la corona, para acrecentarle debidamente hasta que pudiera ser trasladado al palacio de la Biblioteca y de los Museos nacionales, cuya primera piedra se había sentado poco tiempo hacía. Es decir, que el Museo estaba allí provisionalmente. Aquello casi ni era Museo; estábase formando: el antiguo *Casino* era su «claustro materno».

*
* *

Y por cierto que en él estuvo para malograrse el embriionario Museo cuando estalló la *Gloriosa* Revolución del 68. Porque no faltó entonces una turba de flamantes reformadores de lo existente, que «acalorados» por el grito de «abajo los Borbones», sin mirar que aquello no era ya *Casino de la Reina*, rociaron con aguarrás la fachada del Museo y la prendieron fuego; de modo que las llamas subieron pronto hasta los balcones del piso principal, que habitaba el conserje, quien, ayudado de otros dependientes del establecimiento, pudo cortar el incendio y la intentona, convenciendo á los asaltantes de que aquello no era ya *de la Reina*.

Tan elocuente aviso aconsejó al Director del Museo, que á la sazón lo era el ilustre arqueólogo D. José Amador de los Ríos, la necesidad de que el personal de la casa diera de mano á las pacíficas tareas de clasificación y arreglo de las colecciones y tomase el fusil para defender los derechos arqueoló-

gicos é individuales. Con efecto, vióse allí lo que quizá no se ha visto en otro Museo: el portal convertido en cuerpo de guardia y á la puerta la figura grave y marcial de un arqueólogo con gorra y fusil de *voluntario* nacional. Fieles á la igualitaria fraternidad que se proclamaba por aquellos días como principio legal, turnaban en estas guardias hombres de ciencia y de carrera con porteros y dependientes de la casa, cuando no patrullaban juntos unos y otros por las calles del barrio.

Esta actitud, entonces patriótica y motivada, de los empleados del Museo, no sólo sirvió á éste de defensa, sino que le valió simpatías entre aquellos sus vecinos, á quienes el respeto á la Historia no podía inspirárselas. Extraño parece, y sin embargo nada más cierto: los *indígenas* honrados del barrio de Embajadores, llegaron á tener afecto al Museo, y andando el tiempo no faltó un jaque apodado el *Cojo de las Peñuelas*, que se proclamaba defensor del establecimiento, sin duda porque era el barbero del Director del mismo, D. Ventura Ruiz Aguilera.

Pero pocos defensores ha tenido el Museo como el entonces portero y hoy conserje, el célebre Juan, honrado perro fiel del *monetario*. Juan merecía un libro. No puede darse un guardián más identificado con el tesoro confiado á su custodia. Su vida toda, el objeto único de ella, su pasión exclusiva es el monetario. Cuando éste fué trasladado de la Biblioteca Nacional al naciente Museo, trasladáronle á él al Museo también; y allí, solo, misántropo, fanático por su deber, orgulloso, sin saberlo, de su importante papel, cuando, llegada la hora de clausura, ibanse *los jefes*, guardaba en su bolsillo la llave «del tesoro», y junto á él se acostaba vigilante hasta el nuevo día.

En uno de aquellos primeros y palpitantes de la revolución, hacia Juan su guardia de *voluntario* á la puerta del Museo, cuando se le presentó un pelotón de alborotadores «nacionales», cuyo sargento, encarándose con él, le dijo que venían á apoderarse del Director. Juan, llegando hasta la amenaza con

las armas, consiguió disuadir y alejar á los revoltosos. Aviesos rencores, aprovechando la efervescencia revolucionaria, fueron causa de este atentado contra la personalidad respetable de D. José Amador de los Ríos, cuya adhesión á las ideas de los caídos le puso más de una vez en grave trance de muerte, hasta obligarle á refugiarse en el ministerio de Fomento y luego á dimitir su cargo.

Sustituyóle en este D. Ventura Ruiz Aguilera, el poeta de los *Ecos Nacionales*, cuya significación liberal debió contribuir á templar la naciente hostilidad de las gentes del barrio al Museo.

Aquietada la cosa pública, enriquecido algún tanto el Museo, cuya base fueron el gabinete de antigüedades y medallas de la Biblioteca Nacional y las colecciones arqueológicas y etnográficas almacenadas desde los tiempos de Carlos III en la *Historia Natural*, é instalado todo, como se pudo, cupo al rey D. Amadeo de Saboya la suerte de inaugurar el Museo en medio de los calores del verano de 1871 (el 9 de Julio). Abierto al público el Museo, sus vecinos pudieron cerciorarse de lo que en él había, llamando más que nada su atención el monetario; y en éste no les fascinaba menos la cantidad de monedas de oro y plata que veían expuestas en las vitrinas, que la muy superior, para sus cálculos fabulosa, guardada y oculta en la estantería; estantería que por cierto perteneció á la botica del Real Palacio, cuando tal dependencia estuvo instalada en lo que desde Fernando VII fué Biblioteca Nacional.

Entre los fascinados visitantes, contáronse, sin duda, algunos sujetos de *finísima* percepción, que debían haber estado domiciliados en el *Saladero*, y en quienes se despertaron tan decididas aficiones *numismáticas*, que á no ser por Juan, de curiosos hubieran pasado á ser ricos *coleccionistas*. Dos golpes de mano intentaron tales *numismatas*. Fué uno de ellos cierta noche, á hora temprana, cuando por fortuna hacían requisa el conserje y subalternos suyos, todos armados, quienes sorprendieron dentro del jardín á cuatro hombres, entre ellos un ne-

gro, y *negros* se vieron para ponerlos en fuga por las tapias de la *Ronda*, que es por donde habían saltado para entrar.

La otra intentona fué cosa más seria. Ocurrió el 73, en una de las aciagas noches que contó la República. Un grupo de aquellos *descamisados* que dejaron memoria en la plaza de *Antón Martín*, presentóse á la puerta del Museo, pretendiendo se la franquearan; venían en demanda de armas. Ante la negativa del conserje y del portero, los demandantes apelaron á la fuerza, y con el temible plomo de sus trabucos deshicieron la puerta de la calle. Rompieron luego la cancela del portal, forzaron la puerta que comunicaba con las salas, y asaltaron la primera de éstas, donde uno de ellos rompió el cristal de una vitrina y sacó y empuñó una espada árabe. Repitióles el conserje que allí no había armas, y para acallar la insistente petición hecha á viva fuerza, dióles él y diéronles los porteros los *revólvers* y los fusiles de *voluntario*, que conservaban. Pero los revoltosos querían salir de allí mejor provistos, y saliendo por la *Sala Árabe* al jardín, se dirigieron al pabellón que por tradicional costumbre, de cuando aquello fué posesión real, se llamaba *El Palacio*, donde estaba el monetario. Allí, en los escalones de la puerta les cerró el pasó Juan. Juan tenía la llave en el bolsillo, y en su cuerpo toda la sangre fría necesaria en tan apurado trance. Dióles evasivas primero; largas, después; los entretuvo; á la amenaza con los trabucos, contestó con olímpica soflama, comprendiendo, sin embargo, que aquello pararía sin duda en el asalto y pérdida del codiciado monetario; pero cuando él hubiese perdido la vida en aquella puerta de su *sancta sanctorum*. La buena estrella del Museo y de Juan quiso que cuando la actitud imperturbable de éste estaba á punto de acabar con la codiciosa espera de los asaltantes, se oyó un toque de corneta, seguro anuncio de la proximidad de la tropa, y al oirlo, los revoltosos corrieron en bandada á ganar las tapias del jardín, que saltaron, evadiéndose por la ronda y llevándose del Museo tan sólo la espada árabe.

A los pocos días presentóse en el Museo el alcalde del barrio, un confitero de la calle de Embajadores: iba á cerciorarse de si en el asalto había perdido el Museo una espada de figura extraña, con labores dorados en la empuñadura; porque así era cierta espada que él había visto y arrancado de las manos de un rapazuelo en la plaza del Progreso. El bueno del confitero trazó sobre la arena del jardín el perfil de la espada, para que el personal del Museo pudiera reconocerla; y de este modo identificada, la espada perdida volvió á su vitrina, y el celoso alcalde vió premiada su lealtad con una condecoración.

Todavía hubo otra intentona de robo por medio de escaló, que iba dirigido hacia la sala llamada *el joyero*, donde se veían los objetos de orfebrería de las edades Media y Moderna, y que motivó una nueva guardia, fusil al brazo, de los empleados de la casa. Pero debía estar escrito que en el Museo no se consumaría robo alguno hasta la era de paz y de seguridad públicas de que todavía disfrutamos.

*
* *

Por el contrario, el Museo, si se vió sacudido por los vaivenes de la revolución, también recibió de ésta beneficios. Los conventos en que puso mano la demoledora piqueta revolucionaria, y los viajes, modesto ensayo de *missions scientifiques*, realizados por varios individuos del Museo, comisionados para adquirir objetos antiguos, fomentaron extraordinariamente el caudal de la casa.

Uno de esos conventos, el de Santo Domingo, en Madrid, que conservaba por cierto hermosos trozos de decoración mudéjar, fué para los aficionados á las artes una verdadera mina, pues como antes de que lo derribaran para abrir la moderna calle de Campomanes, pudo todo el que quiso penetrar en él y escudriñar cuantos aposentos, dependencias y rincones había

en el vetusto edificio, fueron los artistas y anticuarios de afición, y quién arrancaba azulejos, valiéndose de un clavito torcido, quién desprendía algún trozo de buena talla, quién algún otro resto, y cada cual aumentó por tan fácil modo su colección particular con lo que estaba destinado á perderse entre escombros. De este convento pasaron al Museo los restos del rey D. Pedro *el Cruel*, que hoy están en Sevilla, y los sepulcros suyo y de su nieta doña Constanza.

La revolución puso en juego medios harto conocidos para convertir en ricos veneros del progreso intelectual los elementos de instrucción olvidados ó escondidos; y como las pasiones políticas andaban tan exacerbadas entonces, y á la dictadura se contestaba con la agresión, las antigüedades causaron sangre. Nos referimos al asesinato del gobernador de Burgos, caso horrible que presencié el comisionado del Museo D. Francisco Bermúdez de Sotomayor. Había ido éste allá en busca de antigüedades y con el gobernador fué á la Catedral, donde dicha autoridad quería incautarse de los objetos que Bermúdez estimara de suficiente mérito arqueológico. Y estaban en el claustro, conversando ó tratando con personas del cabildo, cuando una turba de amotinados invadieron violentamente aquel recinto en son de impedir la incautación, y no se contentaron con menos que con echar una cuerda al cuello del gobernador y arrastrarlo bárbaramente por la escalera que baja al templo y por el templo mismo, que á tan sacrilega demasía llegaron con tal de impedir menor pecado. A Bermúdez, quizá porque no lo conocían ó por ignorancia de la comisión que había llevado, nada le hicieron. El no huyó, ó en todo caso no hizo más que refugiarse en la iglesia, donde presencié aquel horrible espectáculo.

Hay ocasiones en que, en medio del mayor estupor del espíritu, un detalle insignificante viene á distraer por un momento la atención. Bermúdez vió aquello, quizá sin darse cuenta de lo que veía, por lo mismo que era tan inaudito, y porque ya entonces tenía muy perdida la vista con el continuo

examinar monedas. Y al poco de pasar la turba criminal con su víctima, Bermúdez (que llevaba toda su vida consagrada al estudio de las monedas antiguas y era gran autoridad en la materia, que aprendió en París, donde por dedicarse también al cultivo de las lenguas orientales le llamaban sus compañeros *el chino*), advirtió un objeto que relucía en el suelo, é instintivamente se bajó á cogerlo, lo examinó, y vió que era un gemelo roto: era un despojo del desgraciado gobernador.

A otros comisionados, por el contrario, les sucedieron casos risibles. Habían ido á Palencia D. Juan Sala y D. Joaquín de Salas Dóriga, ambos del personal del Museo, y andaban adquiriendo objetos romanos de la localidad, de los que trajeron buena colección. El sujeto que les vendió todos ó parte de ellos hubo de enseñarles un curioso amuleto de forma harto expresiva: era un *falo* de bronce. Incitáronle los comisionados á que se le entregara para el Museo, y el bueno del hombre pareció dudar, rascóse la cabeza y les dijo:

—El caso es que mi hijo dice que esto es un dije muy bonito para el reloj, y que se divierte enseñándolo á los amigos.

Pero al cabo lo cedió.

De todos esos viajes, uno solo se realizó fuera de España: el que hizo en 1871 á Egipto, Siria y Grecia con el artista, hoy afamado arquitecto, D. Ricardo Velázquez Bosco, el Sr. Rada y Delgado, actual director del Museo, que consiguió por donación algunos objetos raros y alguno precioso.

De los realizados en España, el viaje más importante fué el que efectuaron los Sres. D. Paulino Savirón, D. Juan de Malibrán y luego D. Ventura Ruiz Aguilera, al famoso *Cerro de los Santos*, cerca de Yecla (Murcia), donde el Sr. Savirón planteó y realizó excavaciones, las primeras y únicas efectuadas por empleados del Museo, y fructuosas por cierto; pues de ellas proceden la mayor parte de las peregrinas esculturas de carácter greco-oriental, célebres en la ciencia, cuya serie se aumentó con las que poseían y regalaron los Padres de las Es-

cuelas Pías de Yecla, por generosa mediación del P. Carlos Lasalde, que más de una vez ha escrito acerca de ellas.

Es imposible hablar de las esculturas del *Cerro de los Santos* y del Museo sin hablar de D. Vicente Juan y Amat, conocido por el *relojero* de Yecla, y también por *el célebre arqueólogo* (?), pomposo título que estampaba en sus tarjetas, sujeto que ha llegado á ser casi legendario, pero que, visto de cerca, es de los más curiosos que pueden encontrarse en las rancias y anticuadas capas sociales de nuestro país. Rancio y todo, Amat ha sido una enciclopedia de conocimientos y aptitudes utilitarias: pedicuro, inventor de específicos contra los callos, dentista, relojero, pintor, según acredita el decorado mural de la casa en que habitó en Yecla, anticuario, y no falta quien suponga que escultor capaz de *interpretar* á su modo el estilo especial de aquellas esculturas: tales han sido las preocupaciones y granjerías de ese hombre, á quien hace pocos años encontró en el hospital provincial de Alicante un investigador francés, M. Engel, que pasó la frontera incrédulo en la autenticidad de las antigüedades del *Cerro de los Santos*, y cuando por sí mismo extrajo de ellas en éste, cambió de opinión, y, *convertido* en ese punto, volvió á su país.

Amat, ejercitando sus varias actitudes, recorrió casi todos los pueblos de España. Había visto mucho, y su conversación no tenía precio por lo pintorescos que resultaban de sus labios los relatos de miles de sucesos peregrinos. Amat había conocido á un célebre viajante que tenía la humorada de anunciarse en mesones y posadas, cuando á deshora llamaba á ellos para descansar del largo camino, con el nombre *¡El Padre Eterno!*, que él llevaba por apodo, y que pronunciaba con estentórea voz de bajo profundo, que en el silencio y recogimiento de la noche infundía miedo en mujeres y chiquillos.

Tenía el famoso *anticuario* de Yecla buen olfato para encontrar antigüedades por dondequiera que iba; y por cierto que le sucedió un lance curioso, que debe contarse porque constituye una página curiosa del magnífico jarrón árabe que

posee el Museo. Años hacía que un hombre del campo encontró casualmente, entre la tierra, tan hermosa pieza, y se la dió al cura de Hornos, pueblo de la sierra de Segura, en la provincia de Jaén, el cual cura la dedicó á servir de pie á la pila de agua bendita, como el jarrón análogo que compró Fortuny en el Salar junto á Granada. Vió Amat en Hornos el jarrón, y tanto debió «llenarle el ojo», que hizo al cura proposiciones para adquirirlo. El cura se negó. Amat, que tenía la tenacidad del *anticuario* redomado, volvió al pueblo con nuevas proposiciones, y por fin consiguió que el cura le prometiera dárselo si costeaba el blanqueo de la iglesia y ponía un pie nuevo y apropiado á la pila del agua bendita. Corrió Amat á Granada, mandó hacer á un marmolista el pie deseado, lo llevó, dió *treinta duros* para aquella obra, cargó el jarrón sobre una caballería y echó á andar. No había salido del pueblo, cuando le alcanzaron algunos vecinos belicosos con resolución de impedir que sacara el jarrón. Amat entonces pidió auxilio al alcalde, quien amparó los derechos del comprador y le hizo acompañar de dos hombres un buen trecho, para que los *celosos* vecinos del pueblo no impidieran su partida con aquel objeto ya para ellos estimable. Luego Amat vendió la joya al gobierno en 7,500 pesetas.

*
* *

Pasado el período revolucionario, el Museo entró en una nueva fase. Cesaron las excursiones en busca de objetos y comenzaron los trabajos de recopilación de colecciones particulares, medio por el cual se han formado y enriquecido todos los museos. Adquiriéronse las colecciones de Salamanca, Caballero Infante, Abargues, Asensi, Toda, recibiéronse por donación las de Prado Alegre y Oñate, y fuéronse instalando provisionalmente, dijérase que almacenando, en aquellos

edificios, cada día más estrechos y ahogados, en que la arqueología iba tejiendo su tela de araña, de Penélope para los empleados del Museo, pues *tejiendo* y *destejiendo*, se han pasado quince años allí, sin conseguir nunca una instalación definitiva y suficientemente decorosa. Sólo en los últimos tiempos, por el año de 1888, consiguió el Museo que se le construyese en su jardín un edificio más, compuesto de un salón bastante capaz y una galería, con lo que pudo darse algún desahogo á las colecciones de cerámica y bronce de la antigüedad clásica. Pero aquello seguía siendo una cárcel de antigüedades.

Razones fáciles de comprender vedan al autor de estas líneas ocuparse de los trabajos realizados en aquella casa y en ese largo período por el personal facultativo del Museo; por incidencia ha hablado de algunos de los arqueólogos que allí han dejado huella y que ya no existen. Entre estos se cuentan también D. Basilio Sebastián Castellanos, el primero que se ocupó en España de difundir los conocimientos arqueológicos, y que sucedió al celebrado autor de *El Trovador*, D. Antonio García Gutiérrez, en la dirección del Museo; y se cuenta el inolvidable D. Carlos Castrobera, gran numismata, que consagró su vida al monetario y á quien la muerte sorprendió cuando estaba ultimando un ensayo de traducción de los códices mayas.

Al salir ahora el Museo de *su concha*, donde por tanto tiempo estuvo confinado, nace formado, nace rico, con más de 157.000 objetos, que representan todos los pueblos y todas las épocas, cuyas colecciones están dispuestas con el método conveniente, en un local digno, amplio y apropiado. Ya ha dejado de ser el almacén arqueológico oficial. Ahora podrá responder á sus fines con mayor facilidad. Muchas y grandes son sin duda las modificaciones que al Museo esperan con el transcurso del tiempo. Pero entra por tanto en lo que á las cosas se refiere la parte material, que, es forzoso reconocerlo, el paso más importante para su regenera-

ción acaba de darlo el Museo. Recientes disposiciones del ministerio de Fomento, encaminadas á que la juventud adquiriera ciertos conocimientos de una manera práctica, acaban, por otra parte, de demostrar que el espíritu del país reclama ya que el Museo deje de ser un sitio de recreo para los curiosos, estéril para la cultura, sino que, por el contrario, sea viva fuente de enseñanza de la historia, eterna maestra de la humanidad.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA.

REPOSICIÓN DE BIBLIOTECA DEL
CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES

LA PRENSA INTERNACIONAL

Supervivencias del estado salvaje.

La historia es la política del pasado», dice el eminente historiador inglés Edward A. Freeman. Y, en efecto, el estudio de la historia tiende á aproximarse cada vez más á la sociología; porque no hay nada tan instructivo acerca de las épocas extintas como el examen de las sociedades primitivas, de los usos y costumbres de la vida salvaje, de la evolución de los sentimientos morales y de las ideas religiosas. Para comprender el desarrollo de nuestros Estados modernos, hay que remontarse á sus orígenes; y nada hay tan interesante como hacer constar de qué manera y hasta qué punto tal ó cual usanza de las remotas civilizaciones se ha transmitido á través de las edades, desde nuestros antepasados hasta nosotros. Tal es el asunto que estudia el señor J. William Black, en la *Popular Science Monthly*.

En muchas de nuestras ceremonias sociales, en nuestras modas, en nuestras vestiduras, en nuestros adornos, en las nociones que tenemos del matrimonio, de la propiedad, de la ley, no somos más que esclavos de las costumbres y de las tradiciones del pasado. Las pruebas de este axioma sociológico se encuentran á cada paso. Tal ó cual de nuestros usos modernos, que nos parece inexplicable á primera vista, debe á una tradi-

ción desaparecida la causa de su origen. En nuestros tiempos, á pesar de la difusión de las cerillas fosfóricas, aún sigue el indio produciendo el fuego sagrado por el antiguo método de frotar dos pedazos de madera seca, descrito en los libros védicos; pero emplea las cerillas occidentales para todos los demás usos de la vida. Catlin ha notado el mismo hecho en algunas tribus indias del Norte de América. También los egipcios han persistido en valerse del cuchillo de piedra en los ritos religiosos de la circuncisión, mucho tiempo después de introducirse en la práctica las armas y los trebejos de metal. Veamos ahora los vínculos que enlazan nuestro matrimonio moderno con las uniones conyugales de los hombres primitivos.

«¿Cómo explicar, dice el Sr. William Black, los dulces y el viaje de boda, la tempestad de arroz y la lluvia de zapatos viejos que (en los países de costumbres inglesas) acompañan á la partida de los recién casados, sin acudir á las costumbres de tiempos remotos? La modestia de la joven soltera moderna es igual á la de la soltera joven de antaño. Es de buen tono manifestar cierta repugnancia por el matrimonio, aun cuando la mayor parte de las veces sea fingida esa aversión. Es muy probable que esto proceda de la época en que los pueblos tenían la costumbre de buscar mujer en las tribus vecinas; pero se ha sostenido como una mentira convencional hasta en el caso en que ese cambio de estado civil no tiene nada de desagradable. No es raro el matrimonio por captura, no es raro, y aún se encuentra en ciertas tribus indias, entre los circasianos, y en las razas primitivas de Australia, Nueva Zelanda y América; y la supervivencia de estas costumbres parece indicar que también existieron en las antiguas razas semíticas y arias. El rapto de las Sabinas nos prueba que también las practicaban los primeros romanos.

»Más tarde, la primitiva forma del matrimonio por captura fué reemplazada por el matrimonio por compra, pagando el novio cierto precio á los padres de la novia, y celebrándose, por lo común, el contrato sin el consentimiento de esta última.

En ese segundo estadio, en el cual iban siendo ya más pacíficos los procedimientos, la violencia del primer sistema subsistía, sin embargo, en estado de supervivencia. A su vez, la compra de la mujer pasó de su forma real á la ceremonia simbólica. Entre los neo-zelandeses no se toma mujer sin un prolongado combate entre los amigos del novio y los de la novia. En ciertas tribus de la India, el novio debe ante todo triunfar de un hombre muy vigoroso, encargado de defender á la novia. También se ha visto en los esquimales una curiosa analogía: el joven candidato al matrimonio no está autorizado para celebrarlo sino cuando ha muerto á un oso polar sin ayuda de nadie; considérase este acto como una prueba de que podrá atender á las necesidades de la casa. En Turquía, la parte principal de la ceremonia consiste en una carrera que dan al novio los convidados, quienes le golpean y le siguen los pasos aullando; y lo que no deja de dar más sal y pimienta á esta costumbre es que los principales protagonistas de esa fiesta suelen ser las mujeres abandonadas por los amantes. Otra supervivencia del matrimonio por medio del rapto se ha descubierto entre los cingaleses, donde el rey y la reina, al casarse, arrójanse el uno al otro pelotillas perfumadas y se rocían con aguas de olor.»

Así persiste el símbolo del rapto, hasta cuando ya ha desaparecido toda huella de lucha y el matrimonio ha adquirido una forma pacífica. En otras tribus, trátase por todos los medios posibles de acumular los obstáculos para impedir que el novio consiga unirse con su futura esposa.

El matrimonio entre los griegos y los romanos comprendía tres actos distintos: la salida del hogar paterno, la conducción de la recién casada al domicilio de su marido en procesión formada por los parientes y amigos, precedida de portadores de antorchas, y, por último, el acto de violencia, porque el marido debía llevarse á su mujer á casa sin dejar que los pies de ella tocasen á los umbrales. Unidos ya para lo sucesivo, marido y mujer ofrecían á los dioses preces y sacrificios, y

comían la sagrada torta de trigo. Esta última ceremonia, que ha sobrevivido en el moderno «pan de la boda», tenía la mayor importancia, pues ella sola cimentaba y consagraba definitivamente la unión de ambos esposos.

En cuanto á la fiesta nupcial misma, tiene ciertamente su origen en el banquete que en otro tiempo acompañaba á la celebración del contrato matrimonial de compraventa, y en el que se comía en común una parte de los objetos dados en pago por el novio. También la dote tiene la misma causa. Al principio, reemplazóse por presentes el precio pagado, entregándose los al novio ó á la novia. En Atenas, desde los primeros tiempos de la República era conocida ya la dote, puesto que el padre de la novia le hacía un regalo con ocasión de la boda. Esto nos lleva á la costumbre de los presentes ofrecidos por el novio á la novia: Tácito la señala ya entre los germanos, y la hallamos también aún en China y en el Japón. Recientemente se servían de verdaderas armas los irlandeses para el simulacro del combate matrimonial; pero el accidente ocurrido á lord Hoatch, quien perdió un ojo en uno de esos festejos, puso fin á esa costumbre mantenida con harta exactitud. El autor señala también el hecho de que en Ceylán la novia ata una cuerda delgada alrededor de la cintura de su novio. Esto es emblema de la indisolubilidad del vínculo, y al mismo tiempo prueba de que la mujer es el «amo» en ese país. Adviértase cuán diferente de los demás es este símbolo; pues, por el contrario, todos ellos tienen por objeto afirmar la soberanía del marido. Así, en la Rusia de tiempos antiguos, el padre que acababa de casar á una hija cogía un látigo nuevo y la pegaba suavemente con él; después de lo cual entregaba el látigo al recién casado, indicando con eso á la joven esposa que no había hecho sino cambiar de señor.

Después del matrimonio, el precio de la sangre ó la venganza individual ofrece también ancho campo de experiencias. Hoy mismo, en la Australia, considérase el deber más sagrado que pueda imponerse á un hombre el de vengar con

la muerte del enemigo la de su más próximo pariente. Si lo eludiese, la opinión pública le llamaría enérgicamente al sentimiento de las conveniencias. En el Brasil, un hombre que mata á alguien de su tribu es conducido por sus propios parientes á los de su víctima, para que estos últimos puedan estrangularlo y enterrarlo para saciar su venganza. Es un derecho al que nadie se puede oponer. Luego de efectuada esa ejecución, ambas familias celebran su reconciliación con festines que se prolongan durante muchos días.

Por desgracia, no siempre pasan las cosas de un modo tan amistoso; porque si huye el culpable, el vengador debe buscar una víctima en la familia y matar al más próximo pariente de aquel. Así se comprende por qué la familia del matador tiene interés en que éste sea castigado: de ese modo queda exenta de toda responsabilidad ulterior en el asunto. Además, acontece á menudo que el castigo del inocente en vez del culpable produce disensiones y odios entre las tribus.

El reconocimiento oficial de este derecho á la venganza se observa en la más remota antigüedad: proclamábase en la ley de los germanos. Tylor debe de tener razón al decir que la causa de haberse atenuado y casi extinguido debe atribuirse al crecimiento de la población y al desarrollo de la vida en las ciudades. Entre los hebreos quedaba en suspenso este derecho durante los días de fiesta, había ciudades de asilo donde el criminal quedaba en salvo: era la primera componenda con la inflexibilidad del principio. Más tarde se reemplazó la pena de muerte por el *wergild* ó precio de la sangre. Tal es, de seguro, el origen de nuestra moderna pena de multa. El *Exodo* llega hasta á señalar la tarifa de las sumas pagaderas por cada una de las partes del cuerpo. Los antiguos anglosajones habían instituido una tarifa idéntica, donde se valuaban los dientes, los cabellos, las uñas, etc., cada cosa según su valor particular. Por ejemplo, la pérdida de la barba se tasaba en 20 chelines; mientras que una pierna rota sólo valía 12, y con seis se pagaba la fractura de un diente incisivo. El rescate del

homicidio de un hombre libre fijábase en 200 chelines; pero no se debía más que la mitad de esta suma por un pie ó una mano, y cinco chelines por la uña del dedo meñique. Claro es que el precio variaba según la posición social de la víctima: un *thegon* real ó *lord* estimábase hasta en 1.200 chelines.

¿Acaso no reviven esas rancias costumbres por completo en nuestros Códigos modernos? Y, cuando hablamos de la vindicta pública, ¿no equivale á decir que la sociedad se venga castigando al culpable? El ministerio público hace las veces del acusador, y á los testigos se les supone citados por interés de la paz pública. Las regiones montañosas del Sur de Inglaterra están llenas aún de supervivencias de aquel estado de cosas. Los periódicos refieren frecuentemente haberse cometido un crimen, cuya causa era odios antiguos entre dos familias; y tan admitido se halla esto, que, si se condena al culpable, siempre es á una leve multa.

La historia del vestido en los pueblos civilizados no aparece acaso tan clara como la del matrimonio y la de la venganza. Sin embargo, debe buscarse el origen de aquél en la necesidad de adornos que existe en el fondo de todo espíritu salvaje. Citemos como recuerdo el hecho, citado por Tylor, de que los habitantes de las islas Andamán se frotaban todo el cuerpo con tocino y greda para preservarse de los mosquitos; pero, en verdad, esto tiene remotísima relación con el adorno y hasta con el vestido.

En las razas más salvajes, y hasta sin distinción de clima, se encuentran el vestido y el pintarrajeo. ¿En qué época prehistórica comenzó á llevarse cinturón, para colgar de él pieles, plumas ú otros adornos?

Estos diferentes objetos dieron bien pronto origen á la túnica, que es el vestido clásico de los pueblos del Mediodía y que aún se usa en China y en Japón, como se usaba en otros tiempos en Egipto, en Grecia ó en Roma. Por el contrario, en el Norte, donde los rigores del clima no permitían vestiduras flotantes, hallamos la chaqueta y el pantalón, hechos de pie-

les al principio, de telas después. Los esquimales, por ejemplo, visten desde largo tiempo ha con arreglo á este principio. Donde faltaban las pieles, recurriase á hojas de árboles. Brasil está particularmente favorecido desde este punto de vista, porque su «árbol de camisas» suministra hecho el vestido. Basta descortezar el árbol y quitarle las ramitas, para tener en el acto un traje completo y sin un pelo que ponerle.

Ya nos ha hecho recordar el autor que en Roma se usaba ropa talar. Los bárbaros son quienes introdujeron los vestidos ajustados. Los hombres adoptaron este nuevo tipo; pero no las mujeres, las cuales siguieron vistiéndose á la moda antigua.

Nuestras elegantes nada han inventado al horadarse las orejas para llevar en ellas zarcillos, al cargarse de pulseras los brazos y de sortijas los dedos. Desde la más remota antigüedad, los salvajes han practicado las mutilaciones de los labios, de la nariz y de las orejas. Según Schweinfurth, entre los bongos, las mujeres se someten á una operación dolorosa para adquirir una horrible deformación del labio inferior; y en el orificio que en él practican introducen pedazos de pedernal ó de marfil, y hasta cuernos de animales, á veces de una pulgada de diámetro. Los indios se agujerean las orejas de modo que llevan al mismo tiempo media docena de ajorcas. Pero los chinos aún van más lejos: obtienen una monstruosa dilatación de las orejas, tan enorme, que emplean ese útil apéndice en los usos más imprevistos. El Sr. William Black ha conocido á un chino que se valía de las orejas como de un portamonedas, y llevaba en ellas el precio de alquiler del carruaje para pagar al cochero.

¿Hace falta insistir en que la antigua costumbre de pintarse el rostro ha sobrevivido en los *clowns* de nuestros circos, y que los dibujos con cicatrices superficiales coloridas en la piel, inventados y practicados por las tribus salvajes, los adoptaron y perfeccionaron los marineros de todas las marinas del globo terráqueo?

Ya se ve cómo estamos mucho menos lejos de nuestros an-

tepasados bárbaros de lo que nos complacemos en proclamar; y hay muy pocas de sus costumbres, aun las más extrañas y salvajes, de las cuales no hallemos entre nosotros la supervivencia más ó menos atenuada.

Los pobres en la sociedad moderna.

I

Los pobres en los pueblos civilizados.

La situación jurídica de los pobres en el Estado moderno es más ó menos anormal en casi todas partes. Aun cuando se está lejos de considerar desde el punto de vista formal como un crimen la pobreza, sin embargo, en la realidad se castiga como si lo fuese, merced á los restos de barbarie que aún abundan en los Códigos europeos. Ciertamente es que á nadie se le castiga porque no tenga un cuarto, pero sí por las consecuencias á que lleva por necesidad la extremada miseria. Antes de conquistar el derecho al trabajo (cosa tan difícil de conseguir), los socialistas debieran preocuparse de la modificación de los Códigos en los artículos relativos á los delitos de los pobres. No cabe duda que una agitación en ese sentido no se prestaría á frases de relumbrón y solemnes; pero (lo cual es más grave), teniendo de su parte á todo el mundo, incluso á los mismos gobiernos, podría triunfar. ¿Qué sería preciso obtener, en resumen? Una disminución sensible de las penas correspondientes á los delitos que son efecto de la miseria; una especie de in-

versión de los artículos de las leyes penales contemporáneas. Para nuestra legislación actual, lo primero de todo es la moneda y la mercancía, dioses inviolables de la organización social moderna. Partiendo de este principio, todos los delitos contra el dinero se penan con el mismo rigor que los crímenes cometidos en la antigüedad contra las divinidades supremas. Y, sin embargo, hay que convencerse de esta idea, tan verdadera y tan triste: la mayoría de los delitos y de los delincuentes se reclutan *en todas partes* en la clase de los pobres. Es una ley casi universal que la pobreza extremada es quien engendra casi todos los crímenes contra el dinero y las mercaderías, es decir, contra la propiedad. Bendiciendo á quienes no caen en la tentación, es preciso apiadarse cada vez más ante las víctimas de una ley más fuerte que ellos. He aquí las ideas que nos ha inspirado el artículo del Sr. T. W. Teifen acerca de la *Miseria social en Austria*. (*Deutsche Worte*, mes de Julio.)

Entre otras cosas, el autor se preocupa en él de los sacrificios que la sociedad impone á los pobres. Veamos, por ejemplo, la cuestión de la mortalidad. Parece ser que ésta es tan grande entre los pobres de Viena, como entre los de Berlín, París ó Londres. Sabido es, según las estadísticas de Casper, la proporción de la mortalidad en las clases ricas en Prusia (el autor ha tomado por base de su estudio las familias de los príncipes y de los aristócratas) y los pobres de Berlín es como 57 : 345, para los niños menores de cinco años. La duración media de la vida de un príncipe ó de un conde prusiano es de cincuenta años; la de un pobre berlinés, de treinta y dos años. El Sr. Teifen estudia la ciudad de Viena, según la situación económica de los vecinos de sus diferentes distritos. Así, compara el autor los distritos I y X de la capital austriaca. En el primero, en 1891, hubo 114 defunciones por cada 10.000 habitantes; en el décimo hubo 349. En el decenio de 1881 á 1890, para 68.083 habitantes del distrito I hubo 8.162 defunciones (11,99 por 100); en el distrito X, para 68.798 habitantes hubo nada menos que 19.599 defunciones (28,49 por 100). A las mismas

conclusiones ha llegado en Hungría el Sr. Korosi, respecto á la ciudad de Budapest.

La gran mortalidad parece ser uno de los castigos inmerecidos de la miseria; y, en rigor, la mayor parte de ella corresponde á los pobres. Pero no se limita á esto la serie de sus malandanzas. Según un publicista alemán, el Sr. Pettenkofer, es preciso admitir 34 casos de enfermedad por 1 caso de muerte, veinte días de duración media de enfermedad, á 2 pesetas diarias de gasto por esa causa. Aplicando estos datos á la población del distrito X de Viena, dedúcese que, durante dichos diez años, gastó en enfermedades unos 27 millones de pesetas, ó sean 40 por persona; contra 11 millones gastados por el distrito I.

Cuando se estudia el carácter de las enfermedades que padecen los pobres, obsérvanse resultados no menos sorprendentes. Las dolencias del sistema nervioso, que se consideran como enfermedades de los ricos, castigan mucho más á los pobres. La mortalidad en Viena por esas enfermedades fué de 12,8 defunciones por 10.000 habitantes en el distrito I; y en el distrito X, fué de 33,8 por 10.000. La misma proporción existe entre las defunciones causadas por las enfermedades de los órganos respiratorios (20,7 contra 58,2 por 10.000).

Los hijos de los pobres son quienes espían, sobre todo, el crimen de la pobreza de sus padres. Según Wappaüs, el 19 por 100 de los niños mueren antes de cumplir un año; pero en el distrito X de Viena, mueren 32, contra 12 á 15 que fallecen en el primer distrito.

La miseria influye igualmente con toda su pesadumbre sobre la salud moral é intelectual de los pobres, y es cada vez más grande la proporción de los locos entre ellos.

El Estado, ¡ah!, no puede más que registrar estos resultados, propios de la pobreza. ¿Qué hacer para disminuir su importancia ó contener su prodigioso desarrollo? ¿Hay algún medio para abolir la miseria y sus consecuencias? Muy otro es el papel del legislador con respecto á la situación de los po-

bres, en lo relativo á la represión de los delitos engendrados por la miseria. No debe echarse en olvido que los delitos y los vicios, igual que las enfermedades, proceden en gran parte de la pobreza y de la miseria.

He aquí lo que nos dicen las cifras recogidas por el señor Teifen:

En el transcurso de los años 1874 á 1889, fueron condenados por los tribunales en Austria 7.687.988 individuos. Añadamos que el número de éstos, que era el de 366.333 en 1874, fué de 576.144 en 1889; es decir, que el aumento de la cifra de los criminales en Austria ascendió en quince años al 86,7 por 1000, mientras que en ese tiempo sólo aumentó la población en un 13,5 por 100. Pues bien, los pobres son quienes suministran casi todos los elementos á la estadística criminal.

Entre los años 1880-1889, los robos y los abusos de confianza constituyeron el 63 por 100 de la totalidad de los delitos.

Por cada 100 condenados por toda clase de delitos, hubo en:

	<u>1885</u>	<u>1886</u>	<u>1887</u>	<u>1888</u>	<u>1889</u>
Pobres.....	88,8	89,3	89,8	90,2	90,5
Mediana posición.....	10,9	10,1	9,8	9,3	9,1
Acomodados.....	0,3	0,6	0,4	0,5	0,4

Limitándose nada más que á la estadística de los robos, se vería que el 95 por 100 de los reos son pobres.

Además, la creciente miseria desarrolla ó más bien provoca los instintos criminales en los adolescentes de uno y otro sexo. En 1874 se condenó en Austria á 333 niños de once á catorce años; y en 1889 su número fué ya de 614; ó sea casi el doble. Y su delito consiste casi exclusivamente en el robo.

El número de delitos aumenta porque al mismo tiempo aumenta la miseria. En vano se dirigen acusaciones contra la falta de instrucción; porque es cosa averiguada que la pretensa civilización de las clases inferiores no las detiene en la

senda del crimen, sino que, por el contrario, va siempre en aumento el número de los criminales que saben leer. El señor Teifen no toca este punto de la cuestión; pero para persuadirse de ello, basta recorrer los anales estadísticos franceses ó alemanes. Y basta, decimos nosotros, estudiar la situación desesperada de los municipios que luchan contra la creciente miseria, para comprender la clave del enigma.

En Austria, el número de las personas que viven á cargo de los municipios ha duplicado en diez años (de 1873 á 1883.) Los presupuestos municipales están tan recargados, que son impotentes ante la miseria cada vez más invasora y más terrible. En otro estudio acerca de la *Miseria de los campesinos franceses*, hemos demostrado que el mismo fenómeno se observa también en Erancia, el país conceptuado como más rico en el mundo entero.

Verdad es que entre nosotros no se ha llegado aún á recurrir á esos medios repugnantes que emplean ciertos municipios austriacos para desembarazarse de sus pobres (1). Agreguemos que los pobres socorridos no pertenecen á los haraganes y vagos, sino que la mayoría de ellos son trabajadores faltos de trabajo ó cuyo salario es insuficiente para atender á la vida de sus familias. De un estudio del Sr. Inama-Sternegg, consagrado á la *situación de los pobres de Viena*, resulta que entre las personas á cargo de la beneficencia pública hay un 57 por 100 de obreros de diferentes oficios, un 3 por 100 de criados domésticos, un 12 por 100 de jornaleros, etc. Sólo el 4 por 100 son gentes sin oficio ni beneficio, ó más bien holgazanes.

En la actualidad, aún permite la emigración disminuir los desastrosos efectos de la miseria. Los que ya no encuentran medios de vivir, los que, por consiguiente, se ven en vispera

(1) Una revista jurídica alemana, el *Archiv für sociale Gesetzgebung*, señala el hecho indigno de que ciertos municipios expiden á la América sus idiotas, locos y enfermos.

de cometer delitos, van á buscar en otra parte remedio contra sus instintos ó sus tendencias... criminales. Pero América acaba de cerrar sus puertas; el rumor de la miseria de los emigrados que allí afluyeron de todas partes disminuirá sin duda el número de los pobres y de los desdichados que emigren al Nuevo Mundo, y Europa debe prepararse de antemano á un gran recrudecimiento de los delitos contra la propiedad.

Ya es indicio infalible de ello el número de los suicidios, que ha aumentado en estos últimos tiempos en todos los países europeos. En estas condiciones, impónese cada vez más una especie de reforma de la penalidad relativa á los delitos contra la propiedad, reforma tanto más urgente cuanto que la anarquía acecha á todos los descontentos; y los que son víctimas, de una manera más ó menos injusta del actual orden social, se convierten en sus peores enemigos. Pues bien; la criminalidad adquiere unas proporciones tan desmedidas, que sería peligroso entre las víctimas de la expiación social tratar con el mismo rigor á todos cuantos han delinquido sólo por miseria, de la cual ha hecho casi un crimen la sociedad contemporánea.

II

Los pobres en los pueblos primitivos.

Por cruel que nos parezca la situación de los pobres entre las gentes civilizadas, aún lo es mucho más en los pueblos primitivos. Sin duda es mucho más dolorosa en el primer caso la conciencia de la desdicha. El pobre bárbaro siente y sufre menos; pero la caridad privada, la compasión individual endulzan siquiera entre nosotros la suerte de los pobres. No

sucede así entre los pueblos bárbaros. La ciencia sociológica tiene poco que enseñarnos acerca de los pobres en los pueblos primitivos, por la sencilla razón de que los viajeros no logran distinguir entre los salvajes ó las hordas pobres quienes sufren más ó poseen menos aún que los que casi nada tienen. Sin embargo, nos aprovecharemos de un interesante estudio póstumo del viajero ruso Sr. N. M. Jadrintzev, recién fallecido (en 21 de Junio de 1894), acerca de los pobres en el Asia Central (*Mir Bozü*, Julio, San Petersburgo); estudio que contiene curiosas noticias sobre la manera de considerar y de tratar á los pobres en los pueblos nómadas y cazadores del Asia Central.

Dice el Sr. Jadrintzev que la organización capitalista no existe sino en estado de germen en los pueblos mongólicos del Asia central. Allí se distinguen los habitantes desde los puntos de vista religioso é intelectual. Pero hasta en las personas de más bajo nivel de cultura intelectual, se advierte la conciencia de su infeliz estado. Sólo que sufren con resignación, convencidos de que sus miserias y dolores están en el orden natural de las cosas y de que sería inútil luchar contra la suerte. El autor encontró á un pobre padre de diez hijos, el cual padecía hambre crónica y nunca llegaba á tener con que alimentar á su numerosa familia. Sus hijos producían el efecto de unos animalitos que hincaban el diente con avidez en todo lo que pudiera devorarse. El pobre hombre parecía conforme con su miseria, no esperaba nada, no se quejaba, y daba ejemplo de una resignación sin igual. Otro pobre, que se hallaba en las cercanías de un monasterio poblado de monjes lamaistas, al cual afluían de todas partes objetos de lujo y víveres, moríase también de hambre sin sublevarse contra su suerte. El hecho era tanto más asombroso, cuanto que todos esos monasterios arruinan al país, chupando todo cuanto pueden arrebatarse á los habitantes. Los sacerdotes mongólicos son de una codicia legendaria. Viajan meses enteros para inspeccionar la situación material de los fieles y sonsacarles todo lo que les pueden coger.

Cuando llegan á una choza, piden todo lo mejor que haya, zampapan y trinca hasta el gollete, y se largan después de haber saqueado al pobre creyente. Los ricachones que poseen grandes rebaños huyen de los conventos como de la peste, y se establecen cuanto más lejos mejor. Los pobres no están en ese caso, condenados á aguantar la codicia de los monjes, quienes sin escrúpulo los despojan de todos sus bienes. Reducidos á la última miseria, no piden nada al prójimo; pues no comprenden cómo ni con qué título podrían recurrir á la beneficencia de sus convecinos.

Los monjes á su vez no piensan en practicar la caridad, y nunca reciben en los monasterios sino á los niños ricos, cuyos padres pueden recompensar con largueza la hospitalidad que les otorgan.

Los huérfanos y los pobres no se admiten en los monasterios. Hasta las pobres monjas ancianas, que viven alrededor de los conventos de monjes, vense reducidas á alimentarse de los desperdicios que las arrojan desde fuera. Los ricachos no comprenden que pueda darse la menor cosa á los pobres, excepto lo que ganan á su servicio como pastores de rebaños.

Cuando ya no se necesita de un obrero, se le despide sin preocuparse para nada de cuál será su suerte; porque entre los mongoles existen proletarios, y hasta sin trabajo y sin recursos para vivir. Los ricos los arrojan de su casa y los monasterios no les dejan entrar: con arreglo á un principio que no consiente excepciones, quien entra allí debe hacer donativos para la comunidad religiosa; de suerte, que, expulsados de todas partes, los pobres se abrigan dentro del estiércol durante el invierno y se alimentan con las cosas que encuentran en los caminos.

El Sr. Jadrintzev nos cuenta la conmovedora historia de un pobre muchacho que llevaba una vida de las más infortunadas, después de haber aceptado el puesto de sirviente en su expedición. Sufría con un estoicismo excepcional todas las tropelías de los que le rodeaban; y que una vez iban á juzgarle

los cosacos, por sospechas de *haber tenido la intención* de robar unas tripas de carnero. De pronto, el sentimiento de su miseria apoderóse del infeliz *Leksika*, como le llamaban los rusos; y aquel pobre hambriento y maltratado se puso á llorar de una manera tan desgarradora, que todos los concurrentes se conmovieron, y los mismos cosacos le perdonaron.

En general, dice el viajero ruso, los pobres están reducidos en esos países á la situación de Job, condenado á lamerse sus propias llagas y alimentarse del estiércol que les rodea. El ver á un pobre muriéndose de hambre no dice nada á quienes pasan junto á él, sin dejarse ablandar ó enternecer por su desventura.

Y esta falta de caridad no tiene su origen sino en la dureza de corazón propia de los hombres primitivos. No es raro ver en la calle á un pobre miserable royendo huesos con los perros ó llorando de hambre. Los transeuntes no se detienen, porque la compasión es para ellos enteramente extraña. Momentos hay en que personas débiles y hambrientas son presa de los perros que rondan en torno de los monasterios á la atisba de los restos de la comida de los monjes, que los arrojan por encima de las tapias afuera.

Basta observar los castigos impuestos á los ladrones pobres, para darse cuenta de la crueldad de los habitantes. El autor cuenta la expedición de los criminales mongólicos, la cual hace temblar de horror. Un camello llevaba á lomo una caja donde iba encerrado un hombre en cuclillas, *acusado* de haber cometido un homicidio. La caja no tenía más que dos agujeritos, uno destinado á hacer entrar el aire, y el otro para evacuar las necesidades que es de suponer. Encadenado dentro de la caja, llevaba ya tres años metido en ella, por la lentitud del procedimiento judicial en aquel país. Otro presunto reo iba atado á la joroba del camello: balanceábase su cuerpo de una manera desesperada y con la cabeza expuesta á una insolación. Los dos infelices eran alimentados de un modo insuficiente y parecían sufrir de hambre lo indecible. Sin embar-

go, el público permanecía indiferente, sin dar pruebas de ninguna clase de conmiseración. Añadamos que sólo eran *sospechosos* de criminalidad.

Es pasmoso que la doctrina de Zaquia-Muni, tan llena de compasión hacia los animales, no haya sabido inspirar alguna hacia los sufrimientos humanos.

El Sr. Jadrintzev generaliza el hecho, diciendo que en casi todos los pueblos primitivos falta casi por completo la compasión con los pobres y los desheredados. Por ejemplo, muy á menudo se ve en las tribus nómadas abandonar á sus enfermos á campo raso, condenándolos así á ser devorados por los animales feroces ó á morir de hambre. Por lo visto, la falta de corazón debe ser ingénita en el género humano; porque, ¿no la vemos también entre nosotros, á pesar de nuestra pretendida civilización y la sublime enseñanza de la religión cristiana?

LICENCIADO PERO PÉREZ.

CRÓNICA INTERNACIONAL

El 1.º de Mayo.—Diminución anual de su antigua importancia.—Causas de esta disminución.—Incompatibilidad de las utopías comunistas con la política real y práctica.—Mejora del problema social y del partido socialista en los pueblos libres.—De los jornaleros y los príncipes.—El marqués de Brezé y sus memorias.—León XIII y Enrique V.—Imposibilidad de la restauración borbónica en Francia.—Matrimonio de la princesa Elena con el duque de Aosta.—Reflexiones acerca de su trascendencia política.—Movimiento de los gobiernos europeos á la paz del Asia extrema.—Estado del Japón y ventajas universales que podemos aguardar de sus triunfos.—Carta de León XIII al pueblo inglés.—Respuesta del arzobispo de Canterbury.—Necesidad de una religión universal.—Estado de Grecia.—Conclusión.

I

Conforme se aproxima el 1.º de Mayo, se aumenta la tangible prueba de cuán utópica es, y de cuál impracticable aplicación, aquella idea, por el ardiente cerebro de Marx concebida y puesta en vías de realizarse por el genio dictatorial de Bakounine, que se dirigió á fundar una inteligencia y liga entre todos los trabajadores, los cuales, reunidos, impondrían su voluntad á todos los capitalistas, convirtiéndose así en capital único el trabajo. Entre los varios recursos y expedientes inventados, ninguno aparecía de tan fácil práctica como la celebración por todos los jornaleros de una fiesta, el 1.º de Mayo, en este nuestro hemisferio, por lo menos en este conti-

nente cuando ese día señala el despertar de la vida por el seno de nuestros campos y nos trae un regocijo natural proveniente del placer y del regalo, que procuran las bocanadas de aroma despedidas por las flores y el coro de arpegios formado por las aves. Hace un lustro ahora que la primera consigna se dió, y de año en año han ido las manifestaciones mayas perdiendo en importancia numérica, olvidadas por la mayor parte de todos cuantos las propusieron como una festividad anual, á todo el proletariado provechosa y del trabajo digna. Y la razón de tal marro está en que no hay como practicar los proyectos impracticables, para que aparezcan su sinrazón y su inánia. Formidable imperio podría ejercer tal unión de todos los jornaleros entre sí mismos, de compadecerse con otra unión estrecha entre sus intereses. Pero así como estallan, según los decretos de la concurrencia vital, emulaciones y porfías y luchas, rayanas en combates y guerras, entre los jornaleros, que profesan diversos oficios, ó entre los jornaleros, que, profesando igual oficio, trabajan á destajo, estallan luchas entre los jornaleros de distintos pueblos, cuales jornaleros llegan á las manos, conmoviendo y ensangrentando regiones enteras, movidos por sus mutuos inextinguibles celos. Cuando los libérrimos gobiernos americanos prohíben el trabajo de la gente amarilla bajo las estrellas de su pabellón; cuando Francia é Italia tropiezan á cada paso con dificultades diplomáticas generadas por las riñas de sus trabajadores en sus sendas regiones; sueño es y casi delirio una identidad tal entre todos los del mundo, que les permita inscribir en sus credos el mismo programa y atender por idénticos medios á sus necesidades, como si lejos de convivir so Estados de tanta y tan rica variedad como los nuestros, convivieran en monasterios de canónicas regularidades ó en cuarteles de severas ordenanzas. No sacan poco provecho todos los reaccionarios en Economía política para sus cordones de aisladores aduanas y para sus ejércitos de vigilantes aduaneros, del jornal debido á los pobres trabajadores y del empeño con que piden estos mismos

los salven de la concurrencia universal. Disciplinar los ejércitos del trabajo en toda la tierra puede parecer facilísimo al utopista, mientras irrealizable á quien sabe la historia y conoce cómo han marrado empresas de la misma universalidad mucho más hacederas, como por ejemplo, la monarquía universal. Una experiencia de que es imposible armonizar los intereses del jornalero y su clase, no ya en una misma ciudad, en un mismo taller, pues la recompensa especial habrá de premiar siempre la mayor inteligencia y la mayor actividad y la mayor honradez en los individuos, disminuye cada vez más los adherentes á las utopías, y demuestra cómo no podemos sustraernos á los efectos de la concurrencia en el trabajo, de igual forma que no podemos en el cuerpo sustraernos á los efectos de la enfermedad y de la muerte. Imperando una medida general de derecho en Europa, ninguna cortapisa hoy ataja la manifestación pública de los ideales con que sueña la familia jornalera europea; pero sí le imponen que se reuna y hable á su sabor en lugares clusos y techados, mas no al aire libre y en las calles, á causa de oponerse á ello la circulación en los sitios públicos, asegurada por las leyes á todos los ciudadanos. Hacen bien los gobiernos restringiendo aquello que al derecho de todos daña y ampliando aquello que al derecho de todos pertenece. La libertad amplísima de expresión en las ideas, quita el carácter nocivo á éstas, pues las racionales y practicables prosperan y las utópicas é imposibles desaparecen dentro de tal ambiente. Allí donde menos impera el despotismo en lo alto, también menos impera en lo profundo la utopía. Comparad, si no, Rusia con Suiza. Mientras en la campana pneumática de una triste autocracia sin freno el socialismo crece como ciertas plantas en las tinieblas, mengua de tal modo en la libertad helvecia, que puesto á votación popular el derecho al trabajo, hanlo rechazado por una grande mayoría los libres y expertos ciudadanos de la inmortal confederación. Y dentro de Alemania se ha visto que mientras los socialistas fueron perseguidos y acosados por leyes, cuyos

textos los expulsaran del derecho común, crecieron en utopías, y desde que por otras leyes más justas y sabias gozaron de libertad, se han amansado en términos de renunciar á toda revolución y sumarse muchas veces en los varios parlamentos germanos con la mayoría y con el gobierno. Como el sol aleja los buhos, el derecho aleja las utopías.

II

Pasemos de los jornaleros á los príncipes. Agitaciones profundísimas y encrespadas perturban hoy al partido realista francés. Y provienen estas agitaciones de recuerdos evocados en libros recientes respecto á hechos históricos del Borbón postrero y de medidas tomadas por la familia Orleans respecto á felicidad matrimonial y doméstica de una hermosa princesa. Estos dos hechos importan mucho y necesitamos referirlos por el orden con que acabamos de traerlos. Hay en los anales de la revolución un momento supremo, aquel en que Luis XVI quiere disolver los Estados Generales, á fin de dar él su Constitución otorgada, y un grito sublime de Mirabeau los transforma en Asamblea Constituyente, á fin de que puedan dar ellos una Constitución nacional. Era el minuto crítico, en que los diputados juraban á una con toda solemnidad no separarse hasta cumplido tal deber, cuando un maestro de ceremonias los interrumpe á nombre del rey, para decirles que se disuelvan. A una tempestad como aquella, en que fulguraban mil ideas nuevas, opuso la corte, no sus ideas seculares, no el arma de sus ejércitos, la vara de sus gentileshombres. Y esta vara la tenía en sus manos el marqués de Brezé. Imagináoslo con sus zapatos de blanca seda taconadísimos, su cal-

zón corto y sus medias lustrosas, el justillo recamado de oro, la capeta de terciopelo al hombro con su revés de marta cibelina, sus collares y cruces al cuello, su gorra con un bosque de plumas en la cabeza, y en la mano su vara de marfil con que dirige las ceremonias bizantinas frente á frente de aquel atleta, de aquel coloso, de aquel monstruo, que se llamaba Mirabeau; vestido de negro como un misterio; en la fuerza de su genio, en la creación de sus discursos, semejantes á rayos que fulminara un Dios; poseído por sus inspiraciones y poseedor de su auditorio; el cabello agitado por la electricidad del pensamiento en el cerebro y del cerebro en la cabeza; los ojos centelleando, semejantes á esos relámpagos del alma enardecida que culebrean como los relámpagos del sublime Sinaí; las manos crispadas por sus emociones con la frente fruncida por el verbo creador; y decidme si de aquellos dos mundos en presencia no representaba el uno la inútil y baldía liturgia de lo pasado, mientras el otro el vívido resplandor de un Horeb donde se levantaba tonante la nueva edad que debía derrocar todos los fetiches y derretir todas las cadenas. Así no es maravilla que hablara el marqués de Brezé muy bajo, y el presidente con los diputados no pudiesen oír lo que decía. «Más alto, más alto», clamaban de todas partes. «Señores, habéis oído las órdenes del rey, quien manda que os vayáis», gritó el cortesano. «Si las hemos oído—respondió Mirabeau—hemos oído los intentos inspirados al monarca; y vos, que no podéis ser su órgano; vos, que no tenéis en este recinto, ni silla, ni lugar, ni palabra; vos no debéis ser quien venga hoy á decirnos sus mandatos. Sin embargo, para evitar todo equívoco y todo aplazamiento, debo responderos que, si os han encargado de nuestra expulsión, deis orden inmediata de emplear la fuerza, pues nos ha reunido el voto de la nación y sólo saldremos con las bayonetas en el vientre.» A este rasgo inmortal de la elocuencia política se alzan todos los diputados sosteniendo su orador con fervorosa y unánime aclamación, dentro de cuyos estridores iban las voces de todos los dere-

chos estallando como nube de apocalíptico exterminio sobre la grandiosa excepción de todos los privilegios. «¿Puedo llevar al rey esta respuesta?», preguntó el pobre cortesano, aterrado por aquellas fulguraciones y deseoso de abandonar un sitio donde faltaba la respiración á su pecho. «Llevala si os place», contestó el presidente. Con efecto, su propio maestro de ceremonias llevaba la sentencia de muerte inapelable al viejo absolutismo. Pues, aunque poco entendiera la Francia revolucionaria de aquel tiempo tal Brezé, aún entiende menos la Francia republicana de nuestros días su hijo, su nieto, su descendiente y heredero de todas suertes, el honrado y leal aristócrata, que representara en la corte del último Borbón proscripto ministerios análogos con los representados por su antecesor en la corte del pobre Borbón guillotinado. ¿Pues no atribuye á flojera en los diputados monárquicos de Versalles el año 73 como al abandono más tarde por León XIII de la causa realista el fracaso y frustración de todos los empeños puestos para restituirle á Chambord una corona destruida por los rayos del cielo y arrasada con ímpetu al olvido por las corrientes del siglo? Necesita esforzarse uno para no reirse al leer que tenía ya muy bien apercebido su tahalí de general y su collar de la Legión de Honor, concluido, no con un águila de los Bonapartes, con una lis de los Borbones, para entrar en su fiel ciudad de París, que es un volcán de ideas nuevas, é instalarse ó en Versalles ó en el Louvre, que son museos de pintura y de arqueología seculares. En opinión del petrificado marqués, Dios tuvo dos hombres, como el conde de Chambord y el Papa Pío IX en esta vida, con el propósito providencial de que pudiera en el uno restaurarse la secular monarquía francesa, y en el otro restaurarse á su vez el poder temporal pontificio. Pero León XIII llegó y se opuso á estos providenciales designios. Apenas designado Papa, nombró al célebre Nuncio Czaky, sacerdote de ideas políticas muy avanzadas, con encargo de adherirse á la República; y apenas llegado el Nun-

cio Czaky á París, congregó los principales y más influyentes legitimistas, persuadiéndoles á disuadir al conde de todo empeño é insistencia en aspiraciones ilusorias é irrealizables. Y á León XIII atribuye, y al Cardenal movido por León XIII, como Lavigerie, y al desmayo en las gentes monárquicas, y al intrigar perpetuo de los orleanistas, y al Nuncio demócrata Czaky antes nombrado, y á todo el mundo los marros de las esperanzas monárquicas, ni más ni menos que pudiese hacer su progenitor el marqués de Brezé, si cuando llevaba mandatos del rey á un soberano Congreso constituyente, notificándole aquella no escuchada disolución, lo hubieran encerrado, como los personajes del célebre conde San Germán, que nunca se morían, en las bodegas de Versalles, y lo sacasen ahora con igual vestido que aquel en su cuerpo y en su alma con idénticas ideas á las expresadas en vísperas de la revolución universal.

III

Hay otras causas externas, que determinan la división interna del partido realista francés, y no aparece de las menores entre todas, hoy, el enlace próximo de la joven princesa Elena, hija del conde difunto de París, Luis Felipe de Orleans, con el joven príncipe, hijo del rey difunto de España, duque de Aosta, D. Amadeo de Saboya. Con solo pronunciar estos dos apellidos juntos, el Orleans y el Saboya, saltan á la vista el sin número de dificultades que hallará su enlace dentro de Francia, donde no pueden perdonar á Italia su ingreso en la triple alianza, y dentro de Italia, donde no pueden perdonar á Francia su toma de Túnez y sus propensiones á

Rusia. Pero el horror al proyecto se recrudece y encona en la derecha del bando borbónico, proveniente de los legistimistas antiguos, como todo el mundo sabe, la cual entidad política no quiere avenirse á ver una hermana de aquel á quien ellos consideran legítimo rey de Francia, unida en matrimonio con un príncipe de la excomulgada casa de Saboya. Nadie ignora la educación en Sevilla de la condesa de París, hija del duque de Montpensier, y el amor que á Sevilla infundiera en toda su prole tan ilustre sevillana. El mismo conde; francés de nacimiento, y alemán según el sello germánico puesto por la madre alemana en su carácter moral y en su compleción fisiológica, gustaba de pasar el invierno entre los olivares de Villa-Manrique, siempre aromada y tibia, cual todo el corazón de Andalucía. Y así, cuando aquellas comarcas por el mes de Abril se regocijan á la Pascua y á la Feria, henchidos los aires con acentos de guitarras y aromas de azahares, nada tan frecuente como encontrar á las princesas de Orleans por la plaza de San Francisco en los palcos del Ayuntamiento viendo las efigies, en las casetas del Real escuchando los cantares acompañados por las palmas y por las cañillas, en los derribos de toros por las dehesas, desde cuyos prados allá en lontananza se distinguen la Giralda y la torre del Oro, esmaltadas por aquella luz, y se oyen las aguas del Guadalquivir, cuyos rumores parecen cadencias de serenata y de romance. Rabien pues cuanto quieran los fósiles borbónicos: su princesa, descendiente del rey San Luis y del revolucionario Felipe Igualdad, pertenece por un sí á la España liberal, por otro sí á la Francia republicana, y por varios síes á la Italia una. Para encontrar prototipos y arquetipos á gusto de tales empingorotados señores, sería preciso que sacasen del sepulcro al conde de Chambord y lo vistieran de rey, como diz hizo D. Pedro de Portugal con D.^a Inés de Castro, constituyéndolo en zancarrón de la Meca realista, que sólo huele á muerto. Pero las casualidades múltiples del secular principio hereditario han dado el derecho fantástico de reinar sobre Francia

por herencia nada menos que á una dinastía revolucionaria, cooperadora en los cien años últimos á muchos destronamientos: al de la rama legítima francesa con el ya recordado Felipe Igualdad; y al de la restaurada con Luis Felipe, allá el año treinta: y al de D. Carlos en España con la cuádruple alianza urdida por aquel monarca francés y tan útil á la dinastía de D.^a Isabel II; y al de D.^a Isabel II misma con el duque de Montpensier. Muy revolucionaria esta familia en política, siempre queda en religión muy ortodoxa. Más está de Dios que se case la hermosísima Elena, con príncipe no acepto á la Iglesia católica. El primero en requerirla de amores fué un señor tan excelso como quien hoy reina sobre todas las Rusias, Nicolás II; pero había de renunciar á la religión romana, cambiándola por la religión griega, y tuvo que renunciar á la corona de czarina Elena. Prendóse luego de ella el heredero de la corona británica, hijo mayor del príncipe de Gales, y por causas análogas tuvo Elena que renunciar al trono de Inglaterra. Ahora se casa con el duque de Aosta, no tan hostil en materia religiosa de suyo al Papa; pero mucho más hostil que los otros dos en materia política, pues no habrá Pontífice, ni el magnánimo é inspirado León XIII, que renuncie á Roma y á su soberanía política en Roma. De aquí la ira del partido legítimista francés, tan opuesto á todo género de transacciones en asuntos políticos, y más que en asuntos políticos, en asuntos religiosos. Y este matrimonio, aun prescindiendo del amor que sienten los novios uno hacia otro, se ha convenido por el más liberal de los Orleans vivos, por el duque de Aumale. Hay en esta familia príncipes que se dan la mano con los antiguos borbónicos, como el duque de Nemours; y príncipes que se dan la mano con los viejos demócratas, como el duque de Aumale. No pudiendo ser este jamás en Francia el primer funcionario; porque la República no lo nombraría nunca por su sangre real, y en la Monarquía el principio hereditario, vinculado ya en resobrinos suyos, lo aleja del trono, confórmase con ser

el primero de los ciudadanos, dignidad debida por el, no solo á su apellido, á su amor hacia la ciencia y el arte, como al disfrute de gran fortuna, dirigida y administrada con verdadera parsimonia y profunda circunspección. Enemigo de todos los planes, por su familia enderezados á reconciliarse con los Borbones de la rama primera y con los legitimistas de antiguo abolengo; no queriendo sacar nada de la muerte del primo Chambord, y opuesto á que tomara el duque de Orleans títulos incompatibles con la soberanía del pueblo francés, ha ido en pos de cuantos enlaces pudieran prestar á su familia el carácter de parlamentaria ó constitucional; y así le agradó la boda de su sobrina Mercedes con el rey Alfonso, enemigo de los carlistas; le agradó la boda de su sobrina también, Amelia, con el rey Carlos, enemigo de los miguelistas; y le agrada la boda de su sobrina Elena, con el joven Amadeo, enemigo de los antiguos Borbones. Y algo reñido con la familia, primero por la inteligencia increíble de esta con la rama mayor, implacable hacia sus parientes revolucionarios, y después por las pretensiones, exacerbadas tras la muerte del conde de Chambord, al imaginario trono francés, imposibles de lograrse, y solo conducentes á perturbarlo todo sin obtener nada, ha visto de muy buen ojo esta boda de carácter progresista ó revolucionario, convenida en las maravillosas galerías del Real Sitio de Chantilly, que muestra cómo él, aunque proscrito casi en una vida sin dignidades, ni privilegios monárquicos, puede prestar á su patria servicio tan grande como unir una francesa ilustre con el joven y gallardo príncipe, para quien, según fundados cálculos de probabilidades conocidas, esta reservada en herencia, más ó menos pronto, la corona revolucionaria de Italia.

IV

Pero no solamente se oyen idilios en las cortes de los príncipes, truenan guerras también. Con ocasión del pacto propuesto por el Japón á China, y casi recibido ya por ésta, se ha un tan grande fragor y estremecimiento producido en Europa, que á sus retumbos y sacudidas los peones del tablero diplomático se han unos con otros mezclado, y las alianzas puéstose por tal modo de través y en oposición abierta con lo universalmente creído y esperado que marean. ¿Quién diría que por amor á Inglaterra se apartase Italia de Alemania? ¿Y quién diría que por amor á Rusia se juntase con Alemania Francia? Pues todo este aquelarre ha traído la paz entre la China y el Japón. Durante la guerra, nadie ha chistado. Sumergía el Japón la escuadra china, ó la iba poco á poco apresando, nada; recorría toda la Corea en paseos militares de conquista desde Poniente á Oriente, nada; se metía por la Mandchuria del Norte, rozando con los dominios moscovitas, como si tal cosa; dirigíase desalado en son de caer y desplomarse sobre Mukden, capital religiosa de los chinos, y todo el mundo se alzaba de hombros; aproximábase al golfo de Petchili, que le abría paso hacia la capital del Imperio, y no se movía una hoja, como si todos tuvieran interés en la destrucción de China; y cuando se tocan las consecuencias lógicas de tales hechos irremediabiles, los pacientes y conformados con todo lo sucedido se interponen ahora entre los vencedores y los rotos á componerlos tras neutralidad implacable, rayana en criminal indiferencia. Tiene gracia que Rusia, tan alejada de Mongolia y Tartaria, se haya extendido

por el Cáucaso y el Caspio primero, después por los desiertos del Turkestán; acaparando Kiva y Merú, poniéndose á las puertas casi del Afghanistán célebre; con una posición en las fronteras de Persia muy amenazadora de suyo á esta y otra posición sobre las líneas cercanas á las fuentes del Ganges y del Indo; que sea poseedora del río Amor, esté montada sobre la parte boreal china, y todavía se duela de la competencia que le hace y de la sombra que le proyecta un pueblo amarillo, con mayores arraigos que ella en los territorios y en los pueblos de Asia. Y algo parecido acontece con Francia. Sus posesiones en los mares de Oriente no ha podido establecerlas y redondearlas sino á costa de la integridad del Imperio chino, y no sólo del Imperio chino, de los reinos anejos á éste, como Annam y Siam, con los cuales ha empeñado tantos conflictos y de los cuales ha alcanzado tantas ventajas, que hoy puede llamarse la nación francesa con ufanía una potencia de Asia. No existen las mismas razones para interesar á Alemania en el problema de China que para interesar á Rusia y Francia. Como no se dan en los dominios alemanes naranjas, tampoco se dan colonias. Pero su comercio se ha extendido mucho, y sus mercados podrían resentirse de una competencia tan formidable allí como la que podrá el Japón hacerle con sus cada día más crecientes y más ricas industrias. No teme, no, Alemania el arancel que pudiera establecerse ahora entre los vencedores y los vencidos, ya juntos, como se juntaron tras sus querellas Austria y Alemania; pero teme con sobrada razón que los peajes, los consumos, los impuestos de todos géneros pesen sobre las producciones extranjeras lejanas y no pesen sobre las producciones extranjeras vecinas, con tanto mayor motivo, cuanto que ha entrado dentro de aquellos territorios el vencedor con sus ocupaciones militares y sus acaparamientos perdurables. Así, las tres potencias, por motivo y razón de su Mandchuria Rusia; por motivo y razón de su Tonkín Francia; por motivo y razón de su industria y comercio Alemania, se han puesto de acuerdo y han decidido llamar el pensamiento

de los japoneses hacia lo enorme de las condiciones á China propuestas y lo fácil de una disolución en ésta, que no pudiera por ningún camino remediarse, y á la postre generara grandes é irreparables catástrofes. Así hay en Oriente y Occidente un verdadero temor á cercanos conflictos. Y aumenta este gran temor el procedimiento empleado por los ingleses encerrándose de nuevo en un silencio y en una soledad que á todo el mundo alarma, pues nadie sabe si tomarán una resolución en favor de China ó la tomarán en favor del Japón, más interesados que nadie ahora en aquellos problemas, por poseer un territorio tan próximo á China como Birmania, y por sospechar mucho que progresos, como los conseguidos para sus gentes en las altas mesetas del Asia por Rusia, no concluyeran amenazando sus Indias, tan agitadas siempre bajo su engañosa serenidad, y tan dispuestas á levantarse, como han mostrado en mil ocasiones, contra el poder y autoridad de Inglaterra.

V

Yo creía convenida una neutralidad irremediable, puesto que á la civilización universal interesaba el concurso de la triste y aislada China con sus hijos al trabajo y al comercio universal. Yo creía entregado por un tácito acuerdo de los Estados cultos al Japón el ministerio de abrir China cerrada, ya que todos hemos tocado á sus puertas con la mano de los misioneros y de los jesuitas y de los embajadores y de los ejércitos. Así, en cuanto el malherido dios que guardan los jardines del Palacio de invierno ha husmeado cómo le apoyan aquellos que antes le malhirieran en su poder y menguaban su imperio, se ha rehecho y animado, negándose á poner con su pincel

hierático la señal roja, significativa de la inmediata, inevitable aceptación del tratado convenido entre su ministro Chang y el ministro japonés Ito. En verdad, las imposiciones son duras; y no lo fueron menos las impuestas por Alemania en sus triunfos sobre Francia, despojándola de Lorena y Alsacia, y no lo fueron menos las impuestas por Inglaterra y Rusia y Francia siempre al sultán, hasta despojarle de provincias tan grandes y pingües como Servia, como Rumania, como las dos Bulgarias, reduciéndolo á un residuo de Tracia y á la montuosa Macedonia con recortes constantes y amenazas de otros recortes venideros que lo expulsen y arrojan de nuestro continente. Hubiera detenido al Japón Europa en los requerimientos de sus conquistas y lo comprendemos; pero no se comprende que le ponga el pie sobre los frutos de su victoria. Nada, pues, debe maravillarnos la grande agitación japonesa, por todos los partes telegráficos anunciada en estos días. Ha sido la guerra una diversión en aquel imperio. El conde Ito, gran estadista, se veía cercado de pasiones amenazantes, cual encrespadas olas, y las ha divertido de su objeto, de tragárselo, impulsándolas hacia Corea y su conquista, para que las satisfacciones producidas por toda grandeza territorial en los pueblos, ahogasen las impaciencias de éstos por una mejor administración y un mejor gobierno, siempre difíciles, cuando no ayudan los gobernadores y los administradores con su voluntad y con su concurso. Así, esta paz, que cede al Japón parte de la Mandchuria, y la península de Liao-tung, y la isla Formosa, y el archipiélago de los Pescadores, aunque nos parece á nosotros muy enorme, paréceles á los japoneses muy chica, y no falta más sino que la disminuyera todavía el influjo europeo para que soltaran las compuertas de sus iras y nos trajesen la inundación de sus revoluciones. El Japón se apropia las virtudes europeas, pero también los vicios. Al tomarnos la libertad, nos ha tomado las utopías que circundan á esta libertad por todas partes. Hay allí un formidable partido anarquista, fácil de condensarse pronto en sublevaciones horribles por aquellos cayos

y arrecifes y escollos, donde con tan rápida facilidad se condensan también los ciclones. Lo que más nos asustaba en China, era su misterio, dentro del cual podían formarse daños para todo cuanto recuerda en Asia la civilización europea, por lo mismo que no había medio de conocerlos y de penetrarlos. El Japón ha concluido con estos misterios. Iluminado por el sol de la libertad, no podrá ocultarnos, ni sus recursos, ni sus relaciones, ni sus ejércitos, como los han ocultado sus rivales, más peligrosos por menos conocidos. Así no hay que llevar las intervenciones europeas demasiado lejos, cuando pueden resultar contraproducentes y traernos conflictos, insoportables para una civilización tan avanzada como la nuestra, y tan poco apercebida, á pesar de sus innumerables ejércitos y armamentos, á una guerra larga. Luego, cuando uno ve cuán fácilmente se convinieron Austria, Rusia, Italia contra Francia; y ahora ve cuán fácilmente se unen Alemania, Rusia, Francia contra China, teme que se unan los dos contendientes en paz y amistad contra nosotros, bárbaros para ellos, y retrocedamos, lejos de avanzar, en Asia y en los mares asiáticos. Así, nunca nos cansaremos de aconsejar prudencia, circunspección, vigilancia, tino, á Europa en el extremo Oriente, pues al golpe menor en vago, retrocedería la educación progresiva á tales pueblos dada, perdiendo en rápidas horas el trabajo de muchas edades y el resultado de muchos esfuerzos: que los avances aparecen allí lentos, según muestran poderes como el Mikado, existentes con anterioridad grande al principio y alborde de las edades históricas, mientras el retroceso, en tal consanguinidad se halla con los temperamentos amarillos, que para estancarse hoy ó retrotraerse á lo pasado mañana, todas las coyunturas son buenas y son oportunos todos los momentos.

VI

Apartemos los ojos de las guerras que confunden al hombre por sus carnicerías y exterminios con los animales inferiores; volvámoslos á la religión que confunde al hombre con los ángeles del cielo. Y respecto de religión, lo más interesante que ha pasado en los días últimos es la carta dirigida por el Pontífice León XIII á los pueblos de Inglaterra, para que encierren de nuevo sus almas dentro del Catolicismo, como la religión más connatural con el carácter que deben revestir estas manifestaciones supremas de lo divino en el espíritu y en el espacio. Hace tiempo que habían herido la continua y constante solicitud del Papa los muchos conversos al Catolicismo en Inglaterra, sobre todo por los últimos años. Yéndose varios fieles de las áridas iglesias puritanas al más esplendoroso culto ritualista, concluían por huir á éste último é ingresar de todas veras en el culto católico al cabo. Deseoso de que lo informara sobre tal fenómeno y de informarlo á él de sus proyectos, León XIII llamó al Vaticano el célebre Halifax, jefe de los ritualistas británicos. El ritualismo no es el Catolicismo; pero se le parece mucho por su artística liturgia, por su incienso místico, por sus velas encendidas, por sus casullas vistosas, por sus ceremonias encaminadas á dominar, no solamente la conciencia con su moral y el entendimiento con sus dogmas, sino también el corazón por medio de su estética en acción. Cuéntase que hablaron sobre la oportunidad de dirigir al pueblo inglés una Encíclica; y Halifax dijo al Papa que consultase antes de dar tal paso con un prelado tan conocedor de Inglaterra como el cardenal Vaughan. Llamóse á éste, y se

presentó en el Vaticano con su corazón en los labios, diciendo cómo convenía, para grangearse mayores conversiones individuales, no apresurar el requerimiento á los ingleses de una conversión colectiva. Contrarióle mucho al Papa el consejo, pues se hallaba pagadísimo de su idea y escribiendo la Encíclica, hecha expresamente para los ingleses, pero la rectificó de grado, hasta convenir en un término medio, reducido á que la carta no dejaría de publicarse, aunque Halifax temía su publicación como dañosa ó inútil al objeto requerido, atenuarían mucho sus primeras fórmulas: y dirigirla más que con intentos de resoluciones definitivas, con conato de intento. En otros días una demanda de tal clase no se hubiera nunca enderezado desde la Santa Sede al pueblo de los enconados odios religiosos. Pero han los espíritus y los ánimos cambiado de tal suerte, que León XIII puede dirigir estas invitaciones sin recelo, é Inglaterra meditarlas sin escándalo. Cierto que ha contestado el Arzobispo anglicano de Canterbury al Papa dirigiéndole una invitación análoga; pero cierto también que todo el mundo cree posible un reingreso del Arzobispo de Canterbury en el Catolicismo y nadie cree posible un ingreso del Papa en el anglicanismo. Es más fácil volver á las antiguas creencias en sacerdotes de una religión nueva que abrazar esta religión nueva en los sacerdotes de la religión antigua. Recuérdanle los protestantes al Papa el origen de las querellas entre Roma y Londres, que trajo la separación, y dicenle cómo debería pasar él por los cánones de la nueva Iglesia, no ellos por los cánones de la secular y antigua. No quieren oír hablar de la confesión auricular, del culto á la Virgen, del perdón de los pecados por absoluciones eclesiásticas, de indulgencias plenarias ó parciales, de la comunión de los santos, de todo aquello en el antiguo dogma opuesto á los artículos que componen todo el credo anglicano. Pero cabe decir al célebre obispo protestante que, así como él rechaza estos misterios, dogmas, ritos, cánones de la Iglesia católica, los filósofos rechazan todos cuantos ritos y dogmas cree dignos él de ver-

dadero culto. Y ¿qué digo los filósofos? Hasta el protestantismo nacional se ha disuelto, y el clero se ha ido á los cuatro puntos cardinales en demanda de otras ideas ajenas á la religión anglicana. Verdaderamente curiosa la descomposición oficial del protestantismo en la Gran Bretaña. No se ha establecido éste con rigor en tiempo de Eduardo VI, cuando surge una secta que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena, llevó á Londres la herejía sociniana. Pues años más tarde, la secta holandesa, conocida con el nombre de arminia, rechaza, primero el dogma protestante de la predestinación, y luego la igualdad consustancial de las tres personas divinas. Un capellán de la embajada inglesa, John Hales, transportó el espíritu arminio á Inglaterra, después de haber mandado, como decía él, á pasear á Calvino, y de haber establecido aquella latitud amplísima de interpretación que ha dado nombre tan gráfico á su secta. En esta secta se alimentó á su niñez la escuela fundadora del protestantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura confianza en el criterio y en el testimonio de la razón. Así las sectas, que rompían la ortodoxia y la tradición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increíble multiplicidad. Los presbiterianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los independientes separaban las iglesias de todo Estado, concediéndoles interior autonomía. Los cuákeros derogaban todo privilegio eclesiástico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como sucedía en las antiguas iglesias apostólicas. Tomás Edggards contaba, en tiempo de la Revolución, ciento setenta y seis sectas heréticas diversas. Ante una tan grande atomización como ésta, habrán de confesar los prelados británicos la necesidad de una religión más una, y convenir en que no hay religión de unidad en su fe y de correlación entre sus dogmas, y de moral y estética sumadas en mandamientos universales y en ceremonias hermosísimas, como esta religión

católica reinante sobre latinos y helenos y esclavones y alemanes y escandinavos y hombres de todas las zonas y de todas las razas, mientras el protestantismo se recluye allá en el Norte y en el Oriente la religión de los griegos. Es el Catolicismo la base de una religión universal.

VIII

Mucho se impone á la general atención el espectáculo, por Guillermo II propuesto, para celebrar la reciente apertura del paso de Kiel, abierto entre el mar Báltico y el mar Norte; mucho el rudo litigio empeñado en la tierra clásica escandinava entre Suecia y Noruega, tratando siempre de su divorcio; mucho el triunfo de los radicales en Dinamarca y el discurso leído por un régulo como Alejandro de Serbia, justificando sus golpes de Estado y los cambios de constitución hechos á empuje de su voluntad tornadiza; mucho las desgracias acaecidas en Dalmacia é Istria por los terremotos, cual en los Vosgos de Francia por el rompimiento de pantanos y las muertes causadas á consecuencia de tal fortuito adverso caso; mucho la negativa del nuevo emperador moscovita Nicolás á redimir un poco el periódico ruso subyugado y calladísimo, como las próximas elecciones de Italia donde se congregarán en Junio los comicios y el interior movimiento de Inglaterra, donde también deberán reunirse los comicios en breve plazo; pero nada de tal interés como el voto emitido ahora mismo en Grecia, dirigiendo censura tan decisiva y fuerte al primer ministro de antes, á Tricoupis, que no ha salido siquiera diputado. Ninguno de los leídos en la historia contemporánea puede olvidar que la gobernación allá por Grecia

se dividía entre los señores Deyalnnis y Tricoupis, como en Inglaterra se divide entre Gladstone y Disraely, como en España entre Cánovas y Sagasta. Pues bien; el último de ambos en gobernar ha sido Tricoupis, derribado el año último por la intervención personalísima del príncipe heredero en unas manifestaciones contra su política, y sustituido por un ministerio de puro nombramiento real sin pase, sin voto alguno de las Cortes. Tricoupis no había pecado, ni por falta de patriotismo, ni por falta de honradez; al contrario, su amor de la patria le había conducido á soñar con excesivas grandezas, así militares como industriales, y su desprecio del vil metal á desatender los gastos pedidos por sus empresas y á pensar que las monedas caen sobre los gobiernos en su tesoro como caía el maná sobre los israelitas en su desierto. Así, un presupuesto de cien millones de francos se saldaba con déficit canceroso; la deuda iba sumando más de setecientos millones; los cambios con el extranjero subían á las nubes y andaban por los arroyos las exportaciones de pasa; excedían los pagos apremiantes y no satisfechos de treinta y cinco millones, hasta que tal cúmulo de trampas y atrasos y apuros trajo lo que no podía menos de traer; una irremisible bancarrota, la cual abrió insondable abismo de malcontento al pie del gobierno y se tragó al cuitado sin ventura Tricoupis. No puede suprimirse una contribución cualquiera en presupuestos con déficit; precisa traer tal beneficio en presupuesto con superábit. Al buen heleno se le ocurrió suprimir los consumos y compensar su ausencia con dos impuestos, con un recargo sobre la propiedad edificada ó edificándose unido á otro recargo sobre las patentes de industria y de comercio. Pero pasó lo que pasa con las reformas inoportunas siempre: los favorecidos no reconocieron el favor para nada y los agraciados sintieron el agravio con grande acerbidad. De aquí las manifestaciones, de las manifestaciones una intervención del príncipe, y de la intervención del príncipe otra intervención del monarca saludado como redentor por el pueblo, y de la intervención del monarca despedida de Tri-

coupis con llamamiento de Deyalnnis. No hay que confundir á éste señor, aunque tenga igual apellido, con su deudo, el estadista histórico, Teodoro Deyalnnis, según observa el eminente publicista Hervé, al exponernos en artículo magistral el estado de Grecia. Nicolás se denomina el llamado á los consejos de la corona por el rey, no teniendo más títulos para desempeñar la presidencia del Consejo que la predilección del rey por su leal y patriótica personalidad. Con efecto, Nicolás Deyalnnis, pariente cercano de Teodoro Deyalnnis, jefe supremo de uno en los dos antiguos partidos, que gobernaron á Grecia, se ha limitado á presidir las elecciones con toda imparcialidad, y se ha prometido á sí, como ha prometido al rey, dejar libre campo á quien designen los comicios, pues, en su delicadeza, ni candidato se presentó á la diputación. Existen hoy en Grecia de factores capitales para su política: Tricoupis, el derrotado, jefe de un partido; Deyalnnis, antiguo estadista, jefe de otro partido; Deyalnnis, el presidente, dirigiendo el gobierno y sin partido; Rally, cabeza de otro partido en formación; Canaris, viejo almirante de prosapia gloriosa, llevando un inmortal nombre cantado por Víctor Hugo y por lord Byron, el cual Canaris propone al rey sin escrúpulo dar un golpe de Estado sin tardanza; y los independientes, quienes allí también carecen de independencia, prontos á sumarse con todos los partidos y á entrar en todos los ministerios. Así es muy difícil señalar carácter á la mayoría salida de las urnas el 28 de Abril último; y hay que limitarse á un deseo, á que nuestra alma madre, la divina Grecia, sea tan feliz como merecen sus títulos en la historia y los servicios prestados por su genio inmortal á la humanidad y á la tierra.

EMILIO CASTELAR.

CRONICA LITERARIA

Las polémicas literarias.—De si son *criticables* los criticos.—*Poemas cortos*, por D. Gaspar Núñez de Arce.—*Moros y cristianos*, por D. Rodrigo Soriano.

El prólogo que puso á *Los Condenados* el Sr. Pérez Galdós ha traído cola, como vulgarmente se dice. Otros diversos *condenados*... por el tribunal de la crítica periodística se han alzado ante el público y han arremetido briosamente contra sus jueces y censores. Como ocurre siempre que se trata de asuntos opinables, hay pareceres diversos sobre la utilidad de estas polémicas literarias. Hay quien piensa que cuando la prensa, ó parte de ella, ha dictado su fallo sobre un drama, un libro ó un artículo, al autor no le toca más que callar, aceptando los aplausos y soportando sin protesta las censuras, so pena de incurrir en el pecado de soberbia y endiosamiento. Y hay quien cree que los periodistas pecan de atrevidos, y aun de irreverentes, metiéndose á censurar las obras de los literatos de fama, en vez de quemar en obsequio de ellos la ración de incienso de costumbre.

En mi sentir, hacen bien unos y otros : los periodistas, ó si se quiere los críticos de la prensa, en decir lo bueno ó malo que les parece de los escritos públicos, y los autores criticados en salir á la defensa de sus opiniones y de sus obras y acudir al público, que es el verdadero tribunal en estos asuntos, aunque sus sentencias no sean siempre conformes con la justicia, y aunque el tiempo las modifique y enmiende muchas veces.

La pretensión de que los juicios de la crítica periodística sean inapelables, de puro absurda es ridícula. Todo lo que se dice en los periódicos está sujeto á controversia y rectificación, y ¿no ha de estarlo lo referente á las letras? Basta que un diario publique la noticia de que cualquier Juan Fernández se ha suicidado, ó ha cometido un desfalco, ó ha huido con su novia, para que todos los Juanes Fernández á cuya noticia llega el caso, tengan el derecho de pedir que se aclare cómo no hay relación alguna entre ellos y el protagonista del suceso. Sin esta facilidad de discutir y rectificar los relatos y las apreciaciones de la prensa, resultaría imposible é inaguantable el régimen de publicidad en que vivimos.

Sería la mayor de las anomalías el que la prensa, que necesita más que otra institución alguna de este ambiente moderno de discusión y de libertad de ideas, viniera á raclamar en beneficio suyo el criterio antiguo del *magister dixit*. En una época en que la misma infalibilidad del Papa encuentra tantos incrédulos, no es fácil que la de cualquiera que se declara crítico, ó es reputado por tal, tenga muchos creyentes. Y lo mismo se les puede decir á los escritores que no quieren ser discutidos.

En nuestra sociedad tienen casi todas las clases cierta inclinación á declararse indiscutibles, tendencia que al cabo más les perjudica que les favorece. A esto se une la propensión á sublimar las cosas y á sacarlas de quicio; el ejército es una religión, la prensa un sacerdocio, la magistratura algo por el estilo. ¡Por Dios!, dejémonos de exageraciones, y no pongamos por las nubes las cosas de la tierra, que no dejan de ser lo que son porque las rodeemos de pomposas frases. A la prensa, más que á nadie, le conviene apartarse de estas pretensiones de inviolabilidad, aun en los asuntos que la interesen directamente.

Confórmense los críticos con ser criticados, y los que lo fueron por ellos no podrán sostener que se atenta á ningún respeto divino ó humano al discutir sus obras.

Lo malo que suelen tener estas polémicas es que el amor propio las envenena muchas veces y las saca de los términos de la moderación y cortesía en que todos debemos contenernos. Mas esto no afecta al fondo del asunto, y toca principalmente á la buena educación, ó, si esto pareciese excesivo, al *temperamento* de los que discuten. Fuera de este inconveniente, las polémicas favorecen á todos, no por el vano interés de meter ruido y de hacer de estas discusiones un reclamo, cosa fácil, dada la afición del público á las disputas, sino por razones de orden más elevado. Nada hay que ponga tanto tiento en la pluma como la creencia de que ha de ser discutido lo que se escribe. Y la discusión puede servir también para que disminuya el afán *dogmatizante* y la manía de hablar *ex-cathedra* y se reconozca que no hay un código literario, de cuyas fórmulas misteriosas sean guardadores los críticos, como lo fueron los patricios romanos de las del primitivo derecho de su ciudad. Por el contrario, la estética literaria es de lo más vago y opinable que hay, se *siente* en cada caso concreto mejor que se explica y se condensa en cánones.

En estos pleitos no hay ley que pueda aplicarse, sino solamente doctrina de los jurisconsultos, ó sea parecer de las personas entendidas, y quien verdaderamente sentencia es el público culto, no el de un momento dado, sino la sucesión de públicos que forma lo que se llama la posteridad. La crítica profesional, con todas sus pretensiones de constituir á modo de una *justicia histórica* de la república de las letras, no ejerce, en realidad, otra función que la de defensor ó la de fiscal. Y hay que reconocer que con esto tiene bastante y aun sobrada tarea.

*
* *

Quien no se quejará sin duda de la prensa, es el Sr. Núñez de Arce. Pocas obras han sido elogiadas tan calurosamente, y con tanta justicia, como sus *Poemas cortos*. La forma

poética (léase la versificación, que no es lo mismo) no acaba de desaparecer pese á los profetas del Ateneo. Los dos grandes éxitos literarios, posteriores al éxito de escándalo de *Pequeñeces...* han sido de dos poetas: Balart y Núñez de Arce. De *Dolores* se han agotado ya varios miles de ejemplares, y de los *Poemas cortos* se agotarán probablemente. Es posible que en el interés extraordinario que han despertado ambas obras haya entrado por algo la circunstancia de estar sus autores retraídos de las letras hacía tiempo. Así como el trato frecuente llega á inspirar hastío, el público suele cansarse también de los literatos que escriben mucho. Es la ley del hábito. Para ser vivas, no han de repetirse mucho las impresiones. De ahí que se acojan con particular predilección las obras de los escritores que se prodigan poco, aunque las de los Sres. Balart y Núñez de Arce no necesitaban, en verdad, de este atractivo para merecer cuantos aplausos han alcanzado, y más si cabe.

En los *Poemas cortos* encontramos al Núñez de Arce de siempre: poeta de siglo de oro, impecable en la forma, lleno de vigor en la expresión, clásico por la majestad y la magnificencia de las estrofas. Y con todo esto, la poesía interna de sus composiciones supera á la belleza de las formas métricas con que las engalana; sus versos son vestiduras espléndidas de los pensamientos; pero éstos conservan la supremacía, al revés de lo que les ocurre á otros poetas, en cuyas obras la música de la rima y los primores del lenguaje son como rico estuche de una joya falsa.

Y para pocos debe ser tan poderosa la tentación de la forma como para el autor de *Los Gritos del Combate*. No hay entre los poetas contemporáneos quien le iguale en sacar del habla castellana esos tonos grandilocuentes que la hacen lengua de dioses. La poesía de Núñez de Arce tiene la majestuosa serenidad de la escultura helénica.

El autor de *El Vértigo* siente hondo, piensa con elevación y expresa admirablemente sentimientos é ideas. Y en cuanto

á dominio de la versificación es, si no el único, por lo menos uno de los contadísimos poetas modernos capaces de vencer la monotonía casi inevitable de las octavas reales con la onda sonora de sus versos, la riqueza de las rimas, la varia inflexión de los acentos, y la energía y precisión de la frase. Su admirable poema *La última lamentación de Lord Byron* lo demuestra hasta la saciedad.

Aparte de méritos tan singulares, hay que reconocer que D. Gaspar va con la corriente. Muchas de las ideas que expresa de un modo tan magistral y tan verdaderamente poético, encajan á maravilla en el neomisticismo que domina ahora en tantos espíritus de tan diversas categorías. No quiero decir con esto que el Sr. Núñez de Arce rinda culto á las modas intelectuales recién venidas de la fábrica de donde solemos recibir estos figurines. Lo que en muchos es influencia del ambiente literario, parece en él inclinación espontánea del espíritu. El autor de los *Poemas cortos* es consecuente con el poeta de los *Gritos del Combate*.

*
* *

El primero de aquéllos titúlase *Crepúsculo vespertino*. Es el crepúsculo de la vida, desde el cual se contemplan con íntima melancolía, allá en la remota lontananza del recuerdo, las horas luminosas y rientes de la juventud, más hermosas recordadas que vividas, pues la imaginación las poetiza depurándolas de imperfecciones, y tienen para el alma el doloroso encanto del bien perdido, bien que no volverá, y que por lo mismo es máspreciado.

Esta contemplación retrospectiva de la vida, esta nostalgia de la juventud, de las cosas muertas, de los tiempos pasa-

dos, del primer amor, de las ilusiones y anhelos que nos sedujeron y agitaron, es y será siempre motivo de inspiración poética. Al mirar en ese crepúsculo lo que fuimos, al resucitar en la memoria tantas imágenes gallardas de cosas ya marchitas, tantos ecos dolientes de apagados entusiasmos y de sentimientos extintos, nos vemos tan diferentes de entonces, que casi nos sentimos otros; mas al remover estas cenizas de nuestro ser, algo nos habla al alma y nos revela la continuidad de la vida en medio de todas sus mudanzas.

En los admirables sonetos del *Crepúsculo vespertino* expresa el Sr. Núñez de Arce esa melancolía y seducción del recuerdo, que compara á

..... las lluvias otoñales
que hacen brotar en el desnudo campo,
quemado por el sol, flores tardías.

Muy hermosos también son los sonetos *Al Dolor*.

Podrán creer, los que no comulguen en la escuela de Schopenhauer ni tengan fe en la virtud purificadora que atribuyen al dolor las religiones, que la doctrina de la utilidad de ese *fuerte artista* (como dice el Sr. Núñez de Arce),

que el bloque humano sin piedad golpea
y el bien arranca de su entraña dura,

es una gran paradoja piadosamente inventada para consolar á los débiles de males inevitables, una de esas mentiras consoladoras con que se procura dorar la amarga píldora que tienen que tragar forzosamente los hombres. Podrá decirse que tan áspera medicina sólo sienta bien á temperamentos excepcionales; que el dolor engendra más monstruos y más abortos ridículos que héroes, más no puede negarse que hay ahí un brillante tema retórico, un asunto que ofrece dilatado

espacio á los vuelos de la poesía, creadora de mundos ideales muy distantes de la baja realidad de la tierra.

Semejante por el fondo, aunque su forma es diferente, pues está escrita en ese endecasílabo libre que con tanta facilidad y maestría maneja el Sr. Núñez de Arce, es la composición *Leyendo el monólogo de Hamlet*. Aquí se trata también del mal y del dolor, de su compensación futura, de esa gran esperanza de una justicia ultraterrena que sostiene á los hombres en medio de las adversidades de la vida y sirve de puntal á la moral y de complemento al Código. Lo que dice el insigne poeta no es nuevo, pero ¡lo dice tan bien...!

La Esfinge (otro de los *Poemas cortos*) expresa un pensamiento menos consolador; es una alegoría del misterio de la naturaleza asistiendo indiferente al espectáculo de los dolores humanos. La caravana avanza por el desierto: á lo lejos se alza la esfinge

impenetrable y muda como el cielo.

De pronto se levanta el *simum*, que arrolla á los desventurados caminantes:

Y cuando vuelve á sosegarse el llano,
allá, ciega y brutal como el Destino,
corta la Esfinge el término lejano.

Pasemos por alto otros sonetos primorosos: *Miniatura* (digno de su título sugestivo), *A un agitador*, *Grandeza humana*, y detengamos la atención un instante en *El unico día del Paraíso*. Que el Edén durase un solo día, es creíble por la brevedad que suelen tener las cosas excelentes, y porque, siendo tan cándidos nuestros primeros padres y tan astuta la serpiente, no necesitaría mucho tiempo para engañarlos. No está libre, sin embargo, el Sr. Núñez de Arce de que le

salga por ahí algún teólogo poniendo reparos á la cosa. De todas suertes, era necesario que la duración del Paraíso fuera tan breve en el Poema, para que pudiera describirse en él el asombro y el terror de la primera pareja al ver ocultarse el sol y llegar la noche.

En este poema hay una novedad... de indumentaria. En vez de las hojas de higuera de que habla el texto bíblico, Adán y Eva

... con rigida piel de blanca oveja
cubren su cuerpo macilento y laso.

Indudablemente se hacía entonces la ropa más de prisa que ahora. Nuestros sastres modistas y curtidores tienen ahí un precedente histórico propio para avergonzarlos.

También me ha dicho un naturalista amigo mío el cual no transige con las licencias poéticas cuando le tocan á la marina,—quiero decir, á la fauna ó á la flora, ó siquiera al reino mineral,—que no le convence por completo aquello de que

... en la gran dispersión del Paraíso
sólo queda á las plantas de su dueño,
aullando de terror, el can sumiso.

Pero así como respecto de las debatidas naranjas del Olimpo, ha dicho con oportunidad *Clain*, que aunque no existieran en Grecia ni en Judea antiguamente, bien pudo Zeus hacerlas traer de la China para su uso particular y el de los demás dioses, es posible que el perro de Adán conservase la mansedumbre que tuvo en el Paraíso y que luego sus descendientes se volvieran bravíos para que los hombres tuvieran el trabajo de domesticarlos.

En fin, si hay polémica sobre el caso, no estará de más buscar un espiritista de confianza que se ponga al habla con

el ánimo de nuestro primer padre, para que nos saque de dudas y de confusiones, si es que al cabo de tanto tiempo recuerda lo del can.

*
* *

Anuncié en la *Crónica* anterior que tenía el propósito de hablar del libro del Sr. Soriano, *Moros y Cristianos*. El autor fué uno de los periodistas que estuvieron en Melilla y acompañaron después al general Martínez Campos en su embajada á Marruecos. Y es muy posible que de aquel viaje y aquella embajada no hayamos sacado ni saquemos, en limpio otra cosa que el haber dado ocasión para que se escribiera un libro interesante, como lo es este.

Ya antes de que publicara esta obra, los trabajos periodísticos del Sr. Soriano, y en particular su *Conferencia con Emilio Zola*, publicada en *La Epoca*, y luego en un volumen, le habían dado á conocer como uno de los escritores más brillantes de la nueva generación. Su nuevo libro confirma plenamente las esperanzas que hicieron concebir sus anteriores escritos. En las páginas de *Moros y Cristianos* han tenido más ancho campo en que desarrollarse las cualidades que dan á Rodrigo Soriano su ejecutoria de escritor, ejecutoria legítima y ganada por el propio esfuerzo, como las de los fundadores de las casas hidalgas, no de aquellas que se falsifican con la inconsciente complicidad del bombo, cuyo alcance no aprecia las más de las veces el que maneja el instrumento, bien ajeno de que imita á Dios haciendo reputaciones de la nada.

En el libro del Sr. Soriano resalta esa rara facultad de *ver* las cosas en su aspecto artístico, que es indispensable para describirlas con verdad y color. La lectura de *Moros y Cristianos* deja una impresión de naturalidad, de llaneza y de desdén de los efectismos literarios, que es uno de los mayores atrac-

tivos de la obra. No pretende su autor hacer un estudio profundo de Marruecos, uno de esos libros que se escriben con tantos afanes y que por lo común no se leen. ¡Líbreme Dios de ser africanista!, dice en el prólogo, comprendiendo que no es fácil llegar á conocer un país con sólo permanecer en él unas cuantas semanas. Sus *Notas de viaje*, como llama modestamente al libro, son una amena serie de impresiones artísticas, recogidas en un pueblo, que por el vivo contraste que presenta con Europa, ofrece tantos motivos de observación. No se busque tampoco en las páginas de *Moros y Cristianos* un Marruecos poético de romance morisco. La pintura que hace el Sr. Soriano del viejo y carcomido imperio del Mogreb, respira sinceridad. Nos presenta á Marruecos tal como debe de ser, á juzgar por los sucesos que allí ocurren y por las muestras que de vez en cuando nos envía. País de colores chillones, de músicas salvajes, de barbarie al natural, sin barniz alguno que la encubra, de cabezas cortadas puestas por trofeo en las puertas de sus ciudades, de látigo y de sangre, de esclavos y de abominaciones al estilo de la Pentápolis; país que vive en plena Edad Media, ratrasado seis ó siete siglos, y, con todo esto, orgulloso y satisfecho de sus costumbres bárbaras, lleno de desprecio hácia una civilización que no comprende, bien avenido con el fanatismo y la suciedad, enemigo declarado del jabón y del progreso, indiferente á cuanto ocurre más allá de sus fronteras, sumido en la somnolencia de la pereza y del estancamiento.

Frente á ese Estado, que se desmorona día por día, como un viejo edificio de cuya conservación no cuidan sus moradores, pone el Sr. Soriano la Argelia, con sus ciudades modernas, en que hormiguea una población cosmopolita, sus ferrocarriles, sus cafés cantantes, establecidos no lejos de las mezquitas y sus moros afrancesados. En tal ó cual paraje una inscripción borrosa, un escudo despedazado, recuerda antiguas proezas españolas, que nos dieron tierras que no supimos conservar. Es posible que los que llegaban de Melilla leyeran en estos res-

tos de grandezas remotas un epitafio de nuestras conquistas en Africa.

También las escenas de Melilla han inspirado hermosas páginas al Sr. Soriano. El cuadro del fusilamiento del penado, por ejemplo, es admirable, pero, á mi entender, la parte mejor del libro es la que trata de Marruecos.

Tiene el autor de *Moros y Cristianos* originalidad y gusto depurado y excelente. Esto, unido á la flexibilidad y soltura de su estilo y á la viveza de su imaginación, explica la rapidez con que ha logrado conquistarse un puesto distinguido en el periodismo y en las letras, y hace esperar mucho de un escritor que tan brillantemente ha comenzado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

CONTINUACION

A este propósito añade á su obra un epílogo («De como dise el Arcipreste que se ha de entender este libro»). Dice que su libro, tomado según el sentido literal, el *texto*, es mezquino y «pequeño», pero que se le debe reconocer verdadero valor («antes es bien grand prosa») por la significación (glosa), bien entendida, que se encierra en el fondo de él. Por lo demás él no ha querido instruir simplemente, sino á la vez recrear:

«Por vos dar solas a todos fablévos en gugleria»,

y revestir su fin principal, que es llamar la atención de los sencillos hacia los peligros del loco amor mediante ejemplos que nos avisen de las caídas, con sentencias y poesías de arte no común:

«Fue compuesto el romance por muchos males e daños,
Que fassen muchos e muchas a otros con sus engaños (1).»

(1) Tal vez esto de «versos extraños» es una expresión que denota formas métricas inusitadas; pues Robert of Brunne (*Appto Pref. to Peter Langtoft*, pág. xcix), emplea una expresión análoga: «Rhyme Strangere» que Tyrwhitt cree poder entender diciendo: Sospecho que es más bien un nombre general, que incluye toda especie de rimas no comunes, que apro-

Siguen algunas poesías más en honor de la Virgen María, pues ella es «comienzo é fin del bien», con lo cual da por terminada su obra, aunque no por cerrada para siempre:

«Porque Santa Maria, segund que dicho he
Es comienzo e fin del bien, tal es mi fe,
Fisle quatro cantares (1), et con tanto faré
Punto á mi librete, mas non lo cerraré (2).»

piado á una especie en particular. (V. su *Essay on the language and versification of Chaucer*, parte III, lib. V, not. 56, que antecede á la edición de «*Canterbury Tales*».)—¿No habrá querido indicar tal vez, y esto es lo más verosímil, al decir eso el poeta español, los alejandrinos, *versos franceses* y por lo tanto *extraños* versos, en que está compuesta la mayor y más importante parte de su libro?

(1) Estas cuatro «Cánticas de loores de Santa María» están en la edición de Sánchez en las páginas 275-279 (coplas 1.640-1.661, el número 1 y el 3 mal divididas por Sánchez y la última con buena distribución. La segunda de estas poesías se halla también en la «*Floresta*» de Faber, tomo I, números 1 y 2), pero quedan aún otras dos poesías sobre los siete gozos de la Madre de Dios (gozos de Santa María; coplas 1.609-1.623) y otra que contiene la salutación angélica (del Ave María de Santa María; coplas 1.633-1.639). Los versos iniciales de las estrofas desde la segunda á la sexta están formados por el texto latino: «*Dominus tecum—Benedicta tu—In mulieribus—Et benedictus fructus—Ventris tui.*» Está con un estribillo de cuatro versos y décimas de versos de ocho y cuatro sílabas. Estas poesías son, en cuanto al artificio de las estrofas y la colocación de la rima, de una forma especialmente artística en general. Están todos ellos en versos cortos de cuatro hasta ocho sílabas con diversas colocaciones de rima, á menudo muy artísticas, y en estrofas de seis hasta diez versos, algunas con un estribillo. En todos estos cantos se lamenta el poeta á su Santa Patrona de los sufrimientos inmerecidos que tiene que padecer aún por mucho tiempo, y le ruega que le liberte pronto de su prisión ó que le dé la muerte. Y sin embargo ¡en tan triste estado corporal y de ánimo podía aún inventar una obra tan llena de agudas invenciones y de graciosas ocurrencias! El genio no conoce cadenas.

(2) Me parece que el poema satírico sobre la conducta inmoral y la vida de los clérigos de Talavera (Cantiga de los Clerigos de Talavera; coplas 1.662-1.681), es en efecto una adición compuesta posteriormente, después de la terminación arriba citada de su libro, adición que, por lo demás, no está en conexión alguna con lo anterior. Esto resulta más verosímil si se tiene en cuenta que este poema no está incluido en el más antiguo de los tres manuscritos conocidos, en el de Salamanca. Pero es

Creo haber puesto al lector mediante esta reseña en buena disposición para juzgar por sí mismo si deshonro al gran Cervantes al comparar con él á nuestro poeta. ¿No se halla acaso también en este la ingeniosa facultad inventiva, la descripción de caracteres y costumbres viva y llena de íntima verdad, porque están aquellas tomadas fielmente del natural, una viveza de exposición que llega á las veces hasta el efecto dramático, un gracejo jocoso, y ante todo aquella profunda ironía que lo penetra todo, cualidad que es completamente propia de los españoles, y que sólo encuentra digno parangón en el humor británico, pero con la cual no admite comparación alguna el juguetón ingenio de los franceses, la parodia burlesca de los italianos, ni la sátira bonachona y pedantesca de los alemanes? Reflexiónese en la diferencia de tiempos y de cultura, y se podrá disculpar suficientemente la rudeza de la forma, los pegotes místico-ascéticos y el rudo é inflexible lenguaje de nuestro Arcipreste, de tal modo, que no le habremos de considerar tan sólo como un poeta que descuella sobre el nivel de su siglo y de todos los contemporáneos suyos que vivieron dentro de aquella época, sino también por uno de los más conspicuos de toda la Edad Media (1).

indudablemente de nuestro poeta, pues lleva el sello de su genial peculiaridad y de su ingenio jocoso. La copla 1.675 contiene un pasaje notable para la historia literaria:

«Ca nunca fue tan leal Blancaflor a Flores,
Nin es agora Tristan a todos sus amores.»

(1) Si se considera entusiasta este juicio, óigase el de Sánchez, que era ciertamente hombre frío y reposado (páginas iv y x): «Pero el Arcipreste fixó nueva y ventajosa época á la poesía castellana, así por la mucha y hermosa variedad de metros en que ejercitó su ameno y festivo ingenio, como por la invención, por el estilo, por la sátira, por la ironía, por la agudeza, por las sales, por las sentencias, por los refranes de que abunda, por la moralidad y por todo. De suerte, que hablando con todo rigor, podemos casi llamarle el primer poeta castellano conocido y el único de la antigüedad que puede competir en su género con los mejores de Europa, y acaso no inferior á los mejores de los latinos.» Y si á Sánchez se le tiene

Pero aparte del lugar que haya que asignar á su obra respecto á la literatura de todos los tiempos por su intrínseco valor poético, aparte de ser una verdadera joya para la historia de las costumbres españolas en la Edad Media y para la lingüística, es de altísima significación sobre todo para la historia de la poesía y la métrica españolas.

Si consideramos ante todo la forma de esta obra en su conjunto, veremos que pertenece á aquel género poético originariamente oriental que fué entonces trasplantado al Occidente, género en que me he ocupado con más extensión al juzgar el *Conde Lucanor*. Pues las aventuras amorosas que nuestro poeta finge haber pasado, no son sin duda alguna más que el *bastidor* en que une y entreteje una serie de apólogos, esto es, narraciones, fábulas, chistes, etc., con intención de *instruir*; sólo que ha sabido fundir íntimamente esta envoltura con las restantes partes de su obra, y darle, en vez de una fatigosa uniformidad, un interés sustantivo y propio, mucho mejor que supieron hacerlo las que llegaron á ser más renombradas de entre las imitaciones de los mismos modelos orientales (1).

como editor por parcial, véase lo que dice Quintana (l. c., tomo I, páginas xxvii-xxix): «Vencía este autor á todos los anteriores, y pocos le aventajaron después, etc...»; y *Ocios de Esp. emigrad.*, tomo v, páginas 457-458.

(1) Lemcke ha caracterizado muy bien el libro del Arcipreste y fijado su peculiar valor poniéndolo en paralelo con el *Conde Lucanor*, (l. c., página 293): «Cuán completamente cuadraba entonces al espíritu español al apólogo, lo prueba la circunstancia de que un genio de una organización completamente diversa, el famosísimo Arcipreste de Hita, Juan Ruíz, no pudo hallar una vestidura más adecuada para sus latigazos satíricos que el apólogo precisamente. Hizo del más comprensivo de sus poemas, el relato de sus propias aventuras amorosas, un extenso bastidor según el modo oriental, y le llenó de fabulillas, jocosos relatos, etc., como ilustración de su sabiduría en cosas de amor, sacada de la experiencia, cubriendo con un baño azucarado la tendencia moral de todo ello... Pues este bastidor, que pretende ser moral, no es, después de todo, sino una simple capa, que juzgaba necesaria el malicioso poeta para envolver sus picantes y jocosas historietas; nada más que una concesión que hacía á la dirección espiritual de sus compatriotas, que no podían comprender un relato sin

Sus fábulas, cuentos y chistes no están sacados tan sólo de fuentes latinas de la Edad-Media, sino en gran parte de los franceses del Norte, siendo, por lo tanto, su obra una prueba más de que, fuera de las poesías de los provenzales, también las de los *troveros* tuvieron influjo sobre la poesía castellana, relación que hasta hoy se había casi pasado por alto. No se le puede negar, sin embargo, á pesar de esta derivación de su materia, originalidad y dotes de inventiva; pues ha arreglado esas historias con un tacto siempre muy propio y la mayor parte de las veces acertado, nacionalizándolas y localizándolas con toda fortuna.

Pero uno de los aspectos más dignos de atención en su obra es el que por ella se nos pone en claro la relación íntima que entonces guardaban entre sí la poesía popular y la artística castellana; pues creo que con este ejemplo y el que antes he presentado en el infante D. Juan Manuel he probado suficientemente la afirmación de que *la lírica propiamente nacional de los castellanos salió de la poesía popular*, que ésta á su vez

aplicación moral. Toda su manera de exponer prueba que la moral para él, si no pretexto, era por lo menos cosa accesoria; lo que quiere sobre todo es contar, contar con gracia, hacer pequeñas obras de arte, que tengan valor aun sin aplicación utilitaria alguna, y hubiera de seguro dado de mano á toda la moral, si hubiera podido presentarse en aquel tiempo y ante sus compatriotas como poeta meramente narrativo.—En esto, y no simplemente en las *traces d'une éducation différente*, como piensa A. de Puibusque, en esto se debe buscar, aparte de otras diferencias, la que hay entre la obra del Arcipreste y el *Conde Lucanor*.

Casi podría yo creer que el Arcipreste quiso titular la colección de sus poesías: *Libro de buen amor*, que designaría la homogeneidad de su principal contenido y su tendencia total; pues dice ya en la copla 907, cuando se reconcilia con *Trota-conventos*:

«Por amor de la vieja e por desir rason,
Buen amor dixee al libro e a ella toda rason.»

Y aún más significativo lo que dice al final, cuando recomienda su libro, copla 1604:

«Pues es de *buen amor*, emprestadlo de grado,
Non desmintades su nombre, nin dedes refertado,
Non le dedes por dineros vendido nin alquilado,
Ca non ha grado, nin gracias, nin *buen amor* complado.»

fué enriquecida y perfeccionada por los *poetas eruditos*, y que abrió el camino á la *poesía cortesana*, que muy pronto había de ser la predominante en la poesía erudita lírica, aun en Castilla, mientras se conservaban más puros en la poesía popular los elementos y formas genuinamente nacionales de la lírica.

No menos merecen nuestra atención, ni apoyan menos la expresada afirmación las *combinaciones métricas* de que se sirve nuestro Arcipreste en las partes propiamente *líricas* de su obra. Pues aun cuando haya él mismo inventado algunas de estas, como quiere Sánchez (l. c., pág. x), la mayor parte de ellas constan de versos de seis y ocho sílabas (versos de redondilla menor y mayor), distribuidos en estrofas *cortas* y unidos por rima en *consonantes* ó perfecta.

Ahora bien; esta es ciertamente *la forma más antigua de las poesías populares españolas* (1), así como también en otros idiomas románico-germánicos el verso *octosílabo* fué sobre todo ya desde muy temprano la versificación propia de los cantos *no artísticos, populares* (2).

Hallamos además que nuestro poeta los usa la mayor parte de las veces mezclados con aquellos versos cortos de *cuatro* hasta *seis* sílabas (de pié quebrado). Obsérvese también que emplea todos estos versos cortos solamente en las poesías propiamente líricas, destinadas, conforme al origen natural de este género poético, á ser *efectivamente cantadas*, y que habla del

(1) Comp. Sarmiento, l. c., pág. 171 y sig.—y para mayor desenvolvimiento, mi ensayo «Sobre la poesía de los romances de los españoles.»

(2) Comp. Diez, *Die Poesie der Troubadours*, pág. 107 y sus *Altrom. Sprachdenkmale*, pág. 108.—Sus *Zwei altroman. Gedichte* (Bonn, 1852, 8, páginas 5 y 36);—y Tyrwhit *Essay on the language and versification of Chaucer*, página III, L. VIII, nota 6, que cita un pasaje de Robert of Brunne, en que éste nombra al verso octosílabo por oposición al *strange rime, light rime* y nota expresamente que había escrito en esta medida *for luf of the lewed man*», para solaz del ignorante, esto es, para el pueblo, en versificación popular, y Tyrwhitt añade: «Los más antiguos poemas franceses, hasta el fin de la duodécima centuria, están todos (?) en este metro; pero, al inventarse el alejandrino, parece ser que el verso octosílabo fué quedando confinado por grados á composiciones más ligeras.»

acompañamiento musical de estas cantigas, mientras que en las estrofas alejandrinas *narra y enseña*. Así se reconocerá por su ejemplo la influencia que ejerció la *música* sobre el desarrollo de la lírica (1). Fuera de éstos se halla también en él una especie de versos de doce sílabas (cóplas 1.019-1.040) que son el primer eco, por decirlo así, de los luego tan usados «versos de arte mayor.» Compárese, finalmente, el mecanismo complicado y regular de sus estrofas y la rima artística y variada de sus poemas líricos con la sencilla estrofa alejandrina, la rima uniforme y los pareados, únicas formas corrientes hasta entonces en la más antigua poesía artística castellana, y se admirarán estos progresos y servirán de ocasión para llegar á la sospecha de que también aquí, como entre los franceses del Norte, ha hallado lugar una imitación mediata ó inmediata (2) de la *poesía provenzal*, que se había desarrollado sobre todo en este respecto (3).

Su obra es á causa de esta multiplicidad (Sánchez, l. c., contaba hasta diez y seis distintas combinaciones métricas, aunque considera como estrofas alejandrinas muchas poesías, que, como hemos visto, estaban compuestas en otra medida) un verdadero *manual* de la rítmica española antes del siglo xv, y se ha mantenido fiel á la promesa que dió en su prólogo en prosa («Et composelo otrosi a dar algunas lecciones e muestra de metrificar... que fis complidamente segund que esta ciencia requiere»), de tal manera que se le puede llamar en este respecto el Iriarte de la Edad Media.

Esta obra del Arcipreste de Hita parece haber llegado á gozar de tal consideración en la literatura castellana que un hombre

(1) V. Martínez de la Rosa: Obras lit., tomo I, páginas 163-165.

(2) Hoy no puede dudarse de que la influencia provenzal en Castilla fué casi siempre *mediata*, por el camino de Galicia.—(M. M. y P.)

(3) Comp. Diez, l. c., páginas 83-103 y 249-252;—y Roquefort *De l'état de la poésie franc.*, páginas 70-71.—El pasaje que insertamos en seguida de su prólogo en prosa muestra que acaso conoció el Arcipreste la *Gaya ciencia*, ó sea la poética sistemática de los trovadores (*maestros cantores* provenzales) más recientes.

como Pero López de Ayala (1) no se desdeñó de tomarla por modelo en más de un respecto. He de hablar aquí más á mis anchas del «Libro ó Rimado del Palacio (2)» de este hombre, céle-

(1) Pero López de Ayala el Viejo, como le llama el marqués de Santillana para diferenciarle de su hijo del mismo nombre, era de una de las primeras casas de la nobleza castellana. Nació en Vitoria en 1332, gozó de gran predicamento con cuatro reyes de Castilla (Pedro, Enrique II, Juan I y Enrique III), y alcanzó las primeras dignidades del reino, siendo finalmente gran canciller de Castilla. Pero tuvo dos veces la desgracia de ser reducido á prisión, á saber: la una en el año 1367 en la batalla de Nájera, donde peleó al lado de D. Enrique contra el hermano de éste, D. Pedro el Cruel, y donde fué cogido y llevado á Inglaterra por los ingleses aliados de éste, y la segunda vez, siendo ya de edad avanzada, en la batalla de Aljubarrota por los portugueses el año 1385. Murió de setenta y cinco años de edad en Calahorra, en el año 1407. V. *Crónica del S. R. Don Juan II... por Fernán Pérez de Guzmán, con las generaciones y semblanzas del mismo*. Valencia, 1779», fol. páginas 587-588; el cual pinta así el carácter moral de su tío, López de Ayala: «Fué de muy dulce condición y de buena conversación, y de gran conciencia, que temía mucho á Dios. Amó mucho las ciencias, dióse mucho á los libros é historias, tanto, que como quiera él fuese asaz caballero y de gran discreción en la práctica del mundo, pero naturalmente fué inclinado á las sciencias. E con este gran parte del tiempo ocupaba en leer y estudiar, no en obras de derecho, sino en filosofía é historias... Amó mucho las mujeres, más que á tan sabio caballero como á él se convenía.» Comp. también Sarmiento, l. c., páginas 323-329; Sánchez, l. c., tomo 1, p. 106-112; y Capmany, *Teatro hist.-crit. de la elocuencia esp.*, tomo 1, páginas 50-51, en que se halla reseña de las demás obras de Ayala. La biografía que dejó manuscrita D. Rafael de Floranes: «Vida literaria de P. L. de Ayala», ha sido editada en los tomos XIX y XX de la «Colección de documentos inéditos» (Madrid, 1851-52), obra cargada de cosas extrañas al asunto, y que contiene poco de nuevo. De él, como historiador, hablaré más adelante.

(2) Esta obra no era conocida más que de nombre antes de Sánchez y se la tenía por perdida. Sánchez descubrió dos manuscritos de ella, y pensaba publicarla junto con la «Crónica en verso del conde Fernán González» en el tomo V de su tan citada colección. (V. Sempere: *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, tomo V, página 98, art. Sánchez.) Desgraciadamente se interrumpió la continuación de esta obra notable. Han prestado, por lo tanto, un verdadero servicio á la más antigua literatura de su patria los traductores de Bouterwek al dar por lo menos una reseña y extracto de estos poemas, ciertamente muy dignos de atención. (Nota N., páginas 138-162, el apéndice más importante de su traducción) y es muy de desear que la Real Academia Española lleve á

bre como escritor sobre todo por su Crónica del rey Pedro el Cruel de Castilla, si bien la colección de sus poesías según toda probabilidad fué acabada entre los años 1398 y 1404 (1). Esta obra tiene en el manuscrito de Campo-Alange el siguiente sobrescrito: «Este libro fiso el honrado cavallero Pero Lopez de Ayala, estando preso en Inglaterra, é llámase el Libro del Palacio.» (El Marqués de Santillana en su á menudo citada carta, según Sánchez, l. c., tomo 1, pág. 57, dice de Lopez de Ayala: «escribió... un libro que fizo de las maneras de palacio, é llámaronlo Rimas», y Pérez de Guzmán en su lista de los escritos todos de Ayala, lo cita así: «é otro libro llamado Rimado de Palacio», título singular que puede entenderse «Libro en rimas acerca de la vida de palacio»). Pero contiene más de lo que indica este sobrescrito, pues las 1619 (según Gallardo, 1633) coplas de que consta, abarcan, no sólo consejos acerca de la dirección de una corte bien ordenada y doctrinas acerca del arte de gobernar para los reyes y grandes del reino, sino que también, oponiendo el *debe ser* al *es*, y explicándose por lo tanto desde el aspecto negativo, descripciones satíricas del estado en

cabo una impresión completa de ella (a). Hasta tanto, son las únicas fuentes (que me propongo utilizar concienzudamente) estos extractos y los de Gallardo (en la notable carta que bajo el nombre de *Fórnoles*, escribió en las «Cartas españolas», Madrid, 1832, tomo vi, pág. 209 y siguientes y 262 y siguientes, y en la «Revista española» 1832, pág. 411 y siguientes) y de Amador de los Ríos (en el *Semanario pintoresco*, 1847 pág. 411 y siguientes.)

(1) Esto lo prueban los siguientes pasajes, en que habla repetidamente del conocido cisma que se produjo en la Iglesia por una doble elección papal, cisma que empezó en 1378:

«Ca veynte de cisma son años pasados.»

y más adelante hacia el fin:

«Oy son veynte é cinco años cumplidos
Que por mal pecado comenzó la cisma.»

(a) El *Rimado de Palacio* ha sido publicado íntegro por primera vez en el tomo de *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, que coleccionó D. Florencio Janer para la *Biblioteca de Autores Españoles*. — (M. M. y P.)

que entonces estaban la Iglesia y el Estado, de los vicios y locuras de las diferentes clases, y sobre todo de los abusos entonces dominantes en Castilla; descripciones hechas con gran franqueza, con todo el conocimiento de las cosas propio de un estadista que llegó á subir á tan elevados puestos y que tomó parte en las más importantes empresas, y bosquejado todo con el sano juicio de un pensador tan agudo y tan observador de su tiempo, que le hace de valer para todo investigador de la historia (1). Fuera de esto hay intercalados todavía más poemas líricos, que contienen, ya consideraciones ascético-morales, ya la expresión de sentimientos y estados del alma, ya cantos de alabanza ú oración místico-piadosos, dedicados sobre todo á la Virgen María. Creo un deber para con mis lectores el comunicarles aquí en lo esencial el extracto que han dado de esta obra los traductores españoles de Bouterwek, que son los que por primera vez la han dado á conocer en cierto modo (2).

También esta obra, conforme al uso de la Edad Media, empieza con un sumario del credo, y con oraciones y consideraciones piadosas. El poeta invoca ante todo la gracia de Dios, para pedirle el perdón de sus pecados, y con corazón contrito hace confesión de ellos (Primeramente fase la confesión), y enumera los diez mandamientos («aquí comienza de los diez mandamientos»), los siete pecados mortales, las siete obras de mise-

(1) Cuando Sismondi dice de esta obra «que fué escrita con el propósito de hacer odioso al rey D. Pedro el Cruel y de ganar para su hermano los corazones de los españoles» es que le ha engañado, por esta vez, su don adivinatorio, puesto que ha soltado esta afirmación tan terminante á la buena de Dios, dado que su fuente, de donde sacó todo lo que dice de este poema, á saber el primer pasaje que inserta Sánchez, no contiene palabra alguna acerca de esto, mientras que el ya conocido extracto contradice suficientemente tal afirmación. ¡Sólo que un historiador genial se sobrepone á semejantes mentís!

(2) Este análisis de Wof se resiente, como no podía menos, de la falta de conocimiento del poema íntegro. Véase el capítulo concerniente á Ayala en el tomo v de la *Historia de la literatura española* de Amador de los Ríos; y la introducción al tomo iv de mi *Antología de poetas líricos castellanos*. — (M. M. y P.)

ricordia, las corporales, los cinco sentidos y las siete obras espirituales (1). Después de esto se lamenta el poeta del cisma que surgió en su tiempo en la Iglesia por la elección del anti-papa de Aviñón Clemente VII (Roberto de Ginebra, 1378-1394) y de Benedicto XIII (Pedro de Luna, 1394-1417) y vitupera con gran brío y agudeza la corrupción é inmoralidad que dominaba entonces entre tantos servidores de la Iglesia, con lo que se hacen indignos de su santa vocación («de los Prelados é Corte Romana, é otros Clérigos»). Viene ahora á su tema principal: Consejos á los príncipes para que gobiernen recta y prudentemente (del gobernamiento de la República, é de los Consejeros del Rey»), para lo cual pide les venga ayuda é ilustración de lo alto, previniéndoles ante todo de los malos consejeros. Aquí describe entre otras cosas las intrigas de los proveedores y prestamistas *judíos*, dañosos entonces, y sobre todo en España, para el pueblo y el gobierno, y de los consejeros desleales de los reyes, corrompidos por ellos:

«Después de esto llegan Don Abrán, Don Simuel,
Con sus dulces palabras que vos parescen miel,
E fascen una puja sobre los de Isrrael
Que monta en todo el reyno cuenta é medio de fiel, etc.»

Pinta también muy bien la adulación de los interesados favoritos:

«Quando en el consejo la questión es propuesta,
Luego cata el priuado aquel cabe se acuesta
La voluntad del Rey, é va por esa cuesta
Cuydando á su casa leuar buena respuesta.»

(1) En la «Floresta» de Böhl de Faber se hallan tres poesías de esta obra de Ayala según el manuscrito de Campo-Alange, la última de las cuales (tomo 1, núm. 5) debe de estar tomada de esta introducción dogmático-ascética. Como en esta pide ya á Dios (gran tiempo ha) que mitigue sus padecimientos y le libre de la cárcel (librame de cuitas, de cárcel, etc.), es verosímil que empezara su obra, durante su larga y pesada prisión, es decir, en Inglaterra.

Cierra este capítulo poniéndoles á los consejeros del rey ante los ojos su gran responsabilidad, é instruyéndoles acerca de sus deberes. Después de esto pinta las diferentes clases de la sociedad burguesa por su reverso, con una sátira muy mordaz á las veces, y ante todo los embustes y engaños de los mercaderes. (Aquí comienza de los mercaderes):

«Pidran cinquenta doblas una vez por un paño:
Si ven que estades duro ca entendedes el daño
Dis: por treynta lo do, mas nunca él cumpla el año
Si non costó quarenta ayer de un ome extraño.»

Después la codicia y falta de conciencia de los abogados. (Aquí comienza de los letrados.)

«Si quisieres sobre un pleyto d'ellos aver consejo,
Ponense solemnemente, luego abaxan el cejo:
Dis: «grant question es esta, gran trabajo sobejo:
El pleyto sera luengo, ca atañe á to el concejo.
Yo pienso que podría aquí algo ayudar
Tomando grant trabajo mis libros estudiar;
Mas todos mis negocios me conuiene á dexar,
Et solamente en aqueste vuestro pleyto estudiar.
Finca pobre el cuitado é el bachiller se va.»

Tampoco perdona á los militares que procuran por rapacidad y avidez poner en guerra á pueblos y reinos, y que con placer de los moros instigan á unos cristianos contra otros. («Aquí habla de la guerra»). Lo que dice después de la alta misión de los jueces y de los deberes de la justicia, sobre todo de la que castiga, es cosa que honra su corazón, tanto más cuanto que este era su círculo propio de acción («Aquí habla de la justicia»). Más de un endurecido juez de lo criminal de nuestro filantrópico tiempo podría sentirse avergonzado al leer las siguientes expresiones de su colega de la bárbara Edad Media:

«Muchos ha que por cruesa cuydan justicia fer,
Mas pecan por la maña, ca justicia ha de ser

Con toda piedat é la verdat bien saber,
Al fer la execucion siempre se han de doler.

.....
Puedo fablar en esto, ca en ello ove á faser.»

Pinta luego con mucha propiedad las bajas triquiñuelas de los magistrados desleales en el arriendo de las rentas públicas, porque en vez de cuidarse del bien de la comunidad que les está encomendada, procuran sacar ventajas aún prohibidas de su cargo entendiéndose con negociantes judíos («Aquí comienza de los arrendadores»).

«Las rentas de la villa quando se an de arrendar
y llegan los alcalls por de ellas encarnar,
Fablan unos con otros por la siempre abaxar,
Pues y veen oficiales quien osará pujar?

Al traues vien un judio é dis: alcall señor,
Pues vos deuen salario, á la villa es mejor
Que ayades vos las rentas por un prescio menor,
Antes que otro ninguno sere yo el cogedor.

Ayais buena ventura, respondele el alcalde,
Las rentas del concejo non las quiero de valde,
Mas dadles por mi tanto por la villa é arabalde,
Si vieres fabla alguno fablad con él, pechalde.»

No menos, prosigue, procuran estos poco limpios magistrados, si cogen la pista de alguna muchacha casadera de buena casa (casamiento fino) que haya en la ciudad, casarla por su influencia predominante con alguno de sus parientes ó favoritos, por lo cual les queda alguna recompensa, como es natural (Aquí comiençan casamientos):

«Para costa de bodas siemprel's paga la sal.»

Cierra este notable capítulo con una enumeración de las virtudes que dan asiento á la superioridad de una ciudad, y de las faltas que deben evitar (de los Regidores).

Vuélvese aquí de nuevo á las más altas regiones de la vida de palacio. («Aquí comienza de los fechos del Palacio»), de cuya

felicidad tan trabajosa de alcanzar y á la vez tan pasajera sabe hablar por experiencia, como experimentado palaciego que era:

«Grant tiempo de mi vida pase mal despendiendo,
Señores terrenales con grant cura sirviendo:
Agora ya lo veo é lo vo entendiendo,
Que quien y mas trabaja mas yra perdiendo.

.....

Si por yr á mi casa licencia les demando,
Despues á la tornada nin se como nin cuando,
Fallo mundo rebuelto, trastornado mi vando,
E mas frio que nieve en su palacio ando.»

Pinta después las intrigas y vicios de los corrompidos cortesanos en los empleos de la corte y de la ciudad, y cierra esta sección alabando las bendiciones y saludables efectos de la paz. Esto le da ocasión de recomendar á todos el amor á la paz, la caridad cristiana, el desprecio de todas las riquezas y todos los aparentes goces terrenales, la consideración de la muerte, etc., consejos que explica y comprueba por medio de ejemplos, citas de sentencias de otros y resultados de su propia meditación; y finalmente trata del buen uso de la riqueza («Consejo para toda persona»).

Pero en seguida vuelve á su asunto favorito, las máximas de un gobierno y régimen de la república sanos («Consejo para gobernamiento de la Republica»).

«Como es de la riqueza asi es del gran poder, etc....»

Como hombre de la profesión, se detiene, naturalmente, con singular complacencia en los deberes de la justicia; pero lo que dice acerca de ella honra á su corazón no menos que á su inteligencia, como por ejemplo:

«Deuen ser los jueces en todo alonados,
Ricos de posesiones é de virtud dotados,
De todas buenas mañas é bien asesegados,
Que non sean crueles á los pobres cuytados.»

Pero la quintaesencia de sus puntos de vista políticos se contiene en el siguiente capítulo: «Fabla de nueve cosas para conocer el poder del rey (1)», el cual quiero insertar aquí completo y tal como le da mi fuente para dar una muestra algo más extensa de esta obra notable y á la vez de un asunto tan á menudo tratado:

«Nueve cosas yo fallo con las que tu veras
El grant poder del Rey quel'conosceras,
Las seis son en el regno que las aqui sabras.

Si sus enbaxadores enbia bien ordenados,
Caualleros buenos, doctores muy letrados,
Con buen aportamiento é bien acompañados,
De los que á ellos veen luego seran notados.

Algunt Principe grande muy cierto sera,
El que tal enbaxada onrrada enbiara:
El que nunca le vio luego le notara
E su fama muy grande non la olvidara.

La segunda si veen su carta mensagera
En nota bien fermosa, palabra verdadera,
En buena forma scripta é con fermosa cera
Cerrada, bien sellada con dia, mes é era;

Si veen su moneda que es bien fabricada,
De oro é de plata redonda bien cuñada,
Rica de buena ley en todo bien guardada,
Esta es la tercera señal del muy granada:

.....
Que sean las sus villas de muro bien firmadas,
Grandes torres, fuertes, altas, bien almenadas,
Las puertas muy fermosas é mucho bien guardadas
Que diga quien las viere que estan muy bien ornadas.

Otro si sus posadas que parescan reales,
Alcaçares muy nobles é otras cosas atales,

(1) Este capítulo es el último citado en la lista del contenido del manuscrito aprovechado. Parece ser que con él se cierra la obra propiamente satírico-didáctica, que fué trabajada por el poeta siguiendo un plan determinado y como un todo coherente; pues lo que sigue todavía son, en parte, adiciones evidentemente posteriores, que no guardan conexión con lo precedente, y en parte poesías líricas de ocasión agregadas á capricho, como por ejemplo, las elegías y querellas que compuso durante sus dos cautiverios y en las que nos ocuparemos.

Unas fuertes é rescias, otras llanas eguales,
Labradas muy fermosas de buenos menestrales.

Otro sy el regnó tenga oficiales onrrados,
Jueses é merinos, buenos adelantados,
Todos de conciencia ricos é abonados,
E en guardar la justicia sean bien avisados.

.....

Para servir á Dios aya toda vegada
Su capilla muy noble, muy rica apostada,
De nobles ornamentos fermosa, bien ornada,
De buenos capellanes muy bien acompañada.

Otro si en su consejo aya onbres onrrados,
Ancianos caualleros é notables prelados,
Buenos omes, maduros doctores é letrados,
Esten cabe su estrado todos bien asentados.

.....

Otro si sea su casa en todo muy granada,
Su mesa bien seruida, solepnemente onrrada,
Su camara guarnida, mucho bien apostada,
E de gente valdia su puerta muy dubdada.

Aquestas nueve cosas que suso he contado:
Face á cualquier Rey crescer el su estado,
En onrra é en prouecho dende sera onrrado:
Quien las bien considiere non lo terna errado.»

Añade todavía algunas observaciones sobre los deberes del rey y sus favoritos (1).

(1) Aquí parece ser inexacto nuestro extracto y haber saltado algo esencial, pues Sánchez (l. c., páginas 110-111) cita precisamente el capítulo transcrito más arriba «de las nueve cosas para conocer el poder del Rey», que, según su numeración empieza en la copla 603 y añade: «Continuando (el poeta) en la copla 704, habla de su prisión, pidiendo á Dios y á la Virgen le saque de ella, lo que hace por medio de cantares con sus estribillos conforme al uso de aquellos tiempos. Sin interrumpir el hilo en la copla 784 da gracias á Dios por su libertad. En la copla 794, hablando del cisma que tanto afligía á la Iglesia, dice, etc.... Prosigue éste y dice en la copla 811:

«Oy son veinte é cinco años cumplidos, etc....»

pasaje que nuestro extracto coloca inmediatamente después de lo arriba transcrito. Uno de estos cantares mencionados por Sánchez, en que el poeta habla de su dura prisión «en tierra extraña», parece ser el que publica

Sigue á éste una larga poesía, en que se lamenta una vez más del infeliz cisma de la Iglesia, que duraba ya *veinticinco años* completos (1). Amonesta á los príncipes á que no traten

Faber (l. c., núm. 4) que es ya muy notable en el respecto métrico por lo artístico del artificio de las estrofas y de la rima. (Octavas de versos octosílabos, con rima cerrada y un *estribillo* en cuarteta, «encadenadas» además las coplas entre sí y con el estribillo.) Por lo demás no puedo suscribir á la opinión de Sánchez, que quiere probar precisamente por esta sucesión y encadenamiento de los cantares que el sobrescrito arriba citado del manuscrito de que él se sirvió, contiene un dato falso cuando asegura que Ayala escribió esta obra durante su prisión en Inglaterra, puesto que de lo hasta hoy publicado no resulta que se invalide ese dato, sino que más bien es corroborado por la precitada poesía introductoria (v. Faber, l. c., núm. 5). Y aun podía muy bien lamentarse entonces del cisma, que comenzó, como es sabido, en 1378, pues que no tenemos dato alguno anterior á su liberación y retorno á España sino el de que se halló en 1385 en la batalla de Aljubarrota, donde volvió á ser hecho prisionero. Por lo demás, el trozo que Sánchez publicó con esta ocasión concuerda con los pasajes citados, puesto que hasta la expresión «en tierra extraña» citada por él y que ocurre en la poesía que nos da Faber (l. c., núm. 4), cuadra mucho mejor á Inglaterra que á Portugal unida estrechamente con Castilla y considerado por los reyes castellanos como herencia de su reino. Pero inmediatamente después de esto da gracias á Dios por su liberación. En seguida viene la poesía en que se lamenta por segunda vez del cisma de la Iglesia, y de donde ha sacado Sánchez los pasajes comprobantes. Pero ya he hecho observar en la nota precedente que la obra propiamente satírico-didáctica, como formando un todo, se cerraba con el capítulo mencionado, y que desde aquí en adelante no se halla conexión alguna; considero, por lo tanto, los pasajes aducidos como pertenecientes á apéndices y añadiduras compuestas más tarde, y escritas en el mismo manuscrito que la obra principal sólo por casualidad ó capricho. La otra objeción traída á este efecto por Sánchez, que no le hubiera sido posible al poeta escribir obra de tal extensión en una cárcel estrecha y oscura, es demasiado superficial para merecer refutación seria. Es objeción que queda debilitada suficientemente por la exposición propia, tan natural como sencilla, del poeta, como veremos pronto. Tampoco Gallardo ni Amador de los Ríos concuerdan con la opinión de Sánchez (a).

(1) Es natural que esta disensión fuera sentida en lo más profundo en la altísima unidad precisamente de los nobles y creyentes ánimos de aquel tiempo y que los llenara de dolor y descontento. De aquí que nuestro poe-

(a) Conocido ya íntegramente el *Rimado de Palacio*, es imposible dudar de que fué compuesto durante el segundo cautiverio de Ayala, es decir, después de la jornada de Aljubarrota.—(M. M. y P.)

un suceso tan importante con tanta indiferencia y espíritu interesado como hasta entonces, pues sólo un Papa podía ser el verdadero, y quien defendiera al ilegítimo sería un «falso abogado». Recomienda como el mejor remedio para aquel mal tan profundo de la cristiandad un Concilio universal de la Iglesia é invoca como prueba el tercer Concilio toledano, que tan felizmente sirvió para la extirpación de la herejía arriana. Se dirige sobre todo al soberano de su patria, á Enrique III de Castilla (1390-1407) y le provoca, como á fiel protector de la santa fe, á que proceda vigorosamente contra la tibieza y la intriga de los débiles y los malos, para devolver á la Iglesia la paz tan anhelada desde hacía tiempo. Siguen aún algunas poesías en que una vez más suplica á la Virgen María le conceda la liberación de su cautiverio (1). Es digno de atención aquí, cómo y por qué la había compuesto, según lo declara en las estrofas introductorias de la misma:

«Quando enojado é flaco me siento,
 Tomo grant espacio mi tiempo pasar
 En faser mis rimos, syquier fasta ciento,
 La tiran de mi enojo é pesar:
 Pues pasa mi vida asi como viento,
 Oy si non cras sin mas y tardar,
 Por me consolar este es fundamento,
 Non esponder tiempo en ocio é vagar.

.....

ta, expositor del sentimiento común de su tiempo, trajera ese suceso tantas veces á colación. El mismo asunto ha tratado, por ejemplo, nuestro Pedro Suchenwizt en una obra propia. (V. en sus obras editadas por Primmer Wien, 1827, 8. núm. xxxv, *Von tzmwain pabsten*, pág. 107-109.)

(1) Esto de tratar repetidamente el mismo asunto en la poesía precedente y en ésta, parece querer decir que fué compuesta en una ocasión semejante, posteriormente á las citadas más atrás, que tienen el mismo contenido y están unidas á su gran obra. Es, pues, muy verosímil que compusiera esta última poesía durante su segundo cautiverio en Portugal después de la batalla de Aljubarrota, lo cual parece corroborarse por la misma expresión «en las mis prisiones.»

Della (de la Virgen María) fise yo algunos cantares
 De grueso estilo quales tu veras
 Aquí luego, e sy bien lo catares,
 La mi devoción pequeña entenderas,
 Que con versetes conpuestos á pares (1)
 Materia ruda non lo tacharas:
 Si por tu gracia de mi te acordares,
 Que biuo en montañas segunt que sabras.»

De este pasaje se deduce claro que precisamente *durante sus dos cautiverios*, para no hacer intolerable del todo por una ociosa atonía el tiempo ya por sí pesado de semejante situación, se refugió en la poesía, y que compuso esta obra, en gran parte por lo menos, para consuelo y distracción de sí mismo y para utilidad y provecho de otros (2), y no, como Sánchez cree, «en la libertad, y en España», puesto que un hombre que como Ayala tomó una parte tan activa en la embrollada vida de la corte y del Estado, debía disponer en tiempos tan agitados de pocas horas libres física y espiritualmente, horas tales cuales las exigen las musas, aborrecedoras de todo tumulto, además de que él, como historiador y docto, creía, según su opinión, deber dedicarlas á trabajos más importantes y serios, como prueban sus numerosas obras restantes.

Finalmente, se dirige el poeta á las dominicas de Quijana

(1) Es de saber que estos cantares están compuestos en versos cortos de seis y siete sílabas (por lo tanto «á pares» esto es, pareados, puesto que dos de ellos forman un alejandrino ó verso largo) y en estrofas y rima semejantes á las ya citadas. Uno de ellos se halla impreso en Faber (l. c., número 3).

(2) Quien quiera tomar aquí las palabras mismas del poeta por una «ficción poética» como le pasa á Sánchez, no ha penetrado profundamente en el génesis de la vida poética, acaso por preocupación prosaica. ¡Cuán acertadamente, por el contrario, ha mostrado y caracterizado Rosenkranz (*Gesch. d. Deutschen Poesie in Mittelalter*, páginas 570-571) el poder de replegarse en sí mismos como la aptitud de los poetas ético-didácticos, presentándonos el ejemplo de Thomasin de Tirkeleren!—Lo que se reclama como aislamiento artístico del poeta, es cosa á que les obligaron las circunstancias al Arcipreste de Hita y á Ayala, y acaso esta fué la ocasión y condición del génesis de sus obras.

(convento de monjas en las cercanías de Vitoria, fundado en 1365 por el padre del poeta, Hernán Pérez de Ayala), para que le consigan la liberación mediante sus ruegos á la Virgen María; pero se propone sufrir entre tanto su suerte con paciencia y resignación, siguiendo á Job como modelo, y amonesta á los demás al ejercicio de la virtud apoyando su doctrina con el ejemplo (1).

Sánchez (l. c., pág. 112) ha observado ya que Ayala ha imitado mucho al Arcipreste de Hita, sobre todo en las partes líricas de su obra, á lo que podría haber dado una ocasión bastante próxima la semejanza de las circunstancias externas en que se hallaron, es saber, la larga y pesada prisión sufrida por ambos. Acaso haya que atribuir precisamente á esta circunstancia, como ya se ha hecho notar, el que ambos se hubieran determinado á la composición de una gran obra *satírico-didáctica*; pero el carácter fundamental en estos dos poemas es, sin embargo, completamente distinto; no tanto la elección de materia, aquí accidental y condicionada naturalmente por el humor y por circunstancias extrínsecas, sino más bien el modo de tratarla y la forma que constituye esencialmente el elemento poético, la composición y exposición. Pues el genial é inventivo Arcipreste ha objetivado y personificado, por medio de un fondo que lo abraza todo, sus opiniones, doctrinas y experiencias; Ayala da las suyas sin ningún velo poético, sencillamente, pero coordinadas de un modo más sistemático que si se tratase de meras observaciones. *Aquel* se puso á sí mismo como punto medio concreto de su creación, y concentró las direcciones divergentes de su obra en el curso de su vida propia, efectivo ó inventado; *éste* se ha colocado *fuera* de su poema y *sobre* él, apareciendo su contenido como resultado de la reflexión general, y estando cada una de sus partes en relación de paralelismo

(1) Según Gallardo, empieza éste, como él le llama, «Glosar según san Gregorio el libro de Job, aplicado á sus propios quebrantos», con la copla 893; y llena todo el resto del manuscrito de Campo-Alange hasta la copla 1633, con la que se interrumpe, «sin bastantes señales de concluir la obra».

mo. *Aquel* gusta de la vestidura simbólico-alegórica, y está en esto más cerca de sus modelos orientales; *éste* se acerca más á la forma de los poemas propiamente didácticos, no sin vistas acaso á los patrones antiguos clásicos, pero todavía dentro de la inorgánica falta de conexión de las primeras imitaciones medioevales (1). El Arcipreste ha comprendido en toda su profundidad lo necesario de la corrupción humana, é intentado mostrarlo por una ironía que compenetra toda su obra; Ayala se detiene más en la superficialidad de su manifestación, y la fustiga con el látigo de la sátira.

Mucho más aún se enlaza Ayala con los más antiguos poetas castellanos y sobre todo con el Arcipreste de Hita, respecto á la versificación y el artificio de las estrofas (2); la parte satírico-didáctica de su obra está compuesta, por lo común, en las conocidas estrofas alejandrinas, y en los cantares propiamente dichos se sirve con preferencia de los versos de seis y de ocho

(1) V. Rosenkranz, l. c., páginas 569-570.

(2) El marqués de Santillana dice (Sánchez, tomo I, pág. LVII): «Entre nosotros usose primeramente el metro en asaz formas, así como el libro de Alexandre, los votos del Pavon: é aun el libro del Arcipreste de Hita. E aun de esta guisa escribió Pero López de Ayala el Viejo un libro», etc. Esta comparación de Ayala con los más antiguos poetas castellanos no parece ser arbitraria ó fundada en negligencia del orden cronológico, sino que es de seguro intencional y debida al más exquisito tacto, puesto que Ayala, tanto por el espíritu como por la forma, pertenece más á la antigua escuela artística nacional que á la «Arte de la Poetría» provenzal, transplantada en su tiempo á Castilla. El marqués habla de los poetas de esta última escuela inmediatamente después, y nos presenta también aquí con exactitud su proceso evolutivo, nombrando primeramente á los trovadores gallegos y volviendo á los castellanos hasta Alfonso el Sabio. La poesía provenzal originaria y las más recientes lemosina y catalana habíalas ya mencionado antes. En general esta carta del marqués de Santillana es un documento de altísima importancia para la historia de la más antigua poesía castellana, y da, bien entendida, las mejores revelaciones; la culpa está, por lo tanto, tan sólo en Bouterwek mismo, si creía que «de esta carta no se puede aprender mucho». Sánchez ha reunido en su comentario, con diligencia de coleccionador crítico, muchas importantes noticias, pero no ha hecho resaltar lo debido ni ha sabido utilizar el mérito capital del texto, la exacta reseña del proceso evolutivo del arte poético castellano.

silabas. Por otra parte, no se puede menos de reconocer en esta obra de Ayala una significativa aproximación á las formas de la poesía cortesana, que dominó casi exclusivamente en el siglo xv en el campo de la lírica; pues las poesías líricas relacionadas con aquélla constan en su mayor parte de estrofas de ocho versos (coplas de arte común), y las no destinadas propiamente al canto (decires) de versos de doce sílabas además (versos de arte mayor), versos cuyas octavas sólo en la rima se diferencian de las «Coplas de arte mayor», tan usadas en el siglo xv. Por lo demás, supo Ayala también confeccionar con mucha perfección poemas contruidos artísticamente, según las reglas de la «Gaya Ciencia», alguno de las cuales obtuvo la honra de figurar en el *Cancionero de Baena* (1). Por lo tanto en las obras de este poeta es donde se ve claro el paso del más

(1) Véase en el *Cancionero de Baena* (ed. de Madrid, 1851, páginas 549-555) la «Respuesta» que dió Pero López de Ayala á una «Pregunta» de Ferrán Sánchez Calavera. La última octava contiene los siguientes importantes pasajes para la historia de la métrica:

«Dexado este estilo asy comenzado,
 Quiero vos, amigo, de mí confesar,
 Que quando vuestro escripto me fue presentado,
 Leyera un libro do fuera fallar
 Versetes algunos de antiguo rrymar,
 De los quales luego mucho me pagué,
 E sy son rrudos, á vos rogaré
 Que con paçençia vos plegua escuchar.»

Estos versos, que siguen á los precedentes («estos versetes conpuso Santo Ambrosio») son *alejandrinos*; en las conocidas estrofas de cuatro versos, que eran tenidos entonces por de «antiguo rimar» y «rudos», mientras que él mismo parece cambiarlos no de mala gana por los del nuevo estilo («dexando este estilo»). — Debía yo mencionar ya aquí, para mayor exactitud cronológica, á Pero Gómez, Pero González de Mendoza, Alonso González de Castro, al Arcediano de Toledo y á Garci-Fernández de Jereña, poetas todos del siglo xiv; pero por una parte apenas se conoce de estos poetas más que sus nombres y por otra parte pertenecen por el espíritu y por la forma más bien á la escuela de los poetas cortesanos del siglo xv, así es que dejo el tratar de ellos más por extenso para cuando tenga ocasión de hablar del *Cancionero de Baena*, en que se hallan algunos de sus poemas.

antiguo y más racional arte lírico poético á la más reciente poesía cortesana de Castilla, formada según los modelos provenzales; habiendo yo mostrado ya los grados de preparación y desarrollo de ella en los ensayos líricos de Alfonso el Sabio, de D. Juan Manuel y del Arcipreste de Hita.

Debo todavía mencionar aquí algunas poesías que por el tiempo de su composición y por su dirección espiritual pertenecen todavía por completo al siglo XIV, al paso que se muestra ya en su forma métrica algún influjo de la poesía cortesana. Hasta hace poco no se conocían estos poemas más que por mezquinas reseñas que habían dado de ellos, Sánchez en la introducción á su colección (tomo I, páginas 179-184), y Rodríguez de Castro en la *Biblioteca española* (tomo I, páginas 198-201) según un manuscrito de la Biblioteca del Escorial que los contiene todos. Ahora ya están impresos la mayor parte de ellos.

Sólo del primero de estos poemas nos ha llegado el nombre del autor y algunos datos exactos del tiempo de su composición. Ambas cosas se sacan del sobrescrito del mismo, que dice así: «Consejos y Documentos del judío rabí Don Santo al Rey Don Pedro», y en la primera estrofa se llama el poeta á sí mismo: «Santob, judío de Carrión», lugar de Castilla la Vieja de donde tomó su nombre, como lugar de su nacimiento ó morada (1). También á este cita el marqués de Santillana en su carta (según Sánchez, tomo I, pág. 59), como contemporáneo de su abuelo, Pero González de Mendoza (muerto en 1385), y disculpándose de colocar á un *judío* (2) junto á hombres de elevada alcurnia,

(1) El poema se halla, no sólo en el manuscrito del Escorial, citado por Castro, sino también en otro manuscrito de la Biblioteca nacional de Madrid, de donde lo tomó Ticknor para imprimirlo completo en el apéndice décimo. En éste se da el nombre del autor, Santob, esto es, Schemtob, mejor que en el manuscrito del Escorial (Santo). Comp. sobre esto lo que dice Amador de los Ríos. *Estudios*, etc., pág. 305 y siguientes. Steinschneider, *Jewis Lit.* (London, 1857, pág. 350) y Catal. Lib. hebr. in Bibl. Bodl., columna 2519.

(2) Que el poeta *no* abjuró la fe de sus padres se ve claro, no sólo por este pasaje de la carta del marqués de Santillana, sino también por sus palabras

añade: «Púsele en cuento de tan nobles gentes por gran trovador». De las estrofas introductorias á estos «Consejos y documentos al rey Pedro el Cruel de Castilla» se saca que el poeta había ya alcanzado la vejez cuando los escribió («en mi seso de viejo»), y que había sido tenido en consideración ya por el padre de aquel rey, Alfonso XI (1312-1350); así es que hay que poner el tiempo de su florecimiento en la mitad del siglo XIV. La obra suya de que aquí tratamos es un poema didáctico-moral, ó más bien una serie de sentencias (*proverbios*, como los denomina muy bien el marqués de Santillana), llenas de saludables enseñanzas y reglas de vida, dirigidas al rey Pedro el Cruel de Castilla, á quien amonesta á que imite el ejemplo de su esclarecido padre. No es, por lo tanto, su valor poético, como sucede con la mayor parte de los poemas de la misma clase, grande, la concepción de la vida es muy exterior, el círculo del pensamiento muy limitado, con muchas repeticiones y difusiones del mismo tema; pero la colección de proverbios es siempre notable por el lenguaje y la versificación. En el texto dado por Ticknor, según el manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid y comparado por los traductores españoles de aquél con el manuscrito de la Biblioteca del Escorial, consta la colección de 626 (en Ticknor 627)

mismas, como lo ha probado suficientemente Sánchez (l. c., tomo IV, páginas 13 y 14) contra Castro. Parece, por lo demás, haber compuesto otras obras poéticas además de esta, pues el marqués de Santillana dice expresamente de él que «escribió muy buenas cosas, é entre las otras proverbios morales de asaz, en verdad, recomendables sentencias». Es completamente claro que aquí con esto de «Proverbios morales» se quiere indicar la obra arriba nombrada, citando inmediatamente el marqués un pasaje de ella. Pero es muy cierto que los poemas didáctico-morales que se hallan en el mismo manuscrito que esta obra y de los que hablaré en seguida, no pueden proceder de este poeta, que permaneció fiel al judaísmo, como piensan Castro y Amador de los Ríos, y lo supuso ya antes que ellos Sánchez, que rectificó su error más tarde (tomo IV, pág. 12); pues ya el simple título, y mucho más el espíritu y contenido de los mismos, prueban que han sido compuestos por un cristiano con sujeción estricta al modo de pensar y á las ideas dogmático-ascéticas entonces corrientes en general. Compárese también en Ticknor la contradicción á los fundamentos de Amador de los Ríos.

estrofas ó semi-estrofas (1), según que se considere á todos los versos como cortos, de siete ú ocho sílabas, ó como hemistiquios de versos largos (alejandrinos de catorce ó diez y seis sílabas), con rima que salta (ó rima de cesura). Serían por lo tanto estos proverbios notables para la historia de la versificación

(1) El número de estrofas que dan Castro, Amador de los Ríos, Ticknor y sus traductores españoles, de 476, es inexacto según la impresión que tenemos á la vista. La exacta comparación emprendida entre ambos manuscritos (véase en el iv tomo que ha aparecido de la traducción española de Ticknor, en las adiciones, páginas 425-430, donde los traductores mismos hacen notar al final: «Tales son las *notables variantes* que presenta el códice del Escorial cotejado con el de la Biblioteca nacional; *variantes* de tal especie, que casi nos hacen sospechar sea una redacción posterior y mejorada de la misma obra. Sólo así se explica la *falta de identidad* que se nota en uno y otro») da en general por resultado que, no sólo se separan en muchas particularidades significativas, sino también en el orden y número de las estrofas en general, así por exclusión de series completas como por la inclusión de muchas estrofas, y precisamente más en el prólogo métrico (el en prosa falta por completo en el manuscrito de la Biblioteca del Escorial). En las notas á la traducción alemana de Ticknor me había yo pronunciado siguiendo principalmente á éste y contra mi anterior opinión por las estrofas alejandrinas, porque yo los tenía por más fundados en vista de la declaración del número de estrofas (23) del prólogo métrico en el prosaico y creía poder abandonar la numeración de estrofas de mis predecesores. Pero ahora tengo tanto menos escrúpulo en volver á mi anterior suposición de las estrofas cortas, seguida por todos los demás críticos, cuanto que el poema ya citado acerca de la lucha del alma y del cuerpo, el hallado por Pidal, que es aún más antiguo que este de que tratamos, pertenece también al género didáctico y está escrito en versos cortos de siete hasta ocho sílabas. Acaso pueda hacerse valer para *esta* opinión la expresión que ocurre en la segunda estrofa: «Comunalmente trovado»; pues las coplas de arte *común* se llaman así, por oposición á las largas, ó de arte mayor, precisamente porque constan de versos cortos, casi siempre de redondillas octosílabas; pero también en estos proverbios se nos presentan á menudo versos octosílabos, y pareados además, como en las estrofas 23-28 (páginas 334-335 de la traducción española de Ticknor). Así es que se lee también en un Decir de Villasandino (en el *Cancionero de Baena*, pág. 185):

«Por arte nyn maestría
Mas por la comun trobando»;

y este poema consta realmente de redondillas octosílabas con dos *pies quebrados* (de cuatro sílabas) en cada estrofa.

española, no sólo por tan temprana aplicación de los versos de siete sílabas (versos de endecha) en caso de que se los tomara enteramente por tales, sino también por el modo de rimar aplicado ya de tal manera en aquel tiempo y en que se muestra innegable el influjo de la lírica artística. Las sentencias se destacan á veces con suma viveza, y hasta con precisión y agudeza epigramática, al paso que otras tienen todo el carácter de los proverbios populares, y deben ser contadas entre las más antiguas muestras de ellos que conocemos (1).

Hállase en el mismo códice de la biblioteca de El Escorial una obra de autor desconocido, pero seguramente cristiano, un poema didáctico (*tratado* es el nombre que el mismo autor le da) sobre los dogmas fundamentales de la *Doctrina Cristiana*. Lleva un prólogo en prosa, en que el autor se arrepiente de sus pecados y pide á Dios perdón por ellos. La razón que da de haber puesto la *Doctrina* en verso, es que no dirige su poema á los sabios teólogos, monjes y prelados, sino á los laicos, y principalmente á los niños.

Esto pensé ordenar
Para el niño administrar
Porque es malo de espulgar
El zamarro.

Después de ésto, expone en ciento cincuenta y siete estrofas el *Credo*, los diez mandamientos, las siete virtudes cardinales, las obras de misericordia, los siete pecados capitales, los cinco sentidos corporales y los sacramentos. A continuación

(1) Véase Helfferich y Clermont, *Aperçu de l'histoire des langues neolatines en Espagne*. (Madrid, 1857, 8.º, páginas 50-51.) Dan, según el manuscrito de Madrid, el título del poema en esta forma: *Libro del Rabi Santob*, observando que presenta grandes discrepancias con el códice de El Escorial, y son también de opinión de que el Rabi Santob no puede ser autor de ninguno de los otros poemas contenidos en el códice escurialense. Helfferich observa también en su *Raymund Lull* (Berlín, 1858, 8.º, § 108) que las sentencias de Santob parecen muy imitadas de los *Proverbios* de Salomón.

describè los trabajos y peligros del mundo, y da algunas instrucciones para la vida cristiana, y algunos consejos morales sobre la conducta que el hombre debe observar con sus prójimos, especialmente con los mayores en edad, con los parientes y con los criados. Por esta sumaria exposición del contenido se podrá comprender fácilmente que este poema pertenece á la clase de aquellos que la Edad Media produjo por espíritu de bien intencionada devoción, pero á los cuales es imposible conceder ningún género de valor poético. Las estrofas constan de tres versos octosílabos y monorrimos, seguidos de un quebrado sin rima (1).

El asunto de la tercer obra contenida en el manuscrito de El Escorial queda muy bien especificado transcribiendo su sobrescrito que dice: «La danza general de la muerte, en que entran todos los estados de gente». Pertenece, pues, á aquella clase de poemas provocados por una epidemia que, empezando ya á principios del siglo XIV, pero sobre todo desde mediados de él, se difundió en general, cebándose entonces en toda Europa; la epidemia conocida bajo el nombre de la peste negra. Entonces aparecieron esos poemas que procuraban exponer poéticamente una representación peculiar y propia de la caducidad de la vida humana, y que más tarde dieron cuadros ó grabados en madera como aclaración y moraleja, y que juntamente con éstos se hicieron famosos en el siglo siguiente bajo el nombre de *danzas de la muerte* (2). Todas estas exposiciones poéticas y gráficas tuvieron su origen en escenas

(1) Son realmente una variedad de las *Rimes couées* tan abundantes en toda la poesía eclesiástico-popular de los tiempos medios. Véase mi obra *Veber die Lais*, § 43 y 227. Véase para más extensa noticia y extracto de la *Doctrina Cristiana*, á Amador de los Ríos, l. c., páginas 330 335 (a).

(2) A lo dicho acerca de esto por Gräse (obra citada, II, 1, pág. 146 y sig.), Ticknor (I, 77) y por mí (*Ein Span. Frohnleichnamsspiel vom Todtentanz*. Wien, 1852, 8, pág. 22) añádase: J. G. Schultz Jacobi, *De vederlandsche Doodendans*, Utrecht, 1849, 8; Hans Holbein's *Initialbuchstaben mit den Tod-*

(a) La *Doctrina Cristiana* fué publicada en el tomo de Janer *Poetas anteriores al siglo XV*, quedando con tal publicación cortada toda disputa acerca del nombre de su autor, que en ella misma se expresa: Pedro de Verague.—(M. M. y P.).

y representaciones dramático-corales de la Iglesia (v. Carpentier, *Glossar. s. v. Machabaeorum chorea*) (1); si bien de este uso no tenemos una noticia histórica segura que sea anterior al año 1424. Se tiene por la más antigua alusión á este género de representaciones un pasaje de *Pierce Plow'mans Visions*, obra que se pretende sea de Roberto Langland (escrita hacia 1362) (2). Pero no se puede indicar entre los hasta hoy dados á conocer ningún poema *exclusivamente* dedicado á este asunto que sea más importante ni más antiguo que *este español*, sea original, ó, como es muy verosímil, imitación de una obra *francesa* que subsistiera por sí, ó simplemente un comentario poético de una obra de arte que se ha perdido ó que nos es desconocida, ó bien de una representación mímica; pues el que haya sido compuesto en el siglo xiv es cosa en cuyo favor habla más de una circunstancia. Ante todo, está escrito de la misma mano y en el mismo manuscrito que otros poemas que evidentemente pertenecen á este siglo (como el arriba citado del Rabi Santob), manuscrito cuyo carácter de letra han reconocido como de este siglo conocedores tan peritos como Castro y Sánchez. No faltaban además en España, desde mediados del siglo xiv, aquellas ocasiones exteriores, cuya coincidencia de

tentanz... Con una disertación histórica acerca de la Danza de los muertos de A. Ellissen, Göttingen, 1849, 12; Georges Kastner: *Les danses des morts. Dissertations et recherches historiques, philos., litter. et musical. sur les divers monuments de ce genre qui existent ou qui ont existé tant en France qu'à l'étranger. Accompagnées de la Danse macabre, etc.* París, 1852, 4; Fortuol: *Etudes d'archéologie et d'histoire*, tomo I, París, 1854, 8, pág. 321. *Etudes sur les poèmes et sur les images de la danse des morts* (sobre todo página 344, núm. iv, sobre la «Danza general de la muerte» española), pero sobre todo el notable trabajo de W. Wackernagel *Der Todtentanz* en el *Zeitschrift für deutsches Alterthum*, Bd. ix (Leipzig, 1853, páginas 302-365) de Haupt, en que se desenvuelve genéticamente en el dibujo y la poesía la historia de este símbolo medioeval de la muerte.

(1) Lo que yo expuse ya como suposición acerca del origen de la danza de los muertos y de su nombre *Machabaeorum chorea*, *Danse Macabre*, lo ha probado y corroborado con mayor precisión Wackernagel.

(2) Warton: *Hist. of Engl. Poetry*. London, 1824, vol. II, páginas 101, 364 y 510.

tiempo y lugar (comprobable históricamente) con el nacimiento de la mayor parte de las danzas de la muerte hasta hoy conocidas no puede considerarse como un simple acaso; quiero decir la peste negra que entonces devastaba á toda Europa, y que desde el año 1348 se cebaba también en España, y de la que murió ya en el año 1350 el mismo rey Alfonso XI de Castilla; peste que volvió á brotar en 1384, y que sobre todo hacia fines de este siglo (1394-1399) invadió tan duramente á toda España, que el rey Martín de Aragón huyó de Barcelona á Perpiñán y en Andalucía se derogó solemnemente el año de luto legal de las viudas (1). Finalmente, demuestra que debe aceptarse como época de la composición de este poema el último decenio de este siglo, la versificación misma, pues consta ésta, lo mismo que la de la mayor parte de los anteriormente citados «decires» de López de Ayala, de octavas de versos de doce sílabas, que se diferencian de las «coplas de arte mayor» tan comunes en el siglo xv, en que el primer cuarteto tiene un sistema de rima *cambiante* y sólo el segundo ha sido compuesto en el posterior y regular, esto es, sistema *cerrado*. Por lo demás, sigue este poema la misma marcha de ideas y se presenta en la misma forma dramática que las danzas de la muerte posteriores que conocemos. Esta misma forma apenas deja duda de que también esta danza de la muerte se sacó de una representación eclesiástica y que estuvo destinada á tal representación dramático-coral con canto de las estrofas (2); su-

(1) V. Schnurrer: *Chronik der Senchen*. Tübingen, 1823, 8, Th. I, páginas 328, 351 y 354 (según Villalba, *Epidemiología Española*, Madrid, 1802).

En nuestro poema mismo aparecen algunas alusiones que denotan esta ocasión, como la copla segunda:

«Non eres cierto, si en punto berná
sobre ty á dessora alguna corruption
de landre ó carbonco ó tal ynphyçyon»

y copla 39, que vuelve á decir de la muerte:

«la tienda que traygo de buuas y landres.»

(2) Cuando Ticknor dice: «No es (la Danza general) indiscutiblemente

posición esta última que ratifican además muchos pasajes, en que ocurre una especie de mención del canto y del acompañamiento musical, mención que no puede ser simbólico-literaria, sino que denota una representación efectiva (1).

ningún drama, sino un poema didáctico, cuya representación hubiera sido un absurdo», no ha hecho más que no tener en la debida consideración el origen de estos poemas en general, y sobre todo comprender de un modo muy parcial este poema español; pues lo «absurdo» de su representación tan apodícticamente expresado por él, no es cosa que pueda probarse, y por el contrario se presenta tan claro su destino de ser representado — con lo cual claro está que no se dice que el poema sea un «drama» — que Moratín, Schack, Amador de los Ríos y otros no han dudado de ello, y por ejemplo Depping (en el apéndice á Langlois *Essai... sur les Danses des morts*, Rouen, 1852, 8, t. I, pág. 90) pone de relieve su representabilidad diciendo: «Je crois même qu'on peut la regarder comme le texte d'une représentation scénique de la Danse des Morts. En effet, tous les personnages y sont mis en action et parlent. Le poëme pouvait se jouer d'un bout à l'autre sur le théâtre dressé dans un cimetière ou à l'entrée d'une église, pour amuser les fidèles à la sortie des vêpres». Es también de notar que la Muerte al fin de cada estrofa, después que ha contestado á los lamentos de los que entran, llama á la persona que ha de aparecer en seguida, lo cual se parece á una citación de escena.

(1) Así, en la copla 7, en que el predicador dice que empiece la muerte su baile:

«A la cual dise que quiere leuar
á todos nosotros lançando sus redes:
abrid las orejas, que agora oyredes
de su *charambela un triste cantar.*»

La copla 9, en que la muerte anuncia á las dos muchachas que ha elegido por su primera presa, dice así:

«Estas dos donsellas que *bedes* hermosas
ellas vinieron de muy mala mente
á oyr mis *canciones* que son dolorosas.»

En la copla 26 se llama á la muerte *tañedor* y en la 31 vuelve á decir la muerte:

«Oyd mi *cancion* por qué modo entona.»

En la copla 39 llama al Arcipreste al baile:

«E vos, arcediano, venid al *tañer.*»

En la copla 49 dice al cura:

«Yo vos mostraré un *Re-mi-fa-sol*
que agora compuse de *canto* muy fyno.»

Después de una corta introducción en prosa (del anotador) que contiene el argumento del poema, entra la Muerte, inevitable paradero de todos los mortales, anunciando á éstos que estén prontos. Después aparece el predicador, que recomienda la conducta virtuosa de la vida como la mejor preparación para la muerte. En seguida cita la Muerte á todos los nacidos á una danza inexcusable, y la abre con dos doncellas. (Primeramente llama á su danza á dos doncellas;—por lo demás las *únicas* personas femeninas que aparecen aquí, y que como lo muestran las palabras al Papa, «e desta my danza será *guiador*», no pertenecían propiamente á la rueda.) Con el Papa (Padre santo) empieza propiamente la rueda, siguiendo por grados hasta el estado más bajo, el judío y el pagano, de tal modo, que siempre sigue á un eclesiástico un laico; la persona citada lamenta su suerte en una copla y la Muerte le contesta en otra, la mayor parte de las veces echándole en cara su vida pecaminosa, y en la última línea de su copla cita al baile á la próxima persona). Las dos últimas coplas contienen la llamada de la Muerte á todos los que no habían sido citados nominalmente («Lo que dise la muerte á los que non nombró»), y la sumaria contestación ó lamento de ellas. («Disen los que han de pasar por la muerte.») El poema consta de setenta y nueve estrofas de ocho versos, y en la rueda, que empieza propiamente con el Papa, entran treinta y tres personas (1).

Este poema, notable en más de un respecto, ha aparecido ya impreso según el único manuscrito que de él existe, el de

(1) Las personas se siguen así: Padre Santo; Emperador; Cardenal; Rey; Patriarca; Duque; Arçobispo; Condestable; Obispo; Caballero; Abad; Escudero; Dean; Mercadero; Arcediano; Abogado; Canónigo; Físico; Cura; Labrador; Monje (y este *negro*, es decir, benedictino, que era el que se perdía con más facilidad); Usurero; Frayre; Portero (de maça, esto es, real); Hermitaño; Contador; Diacono; Recabdador; Subdiacono; Sacristán (laico, puesto que se habla de su mujer); Rrabi (en el manuscrito sobrecrito erroneamente: *Sacrist.*, *sic*); Alfaquí; Santero (el que recoge limosna para un anacoreta ó una iglesia.)

bueno hermitaño de santa vida que estaua resando una noche en su hermita é oyó esta reuelacion el qual luego la escreuió en Rimas ca era sabidor en esta ciencia gaya.»

El poema mismo da con toda precisión la fecha en que fué compuesto, en los versos de entrada:

Despues de la prima, la ora passada,
en el mes de enero, la noche primera,
en, cccc e veynte durante la hora,
estando acostado en mi posada, etc.

El 1.º de enero de 1420, según la era española, corresponde al año 1382 del Nacimiento de Cristo.

Con este dato de fecha concuerda también la forma de las estrofas, puesto que está compuesto en veinticinco octavas de versos de doce sílabas, con rima completamente cerrada, es decir, en la forma normal de las coplas de arte mayor tal como la vemos en la lírica artística y cortesana de fines del siglo xiv y principios del xv. Por eso se diferencia este poema, como artístico, de las citadas coplas de López de Ayala y de la forma de estrofas de la *Danza de la muerte*, en que la primer cuarteta de cada estrofa tiene aún rima *cambiante*, y que por lo tanto, fueron añadidas *más recientemente*, mientras el autor de este poema era ya famoso como «sabidor en esta ciencia gaya», es decir, como conocedor de las reglas del «arte jovial» de la posterior poesía de los trovadores.

Es digno de notarse que no sólo aparece el alma que lucha con el cuerpo en forma de un «ave de blanca color», sino que las almas todas en general son representadas como nobles halcones ó como feas aves nocturnas y de rapiña, según sean almas buenas ó malas (1).

(1) A la conclusión del poema, después de terminada la lucha, quiere un diablo llevar el alma al infierno, se la arrebatada un ángel, se arrepiente de sus pecados y se queja, como disculpa de sus debilidades, de la

Tampoco de este poema ha dado ni siquiera análisis ó reseña Amador de los Ríos (l. c., páginas 321-324) (1) pero ha sido impreso por separado, en Madrid, 1848, en 12.º, y en el *Semanario pintoresco* (año de 1854, páginas 263-264) (2). Acabamos de ver cómo se muestra en las obras del infante D. Juan Manuel, en las del Arcipreste de Hita, de Ayala, el rabí Santob y en estos poemas anónimos (y ¡cuántos del mismo género esperarán en los archivos y bibliotecas á que alguien los descubra!) la dirección *didáctica*, dominante en el siglo XIV en España, como en el resto de Europa: el producto del cultivo de las ciencias que cada día se difundía más, de la gran actividad intelectual, de la preponderancia de la abstracción sobre la fantasía y de la estimación práctica de las cosas sobre la concepción ideal de la vida, por todo lo cual, así como por el conocimiento que á la vez se trababa con los modelos antiguos clásicos y orientales se cultivaban y favorecían preferentemente las formas del apólogo, de la fábula, de la alegoría y del poema didáctico; y cuanto más comparaba el juicio lo que debe ser con lo

corrupción y las injusticias del mundo, reprochandole entre otras cosas que:

«A cuervos, milanos, mochuelos cuitados
en alto trebol veo que los subes
con tan firmes alas fasta las nubes
jamás, nunca cesan subir sus estados.
Nobles *gerifaltes*, bayles e sarados
derribas e abajas en mar muy profundo:
los tales juicios de ti, falso mundo,
¿quien los judgara por bien ordenados?»

Acerca de este modo de representar las almas bajo figura de animales y especialmente de aves, comp. Liebrecht, *Gervasius Tilb. otia imp.* Hannover, 1856, 8, pág. 115.

(1) Entiéndase que no la dió en sus *Estudios sobre los judíos* (donde para nada hubiera venido á cuento) pero sí en el tomo IV de su *Historia de la literatura española*.—(M. M. y P.).

(2) Esta «lucha del alma y del cuerpo» se ha conservado en España hasta nuestros tiempos en los romances de los ciegos: «Nuevo y curioso romance para considerar el gran dolor que siente el alma cuando se despierte del cuerpo para ir á dar cuenta á Dios.»

que es, lo absoluto abstraído con la concreta apariencia de las cosas, ó cuanto más el ánimo procuraba abismarse en lo sobresensible, despegándose de lo terreno, tanto más la poesía, por el contraste que persistía en la solución y era comprendido en su necesidad, se teñía de un colorido burlesco, satírico ó irónico (1), ó caía en tendencias ascético-dogmáticas ó místicas por el aniquilamiento de la contradicción temporal en la unidad de lo eterno (2).

Además de estos mencionados poemas didácticos contiene el precitado manuscrito de la Biblioteca del Escorial un poema *épico*, que está sin duda alguna escrito por otra mano, con muchas abreviaturas y ni con mucho tan elegantemente; pero también éste, á juicio de los entendidos, es del siglo xiv. Su sobrescrito dice así: «Historia del conde Fernán González». Es de autor desconocido, y no se halla completo, por lo menos en este manuscrito (3), único en que hasta hoy lo conocemos. Fué com-

(1) Por esto son uno de los temas favoritos en las poesías de la Edad Media y en las del pueblo hasta nuestros días las salidas satíricas sobre los diferentes estados de la sociedad civil, puesto que en estas se manifiesta del modo más palpable y se diversifica en distintas formas la contradicción profundamente arraigada en la naturaleza humana.

(2) Un feliz desenvolvimiento y acertada característica de esta dirección satírico-didáctica dominante en el siglo xiv y en el xv, se hallará en la memoria acerca del *Reinecke-Fuchs* y de los poetas alemanes de este período en general en la *Foreign Quarterly Review*, 1831, October, núm. xvi, pág. 347 y sig.)

(3) Castro y Sánchez, que querían editarlo completo, sólo citan su título. Antes que éstos habían publicado, Argote de Molina (en el «Discurso de la poesía Castellana» pág. 129, que va como apéndice á su edición del *Conde Lucanor*) cuatro coplas de un manuscrito que él poseía, y que parece haberse perdido, y Sandoval (en su «Historia de los cinco Obispos» pág. 290), ocho coplas. Los traductores españoles de Bouterweck han sido los primeros en adquirir el mérito de haber dado á conocer este poema mediante una noticia más extensa y una mayor reseña; después de ellos ha dado á conocer D. José de la Revilla un trabajo sobre este poema con extractos de él en la *Revista de Madrid*, 3.^a serie, tomo iv (1842), páginas 233-243. Clarus da un análisis de él (l. c., i, páginas 220-225) (a).

(a) Posteriormente ha sido impreso dos veces el *Fernán González*, primero en el *En-*

puesto, á juzgar por el lenguaje, antes que el *Rimado de Palacio*, de Ayala, pero sin duda alguna muy tarde; en la segunda mitad del siglo XIV, de que da testimonio también su versificación (la conocida estrofa alejandrina de cuatro versos) (1).

(1) El Sr. Clarus (l. c., pág. 225) concuerda con Sarmiento en considerar que este poema fué compuesto á fines del siglo XII, colocándolo en seguida del poema del Cid, y añade: «Por lo tanto, no puedo decidirme á suscribir incondicionalmente á la opinión de Wolf, que coloca el poema en un tiempo muy posterior á aquel en que lo pone Sarmiento, etc.» Que Sarmiento colocó la fecha de la composición de este poema demasiado temprana, que por lo menos no fué compuesto antes que los poemas de Gonzalo de Berceo ni antes de la Crónica general de Alfonso el Sabio, lo prueba ya la estrofa introductoria del mismo, que es una imitación casi literal de la de Gonzalo á su *Vida de Santo Domingo de Silos*; pues es mucho más verosímil el que imitara á Gonzalo de Berceo, famoso ya en su tiempo, un autor no conocido antes por nada y autor de una crónica rimada—pues esto es de hecho el tal poema—que no el que hubiera sucedido el caso inverso; lo prueban además muchos pasajes del poema que concuerdan con la Crónica general, no sólo en el contenido, sino también en las palabras, hasta tal punto, que se debe aceptar el que «una de estas obras ha servido para la composición de la otra», como Ticknor (l. c., I, pág. 80) ha hecho notar y probado con razón, prosiguiendo muy acertadamente: «Como el poema parece ser una ampliación de la Crónica General más bien que ésta un resumen de aquél, es lo más verosímil que en este el relato prosaico sea el *más antiguo*.»—Y lo cierto es que el tono seco y casi todo él á modo de crónica del poema junto á su forma mucho más cultivada con respecto á los demás compuestos en las mismas estrofas alejandrinas, autorizan á suponer que la fecha de su composición fué mucho más reciente. Hasta su lengua—muy inseguro criterio, y único en que reposa el juicio de Sarmiento—ha determinado á los más recientes críticos españoles, José de la Revilla (l. c., pág. 334) y Gil de Zárate (l. c., pág. 12), á colocarlo después de las obras de Gonzalo de Berceo, en la segunda mitad del siglo XIII. Pero como la Crónica general apenas se había extendido generalmente antes del fin de este siglo, como el poema se encuentra en un manuscrito que contiene obras que pertenecen evidentemente á la segunda mitad del siglo XIV, y como su sobria composición y estilo de crónica le caracterizan más bien como un producto del siglo XIV que de otro anterior, mientras las estrofas alejandrinas, como hemos visto en las obras de Juan Ruíz y López de Ayala, se

sayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formada sobre los apuntamientos de D. Bartolomé I. Gallardo (tomo 1.º); después en la colección de Poetas Castellanos anteriores al siglo XV de Janer. Pero ninguna de estas dos ediciones es tal que no haga desear otra mejor.—(M. M. y P.)

Este poema canta, lo mismo que el Poema del Cid, los hechos de un héroe nacional celebradísimo, del famoso conde Fernán González, fundador de la grandeza de Castilla, tan bravo y tan temible para los infieles como el mismo héroe de Vivar; aunque menos magnánimo y á menudo pérfido y sedicioso contra sus protectores, los reyes de León (Ramiro II, Ordoño III, Sancho I y Ordoño IV, 932-970); pero por cuya avidez de honores y ambición de mando se fundó la independencia de Castilla (1). Es, por lo tanto, perdonable á los poetas castellanos el que alaben en este feliz rebelde tan sólo al fundador de la libertad y grandeza de la patria y que le presenten tan sólo por su aspecto más brillante. Así aparece en los romances y vive todavía en boca del pueblo; así le pintan las crónicas nacionales; pero en aquélla como en éstas son ensalzados sus hechos mezclándolos con aventuras y maravillas y con una participación inmediata en ellos de los santos nacionales más venerados (San Pelayo, San Millán y Santiago) (2).

El poema de que tratamos está desenvuelto sobre la base de estas leyendas populares y tradiciones históricas. Empieza *ab ovo*, puesto que no arranca del nacimiento del héroe, sino de la invasión de los godos en España, y alcanza, por lo menos en el manuscrito mencionado, hasta la guerra entre el conde

usaron predominantemente en los poemas narrativo-didácticos de esa clase en la primera mitad de este siglo y aún más desde su segunda mitad, por todo esto no es completamente infundada mi suposición de que *lo más tarde* que se puede ponerlo es en la segunda mitad del siglo XIV.

(1) Comp. Diego Gutiérrez Coronel «Historia del origen y soberanía del Condado y Reyno de Castilla», Madrid, 1785; y Benito Montejo «Sobre el principio de la independencia de Castilla y soberanía de sus Condes desde el célebre Fernán González,» en la tercera parte de las «Memorias de la Real Academia de la Historia», Madrid, 1799, pág. 245 y siguientes.

(2) Véase, por ejemplo, Duran, *Romancero general*, segunda ed., tomo I, páginas 457-470; y Crónica del noble Cavallero el Conde Fernán González: con la muerte de los siete Infantes de Lara. Burgos, por maestre Fadrique, alemán, de Basilea, 1516, 4. (V. Gayangos, Cat. de los libr. de caballeras, l. c., p. LXXXV.)

Fernán González y el rey García de Navarra, cerrándose con la descripción de la batalla habida entre estos dos en Aronia (hoy Cirueña) en el año 960, batalla en que, como es sabido, fué el conde derrotado y cogido prisionero por el rey de Navarra. Ya por este corto índice, y mucho más por la muestra que de él vamos á dar, se deduce suficientemente que este poema no puede tener pretensión alguna al nombre de épico en sentido *propio*, y que no es más que una crónica rimada que raras veces se eleva sobre el tono llano de la narración. No les falta, sin embargo, viveza de exposición á las descripciones de algunas batallas, de que hay gran número; por ejemplo, la siguiente descripción de un combate entre el conde y un rey moro, que voy á poner aquí para dar á la vez una muestra de este poema:

«El conde quando le vyo tan yrado venir
 Aguiso el cavallo e fuele a rescebir;
 Abaxaron las lanças e fueronse a feryr
 Que devyeran tales golpes una torre partyr.
 Entramos uno a otro fueron mucho enbargados,
 Fueron muy mal ferydos e estaban envaçados,
 Fablar non se podrian tanto eran mal golpados,
 Eran de fuertes golpes amos y dos llagados.
 El Conde Don Fernando, maguer mal ferydo,
 Fue luego del cavallo a tierra avatydo.
 Los vasallos del moro quando aquesto vyeron
 Cercaron al buen Conde e muy gran priesa le dyeron:
 Esa ora Castellanos en valde non estubyeron,
 Dando grandes feridas a su Señor acorryeron,
 El Conde Castellano con sus gentes non dudadas,
 Fueron aquestas oras fuertemente esforçadas:
 El cavallo del Conde que traya muy grandes lançadas
 Tenie fasta los pyes las entrañas colgadas.
 Ovo el su buen cavallo el Conde de morir,
 A mayor fuerte sazón non le podyera falescer,
 Ca non podia tornarse nin podia fouyr,
 Las coytas que sofrya non las podria onbre dezir.
 Estaba apeado en deredor la su buena conpañã,
 Escudo contra pechos, en la mano su espada:
 Valasme, dixo, Cristo la tu virtud sagrada,
 Non quede oy Castylla de ty desanparada.
 Los moros eran muchos tenien lo byen cercado,

Maguer que el buen Conde estava apeado,
 Feria a todas las partes a guisa de esforçado:
 Los sus buenos vasallos valieron lo pryado.
 Dieronle un buen cavallo quel menester lo avya:
 Dava gracias a Dios e fazia grande alegria, etc.»

El pasaje siguiente prueba el sentido caballeresco del poeta y su conocimiento del ciclo de leyendas de Carlomagno y sus paladines:

«Non cuentan de Alexandre las noches nin los dias,
 Cuentan sus buenos fechos e sus cavalleryas,
 Cuentan del Rey David que mato a Golias,
 De Judas el Macabeo fyjo de Matatyas.
 Carlos, Valdovynos, Roldan e Don Ojero,
 Teryn (1) e Gualdabuey (2) e Bernald (3) e Olivero,
 Torpin e Don Rinaldos (4) e el Gascon Angelero (5),
 Escol (6) e Salomon el otro su compañero (7):
 Estos é otros muchos que vos he nonbrado (8),
 Sy tan buenos non fueran oy serien olvidados:
 Serán los buenos fechos fasta la fyn contados.»

Muchos pasajes de este poema dejan además suponer que su autor conoció é imitó las obras de Gonzalo de Berceo (como, por ejemplo, la citada introducción, muchas comparaciones, etc.) así como los epítetos significativos y sencillamente vigorosos (9)

(1) Garín, duque de Lorena?

(2) Galdebold, rey de Frisia?

(3) Arnaldo de Berlanda?

(4) Rainald (Rinaldos) de Alba Spina (Montalban).

(5) Engeler, duque de Aquitania, «genere Gasconus».

(6) Estulfus (Estel) hijo del Conde Oto.

(7) «Salomon, socius Estulfi.»

(8) Se ve claro que aquí el poeta tenía ante la imaginación el conocido pasaje de la Crónica del pseudo Turpín, en que se cita nominalmente á los heroes más conspicuos del ejército que envió Carlomagno contra el rey moro Aigoland. (Vease Turpini, De vita Caroli Magni et Rolandi historia; ed. Sebast. Ciampi, Florentiae, 1822, 8, p. 24-26, cap. XII [XI].)

(9) Verbigracia: El Conde Ferran Gonzalez de los fechos granados..., ese fyirme varon..., un guerrero natural..., cuerpo de buenas mañas..., de ardides cimientos...; Señor de buenas mañas é de buen enseñamiento, etc.

nos recuerdan el Poema del Cid; pero ¡cuán por debajo queda de éste en su ordenación, en la comprensión poética, en la caracterización de los personajes, en una palabra, en todo lo que hace la vida épica! Se ve que fué compuesto en un tiempo en que había sido oprimida y muerta por otras direcciones y evoluciones espirituales la fuerza originaria é inimitable de concepción y reproducción épicas, fuerza que se produce y se disipa con la vida juvenil de las naciones; en un tiempo en que la fantasía era, para devolver con pureza objetiva la impresión inmediatamente recibida, menos activa que el entendimiento para exponer desde el punto de vista de la reflexión subjetiva lo tradicional y lo observado por sí mismo, esforzándose por *comprender* el pasado y el presente. Es natural que á consecuencia de esto se descuidara por la *esencia* la *forma* como accidental, y que la *epopeya* degenerara en *crónica rimada*; y que por fin, conformándose al asunto, arrojara esta última sus inútiles cadenas, adoptando el lenguaje más cómodo y *desligado*, la prosa (1).

(1) Debemos mencionar aún aquí otro poema épico, que ha sido dado á conocer hace poco. Es el «Poema de José», editado por primera vez por Ticknor (en el décimo apéndice), poema escrito en castellano pero con caracteres arábigos, compuesto en estrofas alejandrinas de cuatro versos, y que trata de la leyenda del patriarca José (Jusuf) y Suleica, tan gustada en el Oriente, siguiendo en ella al Corán. En opinión de Ticknor, pertenece este poema á fines del siglo xiv ó principios del xv; pero sus traductores españoles aseguran con toda decisión que no pudo haber sido compuesto antes del siglo xvi (tomo iv, pág. 419; el manuscrito lo colocan en el siglo xvii), juicio contra el cual no cabe apelación por provenir de un orientalista y conocedor de la literatura patria cual es el gran erudito Gyangos. (Lo han hecho imprimir, l. c., pág. 246-275, según un manuscrito más antiguo y más completo que se ha hallado posteriormente en Aragón.) —Pertenece por lo tanto, lo mismo por su origen que por todo su carácter, no tanto á la literatura española como más propiamente á la de los *moriscos* (descendientes de los moros españolizados ó que vivían bajo la dominación española, *mudejares*). Es, por lo mismo, tanto más notable para la historia de la literatura española, cuanto que es una prueba más de que la poesía española no se ha derivado, como aún se cree por algunos, de formas arábigas (contra este todavía repetido pseudo-arabismo ú orientalismo de la poesía española se ha explicado enérgicamente el señor Dozy, conocedor tan profundo y despreocupado de la literatura arábica como

He tenido ocasión más de una vez de referirme al desarrollo y formación de la *prosa castellana*. Omitiendo su primera aplicación á la redacción de los fueros, puesto que aquí no se trata de una historia del lenguaje, sino del estilo, no tengo más que recordar la carta en prosa contenida en el *Poema de Alejandro*, el *Conde Lucanor* y la *Crónica del Cid*, pero sobre todo los grandes méritos que alcanzó Alfonso el Sabio por su cultivo y aplicación general. ¿Quién no conoce la tan famosa colección de leyes compuesta durante su reinado bajo el nombre de las *Siete Partidas*, obra que en el respecto del estilo es monumento muy digno de atención, como ninguna otra nación puede mostrarlo de tiempo tan remoto?

Dió también el primer impulso á la redacción de la historia nacional en el idioma patrio; desde la *Crónica general*, escrita por él mismo, surgió una considerable serie de crónicas nacionales, y desde Alfonso XI se hizo consuetudinario el que cada rey castellano procurara transmitir á la posteridad, mediante un cronista autorizado para ello, sus propios hechos y los de sus predecesores. El siglo xiv fué singularmente rico en obras de este género, por lo cual le ha llamado Sarmiento con razón *época de las crónicas*. De este tiempo proceden las crónicas particulares de Fernando III, de Alfonso X, de Sancho IV, de Fernando IV y de Alfonso XI (1). Cierto es que por lo regular no

de la española), sino que, precisamente, lo que es muy inverso, en tiempos muy posteriores, es verdad, los moriscos, sobre todo los *mudejares*, que vivían bajo la superioridad de los cristianos, se sirvieron más de una vez del lenguaje y de las formas poéticas de sus vencedores, como he de probar más por extenso en mi trabajo «acerca de la poesía de los romances de los españoles». (Comp. los poemas acerca de Mohamed, del siglo xvi ó xvii, publicados por primera vez también por los traductores de Ticknor, l. c., páginas 275-330, el más moderno de los cuales poemas está compuesto en romance, y el más antiguo, aunque perteneciente al último tercio del siglo xvi, como el de José, en estrofas alejandrinas de cuatro versos, pero á menudo en pareados.)

(1) V. Nic. Antonio, *Bibliotheca hisp. vet.*, ed. recent., tomo II, pág. 173 y siguientes.—Sarmiento, l. c., pág. 325 y siguientes.—Compárese también: Wachler, *Gesch. d. hist. Forschung und Kunst*, tomo I, páginas 60-64,

se elevan tales obras sobre el conocido estilo ordinario de las crónicas, seco, monótono, tan pobre en espíritu como en giros, y que se repite hasta la saciedad; pero éste defecto se compensa no pocas veces con una sincera ingenuidad, descripciones vivas, sobre todo de batallas y simulacros, y con el sentimiento nacional dominante en casi todas ellas. Merecen especial mención y fama la *Crónica general*, rica en notables pasajes para la historia política, para la de las costumbres y para la del lenguaje, atractiva por el espíritu romántico, que, traspasando á menudo el campo de la leyenda, da al estilo un colorido poético; la versión de una crónica de la conquista de Tierra Santa, y sobre todo de las hazañas de Godofredo de Bullón, versión debida, si no á Alfonso X mismo, por lo menos á su iniciativa, que bajo el título de *La Gran conquista de Ultramar* está sacada de una compilación francesa análoga (*La Conquête d'outremer*), en parte fundada sobre la conocida crónica latina de Guillermo de Tiro, en parte sobre tradiciones; versión española que, aunque ha recibido interpolaciones de época muy posterior, es notable por su peculiar comprensión de las partes legendarias, sobre todo del ciclo carolingio y de la leyenda del Cisne tratada tan por extenso (comp. mi tratado «Sobre los dos libros populares neerlandeses de la reina Sibila y de Huon de Burdeos, recientemente descubiertos.» Viena, 1857. Comp. Ticknor, I, pág. 41, y II, pág. 665; —la única edición hasta hoy conocida, la de Salamanca, 1503, la ha reimpresso Gayangos, utilizando también un manuscrito de la Biblioteca de Madrid, en el tomo XLIII de la *Biblioteca de*

y Notas Pp-Rr de la traducción española de Bouterwek. Se halla también aquí una corta noticia y un par de muestras de una historia hasta entonces totalmente desconocida del rey Juan I de Castilla hasta la batalla de Aljubarrota, historia que según leo, se conserva en un manuscrito que pertenece, sin duda alguna, á fines del siglo XIV ó principios del XV. Como autor de la misma se nombra á Joan de Alfaro, y de muchos pasajes se saca que fué testigo ocular de los sucesos que narra. El estilo de esta historia debe distinguirse por su corrección, y en las muestras que conocemos, aunque muy insignificantes, se ve por lo menos que no era del todo extraña al autor la estructura del período artístico.

autores españoles). Digna de mención es también la *Crónica del rey Don Alonso el XI*, por autor de la cual se tiene á Juan Núñez de Villasan, no sólo por la importancia de su contenido, sino también por su exposición sencilla, fluida, y á la vez digna, una representación intuitiva que llega hasta los detalles (por ejemplo, un torneo en Valladolid, el sitio y toma de Lerma, la batalla de Tarifa, etc.), y un sentido de pragmatismo que se anuncia á las veces en ella.

Más huellas del paso de las simples noticias á la representación pragmática de los sucesos, expuestos en orden de tiempo y según las leyes del arte histórico, se muestran en las obras históricas de Ayala, que se ha hecho más famoso que por sus ya citados escritos poéticos, por sus crónicas de Pedro el Cruel, Enrique II, Juan I y Enrique III. Es natural que tuviera influjo sobre su estilo y exposición su trato con los escritores latinos é italianos, muchos de los cuales tradujo, y sobre todo con Tito Livio, á quien él fué el primero en verter al castellano. A pesar de la mayor parte de las imitaciones malogradas (como, por ejemplo, la inadecuada imitación de las arengas, peligrosa siempre hasta para los más hábiles historiadores modernos), siguen siendo muy merecedoras de atención y fueron muy fructuosas para los historiadores que le siguieron. Por lo demás, adolece á menudo su exposición de las mismas faltas que la ordinaria manera de las crónicas, pero no le falta en general claridad é ilación, y á las veces hay pasajes escritos con varonil vigor. Si bien no admite comparación con Froissart, el Herodoto de la Edad Media, puede figurar no indignamente junto á Villani y á nuestro Jacobo de Königshofen (1).

(1) Comp. Villemain *Littérat. du moyen age*, París, 1830, tomo II, páginas 126-135; y la en este mismo citada (pág. 132) disertación acerca de Ayala, de Ph. C. E. Chasles; y el juicio notable de Ebert acerca de los méritos de Ayala en el *Götting. Anz.* 1847, I, páginas 651-652. No entra en nuestra jurisdicción, sino que pertenece á la de la crítica histórica, el investigar si la historia de Pedro el Cruel de Ayala puede con razón ser tachada de parcialidad, y hasta dónde podría disputarle la preferencia, en cuanto á credibilidad, la crónica que acerca del mismo asunto escribió Juan de Cas-

Pero no sólo los hechos de los reyes y los sucesos que concernían á todo el país ó á todo el período, sino hasta la vida de particulares distinguidos, y extraordinarios sucesos aislados, fueron objeto de exposición histórica, y de aquí surgieron los primeros ensayos de biografías y monografías históricas.

Así es como fué escrita la vida del esforzado conde castellano D. Pedro Niño de Buelna, espejo de la caballería y cortezanía en tiempo de Enrique III y Juan II, por su abanderado (alférez) Gutiérrez Díez de Games, pintura de carácter, es cierto, aunque todavía dentro del gusto de los monumentos góticos, sobrecargada de lo aventurero fantástico y de esculturas rudas y á menudo faltas de todo gusto si se las considera aisladamente; pero sobre cuya hojarasca se marca con tanta mayor propiedad y en realizada verdad la figura capital con sus vigorosos rasgos é ingenua expresión (sobre todo es notable el *Proemio* en que el autor se extiende sobre el concepto de la verdadera caballería, ocasión y fin de su obra, y que está escrito á las veces, efectivamente con arte retórico, no común elegancia, fuerza y viveza de expresión, y en que se ve á la par que su autor poseía una cultura é instrucción no pequeñas para su tiempo); así también nos ha dejado Ruy González de Clavijo un relato del viaje de embajada que emprendió al famoso Timur por mandato de Enrique III, relato desprovisto de gusto, pero escrito con sencillez y naturalidad, aunque en la fatigosa forma de un diario (1).

Ninguna de estas obras llega á un grado tal que pueda pretender el nombre de una obra de arte histórica, pero el

tro, de la que no tenemos más que vagas noticias. (V. Nic. Antonio, l. c., tomo II, páginas 178-179, y Sarmiento, l. c., páginas 326-327.)—Esta cuestión la ha resuelto agotándola Lafuente, *Hist. gen. de Esp.*, tomo VII, páginas 308-314.

(1) La Real Academia Española de la Historia ha contraído el mérito de haber editado la mayor parte de estas crónicas, ya por primera vez, ó ya mejorando ediciones que son tan conocidas de los amantes de la literatura española, que es inútil citarlas aquí en particular.

gran número de crónicas conocidas hasta hoy prueba el favor y apoyo que sus autores hallaron por parte del gobierno; y por otra parte, la que en su composición tomaron los primeros funcionarios del Estado, grandes del reino y hasta los reyes mismos, demuestra el significativo desarrollo que ya para aquel tiempo había tomado el sentido histórico y la gran afición general de la nación á su cultivo.

«Este siglo xiv, dice Sarmiento (l. c., pág. 330), no puede, »sin embargo, ser llamado el siglo de las crónicas verídicas, »sino la época de las *inventadas*.» Pues como la dirección épica popular había pasado de la concepción ideal al adorno de la exposición muchas veces poética que se hallaba en los relatos históricos de la realidad, y á la prosa sobria, siguió también la romántico-caballeresca esta transformación, y los poemas caballerescos destinados antes á la recitación rapsódica, se descompusieron igualmente en prosa narrativa al modo de las crónicas, forma más cómodamente legible. Pero en relación inversa con la historia, que no podía todavía entonces desligarse por completo de la leyenda y daba á lo real el color dorado de las aventuras, buscaba la novela caballeresca basar sus imaginaciones fantásticas sobre un fondo histórico, y prestar á sus invenciones tanta mayor solemnidad y apariencia de verdaderos sucesos, cuanto más caprichosas eran aquéllas (1). Ambas direcciones arraigaban en el suelo común épico. Cuanto más se alejaba la dirección romántico-caballeresca de este suelo, tanto más insostenibles eran sus imaginaciones. Los más primitivos poemas de esta especie se apoyan todavía inmediatamente sobre la leyenda, y mediante ésta sobre una base viva, mítica ó histórica. Así es como tenían base y punto de unidad religioso-político los poemas bretones de Artus y de la Tabla re-

(1) Así es que las novelas caballerescas, contra su intento, cada vez contenían más colorido irónico, y sólo se necesitó de un genio como Cervantes para que, llevandó este elemento cómico á tono fundamental y elevando á su colmo el contraste, destruyera todo este género literario é hiciera que se aniquilase por sí mismo.

donda en los mitos cosmogónico-genealógicos del semiconverso druidismo céltico (1), las novelas francas de Carlomagno y de sus paladines en las tradiciones de una monarquía universal carolingia y de las guerras de los reyes con sus grandes vasallos y con los infieles. En España faltaba por lo menos el punto de unidad, y hasta un punto medio religioso-nacional, pues los mitos de los aborígenes celtibéricos habían sido destruidos y disipados muy tempranamente por la conquista romana y su larga dominación (2) y los posteriores conquistadores de su suelo, los visigodos, habían olvidado ya las leyendas indígenas de sus dioses y héroes, cambiándolas por el cristianismo antes de su invasión. También faltaba á España unidad política, pues ni la sobresaliente grandeza de un dominador ni una transformación extraordinaria de lo existente habían concentrado y electrizado el sentimiento nacional ante la invasión arábiga; este desgraciado suceso amenazaba acabar por completo con la cultura cristiano-europea en España, y después de ella se fraccionaron los cristianos para la reconquista de su suelo en muchos estados é intereses pequeños, independientes, que se envidiaban mutuamente y peleaban unos con otros, y la lucha con los infieles por cada pie de tierra y las querellas de los cristianos entre sí dieron ya desde entonces carácter á la guerra de guerrillas, tan peculiar de los españoles. De aquí que cada reino, cada país, hasta cada ciudad y cada linaje noble tuvieron su leyenda y su historia propias, y las celebraron en *romances*; de aquí el que se extendieran generalmente y fueran

(1) Comp. Henri Martín: *Hist. de France*, 4, ed. tomo III (París, 1855), pág. 351 suiv.

(2) Cierito es que se han conservado fragmentos de estos mitos entre las razas del mismo tronco céltico-bretón, que prueban su anterior enlace con los españoles, como v. gr., el desenlace de la leyenda del Graal en España, la traslación del templo principal, edificado por Tirturel para conservación del Graal, á Montsalvaje en Salvatierra, etc., todo lo cual se halla en los poemas normando-bretones de este ciclo.—Comp. Holland *Crestien von Troies*, Tübingen, 1854, 8, pág. 209; y Simrock *Parzival und Tirturel*, 3.^a edición, Stuttgart, 1857, 8, Introducción, pág. 792.

cantados en series de *romances* que formaban un pequeño ciclo separado los sucesos extraordinarios que conmovían á todo el país ó las hazañas más sobresalientes de un individuo cualquiera (como v. gr.: el ciclo de romances de la pérdida de España bajo el rey Don Rodrigo, el de la entrada de Carlomagno en España y su rota en Roncesvalles, el de Bernardo del Carpio, el del conde Fernán González, el de los infantes de Lara, el del Cid, etc), pero con la relación que guardaban entre sí las cosas en España no podían darse en su suelo *poemas cíclicos* que se agruparan en torno á un punto central, como los bretones y los francos. Así es que los españoles, cuando alcanzó entre ellos preponderante fuerza la caballería general europea, se limitaron á la imitación y trasplante de los ciclos de leyendas extrañas de Carlomagno y Artus, ó cantaron á los héroes de la antigüedad revestidos caballerescamente, como, por ejemplo, á Alejandro Magno. Ya desde mediados del siglo xiv puede mostrar España creaciones de este género propias de ella; entonces debió de ser engendrado, según toda probabilidad, el patriarca de toda una nueva serie de novelas caballerescas preferentemente de origen español, el después tan famoso *Amadís de Gaula*, que, según se cree comúnmente, debió nacer en la Península ibérica. Pero ya la misma discusión, promovida tan de antiguo y aún no suficientemente decidida, de si Amadís es un producto originariamente portugués, castellano ó francés, prueba la ausencia de toda base nacional en esta novela, la falta absoluta de leyendas nativas de alguna parte en que la novela se apoye, y por lo tanto de un fundamento vivo é histórico que se refleje en la pura concepción épica. Es más bien invención caprichosa de un individuo á quien le era indiferente el escoger escenario para el parto de su fantasía, y que lo trasplantó al conocido y lejano suelo de las leyendas bretonas, tan clásico en este respecto, sólo para procurarse así un fácil camino observando las costumbres tradicionales. De aquí por una parte, para no ligarse por la tradición establecida, el trasladar su historia á un tiempo anterior al rey Artus, pero por otra parte, para salvar la

apariencia de verdad é imitando en esto el ejemplo de sus predecesores, la frecuente alusión á una fuente auténtica más antigua (como por ejemplo, el frecuente principio de capítulo: «cuenta la historia...»). Estos fundamentos intrínsecos son ya por sí suficientes para caracterizar al Amadís como producto de un tiempo *posterior* á aquel en que ya hacía tiempo era extraña la dirección épica originaria (1), aun cuando no puedan hallarse datos y fechas extrínsecos para apoyarlo (2).

(1) Es aplicable en alto grado al Amadís la notable caracterización que hace Benecke (en el prólogo al *Wigalois*, pág. xx) de estos tardíos productos: «El llevar la escena de un suceso á tiempos y regiones lejanas, el hacer á un extraño el héroe de una canción, esto era entonces, y ha sido siempre, licencioso artificio de una época tardía que se ha alejado de la naturaleza.»

(2) Sabido es que desde que se hizo famoso el *Amadís de Gaula* hasta nuestros días se han producido siempre y luchado entre sí opiniones diferentes, y á las veces las más contradictorias, acerca de su origen, originalidad, nacionalidad, autor, época de su composición, etc., y quien tenga gusto por conocer este almacén de contradicciones puede hallarlo en Grässe (*Sagenkreise*, pág. 400, sig.), y en su *Trésor des Livres rares et précieux* (Dresde, 1858, 4, art. Amadis), donde ha reunido con gran diligencia toda la literatura acerca del asunto, y en Lemcke (lugar citado, parte 1, página 76-78), que ha dado un luminosísimo resumen de ello. También Adalberto de Keller, en su cuidadosa edición del primer libro del Amadís alemán (Stuttgart, 1857, 8), ha dado observaciones biográficas y literario-históricas muy estimables, en que están notadas con mucha exactitud y precisión, sobre todo las versiones francesas y alemanas. Pero en estos últimos tiempos el descubrimiento de una nueva fuente, el *Cancionero de Baena*, y la mayor estimación crítica de la más antigua historia, estimación por tal descubrimiento ocasionada, ha arrojado mayor luz sobre la historia externa y documental de esta novela. El erudito profesor Gayangos se refirió ya á esto, y sacó de ello consecuencias en sus apéndices á la traducción española de la obra de Ticknor;—después el señor E. Baret ha dado á luz una monografía dedicada á la investigación de la cuestión del Amadís (*Études sur la rédaction espagnole de l'Amadis de Gaule de Garcia Ordóñez de Montalvo*, París, 1853, 8: comp. también crítica de Teodoro Müller en los *Götting. gelehrt. Anzeigen*, 1854, pág. 1546, sig.—Keller cita este libro con otro título: *De l'Amadis de Gaule et de son influence sur les mœurs et la littérature au XVI^e. et au XVIII^e siècle avec une notice bibliographique*, París, 1853. Pero es idéntico al ya citado, como me he persuadido por comparación; sin otra cosa que habersele mudado la cubierta y añadido

No puede pensarse en que sea esta novela reducción y arreglo conforme al gusto del tiempo de algún poema caballeresco, tal vez bretón, más antiguo y verdaderamente épico. Sea como quiera el modo cómo haya nacido, lleva el sello indeleble de la *mera invención arbitraria de un individuo* y de la *composición originariamente en prosa, que no se puede remontar más allá del siglo XIV*. Compáresele con las novelas caballerescas en prosa fundadas en poemas más antiguos en que, á pesar de la importante reforma y el arreglo conforme al tiempo, no se han borrado todas las huellas del indestructible influjo de su primitivo fundamento épico. La misma elogiada unidad de acción, por la que sobrepuja el Amadís á aquellas novelas y poemas caballerescos más antiguos que él, ¿no está ya denunciando que se trazó de antemano con artificio, y que se dirigía á un fin determinado el plan de una fábula tejida caprichosamente? ¿Tiene acaso tanta naturalidad y verdad como aquella más elevada unidad de los más antiguos

una fe de erratas), monografía que aporta á las veces estimables contribuciones á la solución del punto y que va por el buen camino, si bien alguna vez traspasa el justo término.—Gayangos mismo, en el discurso preliminar á la edición del *Amadís de Gaula y Esplandián*, aparecida hace poco y hecha bajo su cuidado (tomo XL de la biblioteca de aut. esp., Madrid, 1857), ha tratado esta indagación con discreción crítica y reunido con gran agudeza y claridad los resultados adquiridos. Como tales resultados tenemos (l. c., p. xxiii-xxv), que ya desde mediados del siglo XIV (1359) poco más ó menos, existían y eran conocidos hasta en Castilla los tres primeros libros del Amadís; que, por lo tanto, no pudo haber compuesto la redacción original Vasco de Lobeira, si es que tal redacción fué portuguesa, si no que lo que, según toda probabilidad, hizo éste, entre 1382 y 1385, fué una nueva *refundición* de estos tres primeros libros, emprendida á instancias del infante Alfonso de Portugal (esta ó la concepción original debió de haber sido ya conocida fuera de la Península ibérica *antes* de 1397, si es que reposa en pruebas auténticas el dato de Beda Weber, que en su *Oswald von Wolkenstein fund Friedrich mit der leeren Tasche*, Innsbruck, 1850, página 126, dice que cuando en 1397 emprendió su aventurera peregrinación «eran guías de su peregrinación á Jerusalén la novela de *Amadís de Gaula* y el Manual de viajes del caballero Mandeville»;) que Montalvo conoció *esta* redacción y la *original* é hizo sobre ellas la suya castellana hacia 1460, añadiendo el libro *cuarto*, así como el quinto, ó sea las *Sergas de Esplandián*, y que lo acabó entre 1492 y 1505, y que quizá lo hizo publicar por la prensa.—Estos resultados, que no sólo no excluyen, sino que hacen muy vero-

poemas cíclicos, que á pesar de su aparente inconexión y desligamiento dentro de sí y unos para con otros, están, sin embargo, animados por un mismo principio y ligados como miembros de un todo orgánico por interna necesidad en un círculo determinadamente limitado, como los sucesos, circunstancias y relaciones que como manifestaciones de la vida del mismo período histórico les sirven de fundamento? De aquí el que podían muy bien estos más antiguos poemas hacer objeto de su especial y más exclusiva consideración los hechos de un individuo de su círculo de héroes ó una circunstancia determinada; pero siempre tenían que partir del mismo principio, moverse en torno al mismo punto central, sin poder traspasar los límites netamente trazados de su circuito; y de aquí que, completándose mutuamente, se referían unos á otros como entre sí los grupos y partes aisladas de un cuadro, y estaban en relación centrípeta

símil el que la composición *original* del Amadís fuera en portugués, no han hecho más que ratificar mi opinión acerca de *este* origen, que deduje de la historia del desarrollo de la literatura nacional portuguesa en general y de sus relaciones con la española (comp. *Primavera y Flor de Romanes*, Berlín, 1856, 8, tomo I, páginas LXXXIV-LXXXV), pues el nacimiento de un producto tan subjetivo como el Amadís, apenas puede concebirse sin presuponer una poesía lírica erudita considerablemente desarrollada, y esto no hay que buscarlo en Castilla sino en Portugal, donde la poesía cortesana galaico-portuguesa había alcanzado ya para entonces (mediados del siglo catorce), aquel grado de desarrollo que es condición de tales composiciones, cosa que faltaba todavía por aquel tiempo á la poesía erudita castellana. Por lo tanto, el lugar que el trasplantado Amadís debe ocupar en la literatura española en una historia pragmática de la misma, ha de ser propiamente *después* del completo desarrollo de la poesía cortesana española, á fines del siglo xv ó principios del xvi, en el último de los cuales, es cuando de hecho tomó y pudo tomar carta de naturaleza en España, y sólo por las condiciones y circunstancias de tiempo y cultura de aquella edad, puede explicarse el extraordinario efecto de su aparición y su influencia tan grande que formó época (a).

(a) Entre los trabajos publicados sobre la cuestión del Amadís después de este penetrante juicio de Wolf, merecen ser citados, por lo mismo que defienden tesis opuestas, el de Teófilo Braga y el de Braunfels. A pesar de los ingeniosos esfuerzos de éste en favor de la prioridad de la redacción castellana, parece cada día más verosímil el origen portugués del libro, si bien su autor primitivo no pudo ser el Vasco de Lobeira armado caballero en Aljubarrota. Quizá lo sería un antepasado suyo, Juan de Lobeira, trovador del Cancionero Colocci-Brancuti.—(M. M. y P.).

como las partes de un círculo á su centro. El Amadis, por el contrario, formaba un todo cerrado en sí y por sí mismo; debió su nacimiento á la feliz ocurrencia de un individuo, y su principio á la manera individual de ver de un poeta; tenía una acción principal, un fin determinado, pero no un centro. De aquí el que pudiera ser imitado, pero no continuado; y como, á pesar de todo, se pretendió enlazar los productos posteriores á los más anteriores, no hubo otro medio de enlace que hacer proseguir una nueva generación de los más antiguos, que precisamente por esto mismo no estaban unidos entre sí con lazo profundo, que surgiera de íntima necesidad, ni en más relación que la de ascendientes y descendientes que arraigaban unos en otros por el acaso de su generación, sin llevar en sí mayor analogía esencial de rasgos engendrada de una más elevada unidad espiritual que las semejanzas de familia, los cuales no probaban otra cosa que la limitación material del creador. Las novelas de Amadís no forman ciclo alguno orgánico de leyendas; son como los retratos aislados y subsistentes por sí de una sala de antepasados, que, si se pierde el árbol genealógico, y no se tiene en cuenta el traje, pueden ser colocados á capricho, ya aquí, ya allí, sin chocar contra ninguna conexión interna. Así es que pudieron aumentarse hasta lo infinito y sin limitación alguna, como las generaciones, es á saber, en tanto que no faltan la fuerza generadora y el placer de reproducirse; pero son por lo mismo no más que un simple agregado de individualidades, que se mueven sucediéndose con relación á un punto de partida y á una dirección centrífuga los unos respecto á los otros, y que finalmente tenían que disolverse en lo informe.

Y para volver ahora al respetable antepasado de esta numerosa familia con quien tenemos aquí propiamente que ver, anúnciase ya, aparte de su origen y de las imitaciones que se refieren á él, por su *contenido* y su *forma*, como un producto de tiempo tardío compuesto primeramente en prosa. Cierto es que el asunto del Amadís, como el de los más antiguos poemas caballerescos, es la *caballería general europea*, pero ¡cuán dis-

tintamente concebida en uno y otros! En los más antiguos poemas y novelas del ciclo de leyendas bretonas y francas aparece todavía en su naturalidad originaria, ruda, áspera, pero grandiosa, formada de trazos atrevidos y fieles, y elevada á momento de la historia universal por el principio vivo, religioso ó político. La caballería en Amadís, por el contrario, es una forma artísticamente refinada, potenciada idealmente, pintada con mucho cuidado en los detalles, pero jamás efectivamente actual, y por lo tanto una forma hueca, abortada, sin principio vivo, ni fin real. Ahora bien; tal concepción de la caballería sólo podía hallar lugar en tiempo de su *incipiente decadencia*; pues sólo cuando ya no satisface la realidad se busca el realizarla idealizándola.

Junto á la caballería, aún más, como parte complementaria de ella, aparece en primer término el *amor sexual*; pero también éste aparece bajo una forma completamente diversa en el Amadís: no es ya el poderoso instinto natural que rompe por toda barrera, y que encadena con fuerza secreta é irresistible como por un filtro, precisamente á tal hombre con tal mujer (Tristán é Isolda), pero que, ennoblecido por las antiguas costumbres germánicas y por el cristianismo, se sometió, sin embargo, á un poder más alto, la gracia y la hermosura femeninas, hizo que el sexo más fuerte prestara homenaje al más débil, le protegiera contra toda ruda violencia, y se esforzara por alcanzar su alabanza y su favor como el más hermoso premio de lucha. En el Amadís aparece este amor, aunque principal resorte de toda la acción, más como una exigencia convencional, una extravagancia amorosa, un capricho de escoger, no á la mujer como tal, sino á la más hermosa princesa como dueña del corazón; el pleito homenaje á la gracia femenina se convierte en afectada esclavitud, impropia de hombres, el esfuerzo para conseguir la alabanza y el favor de las damas por nobles acciones en una galantería fantástico-formal y en estiradas etiquetas, el lenguaje del corazón en frases bien limadas y elegantes, la expresión de la pasión en afecta-

ciones calculadas, y hasta el delirio (Iwain) que rompe involuntariamente por la fuerza de la fatalidad, en humorística enajenación que se engendra y se atormenta á sí misma; y cuando el poeta procura compensar tantas cosas antinaturales de un modo igualmente caprichoso mediante la oposición, cae en la realidad ordinaria, en el libertinaje, como en Galaor. De la misma manera, el otro lado de la caballería, la relación de los grandes vasallos con sus señores y la del sistema feudal con el reino, aparecen en el Amadís con una forma enteramente nueva. En el ciclo de leyendas bretonas, Artus sólo se diferencia de los demás caballeros por su posesión mayor de tierra, y el aparato más brillante de su corte es lo único que le encadena á ella; por lo demás, sus compañeros, completamente iguales á él, se sientan en la misma *Tabla redonda*, esto es, en una mesa de tal forma que no se pueda señalar en ella un puesto de honor más distinguido. El ciclo franco nos muestra á la realeza en lucha con los poderosos y grandes vasallos de la corona, que reconocían á regañadientes un poder mayor que el suyo, y que no pocas veces, y á menudo con buen éxito, se sobreponían á aquélla y obligaban á su mal encubierta debilidad á temporizar y capitular. En Amadís aparece, por el contrario, la realeza, ya como una potencia bien asentada, absolutamente más alta, de la que son súbditos y nada más que súbditos los primeros del reino, en que Lisuarte rige á su capricho, oye, es cierto, sus consejos, pero no se deja determinar por el juicio de los pares; la fidelidad hacia el rey es el más alto deber, y sólo Amadís, como príncipe independiente, puede provocarle, mientras Galaor, vasallo del rey, pelea al lado de éste contra su propio é íntimamente querido hermano. Compárese finalmente el Amadís en el respecto de la *exposición* y el *estilo* con las novelas en prosa que surgieron de la disolución de los más antiguos y aun de los más modernos poemas caballerescos, y se hallará una diferencia grandísima. En éstas domina casi siempre un tono de relato sencillo y falto de pretensiones, la marcha de la narración está á menudo inte-

rrumpida por episodios, las aventuras se siguen á las aventuras, con frecuencia sin más conexión alguna entre sí que la que les da el rápsoda; las descripciones son en su mayor parte concisas, bosquejadas muy á la ligera, pero muchas veces verdaderamente pintorescas, de gran fuerza intuitiva y de gran fidelidad á la naturaleza; los discursos y diálogos que ocurren esparcidamente son un adorno corto y sin retórica, pero apasionados y vivos, vigorosos y rudos, característicos é ingenuos, como involuntaria irrupción del desbordante sentimiento; el lenguaje es todavía rudo é inflexible, pobre en giros, y por lo tanto demasiado inmanejable para la artística estructura del período, pero expresivo, rico en onomatopeyas, y no sin cierta cadencia, gracia y frescura naturales. Y aunque las posteriores novelas en prosa sufrieron, como es natural, varias alteraciones en la manera de exponer, y una reforma aún más importante respecto al estilo y al lenguaje, son, sin embargo, las alteraciones fáciles de reconocer como adiciones é interpolaciones más recientes, y puede verse en ellas, á pesar de las reformas de estilo y lenguaje, el tono poético originario y hasta los giros anticuados. No sucede así en Amadís; en éste el relato es más conexo y más fluido, pero también mucho más prolijo, palabrero y amanerado, los episodios entretreídos no están tan aislados, en relación apenas reconocible con la acción capital, sino que se hallan mejor calculados para la seguida marcha del desarrollo de la misma; las descripciones son más cuidadosas, llevadas á menudo hasta lo más nimio con una fatigosa angustia; teniendo por lo mismo mucho menos efecto total, y perdiendo por la excrescencia de color la frescura de colorido, y por el rebuscado artificio y el recargo fantástico verdad y naturalidad íntimas. Emplea con singular predilección discursos y conversaciones, la mayor parte de grande extensión, en que se ve claro que se esfuerza por conseguir elegancia y adorno retórico y no sin un notable grado de habilidad; pero precisamente por esto son una verdadera prueba de paciencia para el lector, que tiene que trabajar en

hallar «el corto sentido de tan largos discursos» á través de una multitud de frases elegantemente torneadas, de discursos patéticos y de afectados cumplimientos. Como es natural, semejante manera de exponer exige un lenguaje capaz de matices más concluidos, más flexibles y más finos, y un estilo más ejercitado en el arte del período y de la síntesis elegante, de lo cual puede en verdad alabarse al Amadís, que ha servido mucho, y aun sirve en parte de libro modelo de estilo. Es además rico en sentencias y tiradas morales, y tiene en general un corte *didáctico*.

Pero aunque el Amadís, como apenas puede dudarse de ello, en la forma en que ha llegado hasta nosotros, sea en varios respectos la obra de su posterior refundidor, Garci Ordoñez de Montalvo, si hubiera tenido en su origen un carácter fundamental esencialmente distinto, no se habrían disipado tan por completo las huellas de éste. Resumiendo todo esto, puede afirmarse con toda seguridad que el Amadís es la pura imaginación subjetiva de la fantasía de un individuo; que fué compuesto en un tiempo en que la primitiva dirección épica había sido destruida por otra y en que la caballería estaba próxima á su ruina, y por tanto, á más remontarnos, en el siglo XIV; que en un principio fué escrito en prosa, no para ser *oído*, sino para ser *leído*; y que finalmente su autor es cierto que conocía los poemas de los más antiguos ciclos legendarios y hasta los imitó, pero tomó un camino enteramente *nuevo* y en dirección *opuesta*, que, como es natural, debía conducir á sus sucesores, peor dotados que él, á un abismo sin fondo y provocar así la *ruina de todo el género*.

Si á pesar de la falsa dirección del Amadís produjo éste tan poderosa impresión y se ha conservado hasta el día de hoy no obstante faltarle una base indestructible y viva, esto revela ya de por sí el gran talento de su autor y su extraordinaria facultad creadora, así como el valor absoluto de este libro, del cual pudo decir Cervantes sin exageración que «es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así

como á único en su arte se debe perdonar». (*Don Quijote*, parte I, cap. vi.) Conservará siempre un lugar distinguido en la literatura mientras sus innumerables imitaciones, excepción hecha de algunas pocas, han caído con toda razón en el olvido, siendo arrojadas del templo de las musas al Rastro literario (1), donde sirven aún á lo más para placer de vista de los bibliómanos y cazadores de rarezas (2), ó, en el mejor caso, para

(1) Comp. v. gr. los juicios estéticos acerca del Amadís recogidos por Keller (lugar citado, pág. 466-468). El que la novela Amadís, á pesar de su falta de naturalidad y su torcida dirección fuera recibida con general beneplácito y durante tanto tiempo haya sido la casi exclusiva lectura favorita de toda Europa, sobre todo entre las clases más elevadas, es debido en gran parte á la feliz concurrencia de su primera aparición con muchas circunstancias externas favorables y á la total alteración del espíritu del tiempo; circunstancias entre las que hay que contar el haber sido dado á conocer casi al mismo tiempo que la invención de la imprenta, la invasión de los turcos en Europa, la conquista de América y el paso de la Edad Media á la moderna. Así se conservó para el público, que gusta más de leer que de oír, una bienvenida compensación de los más antiguos poemas caballerescos, á los que superaba, además de su forma más cómoda y más fácilmente comprensible, por el encanto de la novedad; así también por el traslado de su escena á Grecia y á partes desconocidas del mundo y por su carácter maravilloso y fantástico simpatizaba mucho mejor con la fantasía del asombrado Occidente excitada por la mágica caída de la vieja Bizancio y por el casi soñado descubrimiento de un nuevo mundo lleno de aventuras; así, además, molestaba mucho menos á la nobleza, que se había hecho muy frívola por su caballería ideal y su exagerada galantería, puesto que su falta de naturalidad como palpable caricatura de aquella realidad aliviaba la disculpa de la vulgaridad propia. En España, además de estas circunstancias generales que, como es natural, obraban en ella en grado más alto, se añadía otra, y es que eran los primeros productos nacionales del arte (ya antes de los Amadises habían sido traducidas y dadas á conocer novelas caballerescas de los más antiguos ciclos legendarios). Comp. Lemcke, lugar citado, parte I, página 75.

(2) La bibliografía más completa de *todas las novelas caballerescas españolas* se contiene en el «Discurso preliminar» que añadió Gayangos á la más reciente y mejor edición del *Amadís de Gaula y Esplandian*: «Catálogo razonado de los libros de caballería que hay en lengua castellana ó portuguesa hasta el año de 1800.»—Acercas de la novela *Amadís* en particular, véase el notable ensayo de F. W. Val. Schmidt en los *Wiener Jahrbücher*, Bd. xxxiii, pág. 16.—Es más raro que antes encontrar todavía en España ejemplares de esta novela que estén completos y en buen estado, y hasta la Biblioteca nacional de Madrid es relativamente pobre en ellos. (Véase

que las herejías poéticas del autor le procuren la satisfacción de adquirir gloria en un *auto de fe* de un genio tan grande como el inmortal creador del Ingenioso Hidalgo de la Mancha. En la época siguiente halla su lugar adecuado, como ya se ha dicho, el más amplio desarrollo de los efectos inmediatos y me-

Salvá, *Catalogue of Span. Books*, London, 1826, núm. 60.) La biblioteca imperial de la corte (de Viena) posee la mayor parte de estas novelas en las ediciones más raras y más antiguas de los originales españoles y en numerosas traducciones. Baste aquí citar por vía de muestra el ejemplar, tal vez único, de la primera edición de *Palmerín de Oliva*, y puesto que no ha sido conocida la existencia de este ejemplar por ninguna bibliografía española ni extranjera, vamos á describirlo. Han solido considerar todos los bibliógrafos como la *editio princeps*, la que apareció en Sevilla en 1525; pero el ejemplar conservado en la biblioteca de la corte imperial, y del que tratamos aquí, es de una edición catorce años más antigua. En la portada del título hay un grabado en madera que presenta dentro de un marco adornado con arabescos las armas de la casa de Córdoba. Sobre él hay una cinta desenvuelta, con la divisa: *Sine ipso factum est nihil*; y bajo ésta el siguiente título: «El libro del famoso y muy esforçado cauallero Palmerín de Oliuia. Cum privilegio.» A la vuelta de la hoja del título empieza la dedicatoria: «Al illustre y muy magnífico señor don Luis de Cordoua, hijo del muy illustre y magnífico señor don Diego Hernández de Cordoua, conde de Cabra, etc...» Esta ocupa casi todo el frente de la siguiente hoja, cuya vuelta está vacía y en el margen se halla el privilegio: «Libro del famoso cauallero Palmerín de Oliuia, con priuilegio real que ninguno lo pueda empremir en estos reynos nin traerlos (sic) á vender de fuera dellos por espacio de deys (sic) años primeros sigui entes que se cuentan desde diez y siete de Diziembre de mill y quinientos y once años en adelante so pena de cien mill maravedís para la camara y fisco de su alteza y los libros perdidos el qual fué tasado por señores del su consejo á cinco reales de plata por cada vn volumen.» Con la siguiente é inmediata hoja I empieza el texto (la numeración de las hojas está muy equivocada, muchas dobladas, otras vueltas á contar, y á menudo se saltan series completas, de tal modo, que la última hoja, en vez de su verdadero número el 152, lleva el CLXXII; pero las signaturas a-t están, por el contrario, bien, correspondiendo cada letra á ocho hojas; con letras góticas á dos columnas) y acaba en el folio CLXXII (propiamente 152), cuya vuelta está vacía. Hállase aquí igualmente, después de concluido el texto, la siguiente noticia del lugar y el año de la impresión: «Acabóse esta presenta (sic) obra en la muy noble ciudad de Salmantia a. xxii. días delmes d'Deciembre del año d'lnascimento d'nuestro señor iesu cristo del mil y quinientos y onze años (1511)»; á lo que siguen inmediatamente los

diatos de este «dogmatizador de una secta tan mala» sobre la literatura española y toda la europea en general.

Si dirigimos ahora una ojeada á *toda esta época*, vemos por una parte cómo la poesía artística castellana surge de la dirección *épica*; que sobreviene la *didáctica* á consecuencia del natural desenvolvimiento del espíritu humano en general y del

versos latinos citados por Dumlop (lugar citado, pág. 163), pero que Salvá pone en duda, á lo menos respecto al original español, versos de que se saca efectivamente que fué una mujer la que compuso esta novela. Tienen por título: *Yo. augur transmieren. hac (sic) ad lectorem* (acerca de este Juan Augur de Trasmiera, en las cercanías de Burgos, véase Nicolás Antonio: *Bibl. hisp. nova*, tom. i, pág. 639), y se pondera en ellos en un latín bárbaro y cargado además de erratas y con excesivas alusiones mitológicas la alta excelencia y grande utilidad de esta novela, se profetiza que el héroe cantado en ella ha de ser ilustre antepasado de un nuevo linaje de heroes («Inclitus... pater palmarum») se le augura inmortal renombre («palmarum nomen in orbe manet»); pero sobre todo se recomienda que se compre el libro («hunc emas emptor: consule: crede mihi») y que se lo lea repetidas veces («Noctedieque librum volue: reuolue, lege»). Los pasajes que se refieren á la autora son los siguientes:

.....collige flores,
Quos sevit, quos dat femina corde tibi

.....
Hunc lege quo tractat femina multa sua,

y, finalmente, la no menos discreta conclusión laudatoria, de donde parece deducirse que un hijo de la autora redactó la parte militar de la novela:

Quanto sol lunam superat nebrissaque (Lebrija) doctos:

Tanto ista hispanos femina docta viros,

Rumpe moras emax, felix si ceperis istum (librum)

Mox doctus, sapiens, belliger arma scies.

Femina composuit: generosos atque labores

Filius altisonans scripsit et arma libro.

Si librum cernis narrantem proelia chartis

Eccussus iam stat: emere quisque potest.

Perlege ne timeas certaminis alta duella,

Palmarum flores recipe, amice, manu.

Cum Privilegio.

Es cosa sabida que la primera continuación de esta novela, el *Primaleón*, es de la misma mano, como se deduce de la dedicatoria de ésta última, cuyo poético epílogo menciona como autora á una *dama de Burgos* («por mano de dueña... es de Augustobrica a queste labor»). El corrector de la edición de Venecia de 1534 del *Primaleón*, Francisco Delicado, dice de esta dama (Introduc. del libro III, folio 177): «Y es opinión de personas que fué mujer la que lo compuso, fija de un carpintero...»

espíritu del tiempo en especial, y que esta dirección logró el predominio, aunque no sin admitir en sí no pocos elementos épicos; que, finalmente, lo épico mismo se resuelve en sus dos factores, la reproducción objetiva de una base histórica viva y la concepción ideal de lo contemplado como una unidad, y que cada uno de ellos se separa y toma forma privativa: el uno en simple *crónica*, recolección, falta de todo principio, de lo sucedido, sin unidad más alta que la de la sucesión y coexistencia en el tiempo, el otro en la *simple* novela, exposición de un puro mundo ideal sin fundamento alguno externo y real, inconexión de materia que, como es natural, se acomodaba mejor á la forma suelta y delicada de la *prosa*. Por otra parte, muéstranse ya cada vez más claramente las huellas de una nueva dirección, la lírica, que en la época siguiente llegó á ser la dominante.

FERNANDO WOLF.

(*Se continuará.*)

OBRAS NUEVAS

- Aguirre Ruiz (C. F.)—Apuntes de contabilidad y teneduría de libros por partida doble del Estado. En 4.º, 139 páginas: 3,50 pesetas.
- Almera (J.)—Sucinta exposición de la formación sobre tortosense de Villanueva y Geltrú (Barcelona). En 4.º, 16 páginas y dos láminas: 1,50 pesetas.
- Pilogénico de la provincia de Gerona según la nota de los señores D. Luis Mariano Vidal y don Manuel de Chia. En 4.º mayor, 16 páginas con varios grabados intercalados: 0,50 pesetas.
- Alonso Mateo (A. F.)—Cuestionario para los aspirantes á oficial del cuerpo pericial de contabilidad del Estado. En 4.º, 199 páginas: 4 pesetas.
- Alvarez (B. G.)—Estudios de pediatría, anatomía y fisiología especiales del niño. En 8.º, 344 páginas: 5 pesetas.
- Angelis (J. de).—Descripción de los autozoos fósiles pilogénicos de Cataluña. En 4.º, 24 páginas y una lámina: 1,50 pesetas.
- Arcimis (A.)—La circulación atmosférica. En 8.º, 23 páginas: 0,50 pesetas.
- Balari Jovany (J.)—Historia de la Real Academia de Ciencias y Artes. En 4.º, 208 páginas: 3 pesetas.
- Banco de España. Memoria leída en la Junta general de accionistas. En 4.º, 78 páginas.
- Barreiro Meiro (J.)—Armonías jurídicas. En 8.º mayor, 62 páginas: 1 peseta.
- Benavente (J.)—El Nido ajeno: comedia en tres actos, en prosa, original. En 8.º, 53 páginas: 2 pesetas.
- Benito y López (G. de).—Nociones técnicas de las principales industrias fabriles. En 8.º mayor, 99 páginas: 1,50 pesetas.
- Bermúdez de Cañas (F.)—Discurso necrológico de Fr. Zeferino, Cardenal González, leído ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. En 8.º, 15 páginas.
- Bolo (E.)—Los Decadentes del cristianismo. En 8.º, 207 páginas: 2 pesetas.
- Bravo (J.)—Violetas: poesías. En 8.º, tres hojas preliminares, 168 páginas y retrato del autor: 3 pesetas.
- Bruzual Serra (C.)—Discurso. En 8.º, 19 páginas.
- Cadalso (J.)—Obras inéditas. En 4.º, 80 páginas: 3 pesetas.
- Campos de los Reyes (F.)—Estudio del sistema transitorio, planteado, por el Código civil español. En 4.º, 144 páginas: 3 pesetas.
- Cano y Cueto.—Tradiciones sevillanas. I. Las alfareras: El vándalo: La copa de sangre: Abdel-Aziz: Erik, el eskaldo. En 8.º, 303 páginas: 4 pesetas.
- Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. *Parte cuarta.* Bellas

- artes, arquitectura civil, eclesiástica é hidráulica, caminos y comunicaciones fluviales. *Vol. XIV*. En 8.º, 382 páginas: 3 pesetas.
- Ciencias fisico-naturales, con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas de primera enseñanza superior. En 4.º, iv-395 páginas: 5 pesetas.
- Coba Gómez (J. de la).—La Toma de Amberes por España; ópera en un acto. En 8.º, 8 páginas: 1 peseta.
- Cocat (E.) y Criado (H.).—Las Solteronas; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.º, 25 páginas: 1 peseta.
- Coloma (L.).—Retratos de antaño. Publicalos la duquesa de Villahermosa, condesa viuda de Guaquí. En 8.º mayor, ii-597 páginas, 71 hojas de cartas y sus facsimiles, 8 páginas de índice, 1 de colofón y 6 láminas y retratos al agua fuerte.—No se ha puesto á la venta.
- D'Ayot (M. L.).—La Iberiada; poema en prosa. En 4.º, 6 páginas: 50 céntimos.
- Diez Pinedo (E.) y Mateos Montalvo (P.).—Anuario de la Bolsa, del comercio y de la banca para 1895. *Año IV*. En 8.º mayor, 584 páginas: 5 pesetas.
- Dominguez Berrueta (J.).—La científicomania. En 8.º, xiv-204 páginas: 2,50 pesetas.
- Escobar Barberán (M.).—Colección de formularios para las principales actuaciones en las audiencias y juzgados de instrucción. En 8.º, 228 páginas: 2 pesetas.
- Estado general de la armada, para el año de 1895. Dos tomos. En 8.º, 601 y 171 páginas: 6 pesetas.
- Facio (J. A.).—Mis versos. En 8.º, xvi-209 páginas: 4 pesetas.
- Falguera (J. M.).—Estudios históricos-filosóficos sobre el notariado. En 4.º, 126 páginas: 3 pesetas.
- Fernández López (V.).—La prensa libre y el militarismo. En 8.º, 8 páginas: 25 céntimos.
- Fernández de la Puente (M.).—El Tío Morrión ó la caja de sorpresa; sainete lírico en un acto y tres cuadros, en prosa y verso. En 8.º, 32 páginas: 1 peseta.
- Fernández de la Puente (M.) y Rodríguez Alenza (T.).—Siluetas madrileñas; revista en un acto y cuatro cuadros, en verso. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Filibero (M.).—Cuestiones candentes, sobre la sumisión al poder civil. En 8.º, 238 páginas: 1 peseta.
- Font y Sagué (N.).—Datos para la historia de las Creus de pedra de Catalunya. En 4.º, xvi-96 páginas, con varios grabados: 1,50 pesetas.
- Foyé (R.).—Auxilios á las Compañías de Ferrocarriles. En 4.º, 4 páginas: 1 peseta.
- Frontaura (C.).—Gente de Madrid, siluetas y semblanzas. En 12.º, 195 páginas: 0,50 pesetas.
- Funes (E.).—La declamación española. En 8.º mayor, 609 páginas.
- García Núñez (M.).—Trigonometría. En 4.º, 95 páginas: 4 pesetas.
- Gil Maestre (A.).—Compendio de derecho internacional de guerra. En 4.º mayor, 268 páginas: 4 pesetas.
- Giró Savall (J.).—La difteria y su tratamiento homeopático. En 4.º, 86 páginas: 2 pesetas.
- Gramática castellana con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas de primera enseñanza superior. En 4.º, iv-170 páginas: 2,50 pesetas.
- Gras y Elias.—Episodios de mi tierra. El general Manso. En 8.º, 168 páginas: 2 pesetas.
- Guía enciclopédica de Barcelona. Año de 1895. En folio de 569 páginas: 8 pesetas.
- Guillén-García (G. J. de).—Explosiones de generadores de vapor. En 4.º mayor, viii 280 páginas, con 133 figuras: 7 pesetas.
- Henrich y Urraza (E.) y Henrich y Urraza (N.).—¡Hija mártir! ó Roberto el pescador; drama en un acto y en verso. En 8.º, 30 páginas: 1 peseta.
- Hidalgo Cuenca (J.).—Elementos de mecánica. En 8.º mayor, 2 tomos. Texto xii-278 páginas, y atlas de 57 láminas: 9 pesetas.

- Inza y Cuartero (I. de).—Teneduría de libros. En 8.º mayor, 160 páginas: 5 pesetas.
- Hannengieser (A.)—Hetteler y la organización social en Alemania, traducción de D. Modesto Hernández Villaescusa. En 8.º, 292 páginas, en tela: 2 pesetas.
- López Alvarez (A.)—Bromas ligeras; composiciones en verso. En 8.º, 112 páginas: 2 pesetas.
- Llacer (J. C.)—Manual del pajareero. En 8.º mayor, de 195 páginas: 2 pesetas.
- Meana y Hurtado (R.)—La Semana santa de los niños y del pueblo. En 12.º, 244 páginas.
- Mela (J.)—La procesión: drama en tres actos y en verso. En 8.º, 95 páginas: 2 pesetas.
- Melgosa (M.)—Un viaje á los infiernos. En 12.º, 192 páginas: 0,50 pesetas.
- Milá y Fontanals (M.)—Obras completas. Tomo VI. Opúsculos literarios. En 4.º. 4 hojas de portadas é índice y 536 páginas: 8,50 pesetas.
- Millán (P.)—González, Pérez y compañía; novela. En 8.º, 266 páginas: 3,50 pesetas.
- Millares (A.)—Historia general de las Islas Canarias. Tomo VIII. En 4.º, 282 páginas: 3,50 pesetas.
- Ordenanzas generales de la renta de Aduanas. En 4.º, VI-609 páginas: 7 pesetas.
- Pando y Valle (J.)—Misión trascendental; estudio sobre la caridad. En 4.º, xv-304 páginas: 6 pesetas.
- Pastor (E. S.)—El Tambor de granaderos; zarzuela cómica en un acto y tres cuadros, en prosa. En 8.º, 45 páginas: 1 peseta.
- Pedagogía con arreglo al programa vigente para las oposiciones á escuelas del grado superior. En 4.º, iv-235 páginas: 3 pesetas.
- Pedrell (F.) y Jimeno de Lerma (I.)—Discursos. En 4.º, 59 páginas.
- Tema: Antonio de Cabezón.
- Perés (R. D.)—Bocetos ingleses. En 8.º, 271 páginas: 2,50 pesetas.
- Pérez (F. de) y Saluzzo (M. A.)—Discursos leídos en la Academia Venezolana, correspondiente de la Real Española, en la recepción pública del Sr. D. Francisco de Sales Pérez: el día 3 de Marzo de 1895. Contestación por Marco Antonio Saluzzo. En 8.º, 58 páginas.
- Pons Samper (J.)—Interview con un manco. En 8.º, 40 páginas: 1 peseta.
- Puente y Quijano (J. M. de la.)—Estudio de los efectos que el reconocimiento de un hijo natural produce, según el Código civil vigente. En 8.º mayor, 280 páginas: 2 pesetas.
- Reglamento para jugar al tresillo, por un jugador. En 32.º, 32 páginas: 0,25 pesetas.
- Renan (E.)—La vida de los santos. En 4.º, 312 páginas: 6 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.
- Ribero (J. E.)—Puentes de hierro económicos; muelles y faros sobre palizadas y pilotes metálicos. En 8.º mayor, 264 páginas: 15 pesetas.
- Roca y Roca (J.)—Barcelona en la mano; guía de Barcelona y sus alrededores. En 8.º, 468 páginas: 6 pesetas.
- Romero Walsh (A. del).—La casa de Monistrol y la Real Academia de Ciencias y Artes. En 4.º, 18 páginas: 1 peseta.
- Sabater (G.)—Fuentes de inspiración artística. En 8.º, 110 páginas: 1 peseta.
- Saj.—La Europa salvaje, exploraciones al interior de la misma.—En 4.º, 216 páginas: 3 pesetas.
- Sánchez González (J.)—El ciego. En 8.º, 16 páginas: 0,50 pesetas.
- Sánchez-Guerra (J.)—El presupuesto liberal y su liquidación. En 8.º, 112 páginas: 3 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Un drama (novela)</i> , por Emilia Pardo Bazán.	5
<i>En torno al casticismo</i> , por Miguel de Unamuno.	29
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.	53
<i>La Viticultura en California</i> , por el Dr. V. Vera y López.	71
<i>El Museo Arqueológico en su casa vieja</i> , por José Ramón Mélida.	84
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.	97
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.	114
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.	135
<i>La Literatura castellana y portuguesa</i> , por Fernando Wolf, con prólogo y notas de M. Menéndez y Pelayo.	146
<i>Obras nuevas</i>	204

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO VII

Esta publicación ve la luz el día 1.º de cada mes en tomos en 4.º de ma-
de 200 páginas, escrita por los mejores publicistas españoles. Publica en to-
dos los números una sección con el título de *La Prensa Internacional*, en la
cual se incluyen, íntegros ó extractados, los artículos de la prensa de todo el
mundo que más hayan llamado la atención durante el mes.

CONDICIONES DE SUSCRICIÓN

En España, seis meses, diez y siete pesetas; un año, treinta pesetas.—En
las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un
año, cuarenta francos, enviando el importe á esta Administración en letras
sobre Madrid, París y Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero
de cada año. A los que se suscriban después se les entregarán los números atra-
sados.—Se suscribe en la Cuesta de Santo Domingo, 16, principal, Madrid.

Director: J. LÁZARO

REVISTA DE DERECHO Y DE SOCIOLOGÍA

La *Revista de Derecho y de Sociología* se propone reflejar de una manera fiel
y tan completa como sea posible, el movimiento general jurídico y socioló-
gico contemporáneo.

La *Revista de Derecho y de Sociología* se publica todos los meses en cuader-
nos de 128 páginas, tamaño é impresión análogos á *La España Moderna*.

La *Revista* contiene normalmente las siguientes secciones:

1.^a Artículos doctrinales de autores españoles y extranjeros. 2.^a Noticias
críticas bibliográficas extensas. 3.^a Movimiento de Revistas de España y del
extranjero. 4.^a Consultas. 5.^a Tribunales: discusión y crítica de sentencias de
todas las jurisdicciones é instancias, y resumen mensual de la jurisprudencia
civil; penal y administrativa.

Condiciones de suscripción á la «*Revista de Derecho y de Sociología*»:

En España: un año, veinte pesetas. En las demás naciones europeas y ame-
ricanas, y en las posesiones españolas: un año, veinticinco francos, enviando
el importe á esta Administración en billetes ó en letras sobre Madrid, París
ó Londres. Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los
que se suscriban después se les entregarán los números que anteriormente
hayan visto la luz. Para hacer la suscripción, dirigirse al Administrador de *La
España Moderna* ó de la *Revista de Derecho y de Sociología*, Cuesta de Santo
Domingo, núm. 16, principal. — Madrid.